MVNDO HISPÁNICO

LILI ALVAREZ: VIDA DE UNA CAMPEONA MUNDIAL

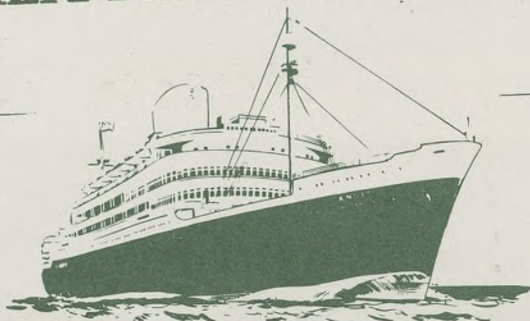
LAS ULTIMAS FUENTES LUMINOSAS DEL MAGO BUIGAS

ESPAÑA CONSERVA Y RECONSTRUYE SUS CASTILLOS

N.º 108 - 15 PESETAS



LA MALA REAL INGLESA



Tres tipos diferentes de trasatlánticos con espléndidas acomodaciones de Primera, Segunda y Tercera clase, para dar satisfacción a todos los gustos y al alcance de todas las economías.

Salidas de: Vigo, Lisboa y Las Palmas para Recife (Pernambuco), Salvador (Bahía), Río de Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires.

PROXIMAS SALIDAS

Vapor	De Vigo	De Lisboa	De Las Palmas
Highland Monarch	9 de Marzo	10 de Marzo	12 de Marzo
ANDES	10 de Marzo	11 de Marzo	13 de Marzo
Highland Brigade	26 de Marzo	27 de Marzo	29 de Marzo
ALCANTARA	3 de Abril	4 de Abril	7 de Abril
Highland Chieftain	16 de Abril	17 de Abril	19 de Abril
ANDES	27 de Abril	28 de Abril	30 de Abril

CIA. DEL PACIFICO

(PACIFIC STEAM NAVIGATION CO.)

Servicio regular de los grandes trasatlánticos "Reina del Pacífico" y "Reina del Mar", entre **ESPAÑA y VENEZUELA, CUBA, COLOMBIA, PANAMA, ECUADOR, PERU y CHILE**

EL MAXIMO CONFORT A LOS PRECIOS MAS RAZONABLES



PROXIMAS SALIDAS

"Reina del Pacífico"
De Santander: 4 agosto
De La Coruña: 5 agosto

"Reina del Mar"
De Santander: 7 abril
De La Coruña: 8 abril

Consulte a su Agencia de Viajes o a los AGENTES GENERALES PARA ESPAÑA

ESTANISLAO DURAN E HIJOS, S. A.

VIGO: Avenida Cánovas del Castillo, 3 - Teléfonos 1245 - 1246
MADRID: Pl. Cortes, 4 - Teléfonos 22·46·43 - 22·46·44 - 22·46·45

HIJOS DE BASTERRECHEA
Paseo de Pereda, 9 - SANTANDER

SOBRINOS DE JOSE PASTOR
Edificio Pastor: LA CORUÑA y VIGO

VUELE POR

"EL Colombiano"

EN SUS LUJOSOS, MODERNOS Y CONFORTABLES
Super G Constellation

COLOMBIA
Directo y sin transbordo, en "EL COLOMBIANO" de AVIANCA

Todos los Viernes salida de Madrid para:

PANAMÁ	**GUATEMALA**
SAN JOSÉ	**CARACAS**
MANAGUA	**QUITO**
TEGUCIGALPA	**LIMA**
SAN SALVADOR	**SANTIAGO**

Conexiones inmediatas para Nueva York y Boston, vía Bermudas.





AVIANCA

AEROVIAS NACIONALES DE COLOMBIA
LA EMPRESA DE AVIACION MAS ANTIGUA DE AMERICA

Para más detalles, consulte a su AGENCIA DE VIAJES o bien a nuestros Agentes Generales:

PAN AMERICAN
Madrid: Edificio España, Pl. España - Tel. 47 14 03
Barcelona: Mallorca, 250 - Tel. 37 00 03

RETRATOS



ESTUDIO DE PINTURA DE

JOSE DEL PALACIO

Logramos de un mal retrato fotográfico un buen cuadro, al óleo, pastel o acuarela

MINIATURAS SOBRE MARFIL, PAISAJES, MARINAS, BODEGONES, COPIAS DE CUADROS DEL MUSEO DEL PRADO, RESTAURACION DE CUADROS Y CLASES DE DIBUJO Y PINTURA

VISITE NUESTRA EXPOSICION

PELIGROS, 2 MADRID

MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

N.º 108 - 1957 - AÑO X - 15 ptas.

MADRID - BUENOS AIRES - MEXICO

SUMARIO

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Alcalá Galiano, 4 - Madrid

Teléfonos:

Redacción 37 32 10
Administración 37 03 12
Administración y Redacción ... 24 91 23

Dirección postal para todos los servicios:

Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA

Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid.

IMPRESORES

Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid).—Huecograbado y Offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

PRECIOS

Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas.—Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares).—Suscripción por dos años: 270 pesetas (8,50 dólares).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTLY: 1957, NUMBER 108. ROIG NEW YORK «MVNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576 6th Ave. N. Y. C.

BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA



ES una Institución dedicada especialmente al comercio exterior, con experiencia y organización, que pone a la disposición de industriales y comerciantes a través de sus sucursales y agencias, realizando principalmente todos los servicios relacionados con las operaciones de importación y exportación. Desarrolla sus actividades en las ciudades más importantes de la Península, así como en las islas Canarias y territorios del norte y occidente de Africa y Guinea española. Cuenta igualmente con filiales en Francia, Inglaterra y Alemania, con sus respectivas oficinas en París, Marsella y Casablanca, Londres y Liverpool, Franckfurt y Hamburgo. Con esta eficiente organización y con nuestra extensa red de corresponsales, nuestra clientela puede utilizar nuestros servicios en todo el mundo libre...

CAPITAL AUTORIZADO:

Ptas. 400.000.000

RESERVAS:

Ptas. 285.400.000





...Donde SIEMPRE será bien recibido, hallando solución a sus problemas, que quizá sean menos difíciles de lo que cree...

LAS FUERZAS VIVAS DE NORTEAMERICA

Convención republicana en San Francisco. «¡Con "Ike" triunfaremos!», proclaman los representantes de los distintos Estados alzando sus pancartas. Mientras «Ike» multiplica su sonrisa, seguro del triunfo.

POR OTTO DE AUSTRIA-HUNGRIA

La lucha electoral por la Presidencia de los Estados Unidos ha ejercido en el mundo un efecto fascinante. El resultado del 6 de noviembre de 1956 ha consumido mares de tinta y de plomo editorial y ha sido objeto de disección y de comentario en todos sus aspectos.

Es ésa, efectivamente, la reacción del periodista. Por el contrario, el observador político comprobará que estas elecciones han revestido una importancia muy reducida, como si fueran una ligera ondulación de la superficie. Porque si analizamos a ambos candidatos, sus declaraciones, propaganda y programa político, veremos que al pueblo norteamericano se le coloca ante la elección de una persona, pero no ante una verdadera alternativa política. Cualquier tipo de elecciones en Europa aporta decisiones fundamentales. En ellas se lucha por cuestiones concernientes a formas políticas y a formas económicas. Y los problemas de la política social tienen amplia trascendencia. No era éste el caso de Norteamérica. Ambos candidatos se confesaron entonces partidarios sin reservas de la Constitución y del orden económico contemporáneo. Ambos prometían una continuidad inalterada de la política social seguida hasta el momento. Podría decirse incluso que el republicano se confesaba sucesor del Presidente demócrático, mientras que el demócrata se comprometía ante los electores a no alterar en nada los fundamentos de la política de Eisenhower. Una vez pasada la avalancha, todo quedó en poco más que algunas minúsculas invectivas políticas y la polémica sobre la autenticidad



Convención demócrata en Chicago, con fastuosidad y entusiasmo parecidos. Pero, partidos aparte, al pueblo norteamericano se le colocó ante la elección de una persona y no de una real alternativa política.



Envidiable aspecto de los aledaños del Cow Palace de San Francisco durante la Convención republicana.



Ante los representantes de la Corte Suprema de Justicia y ante el pueblo de los Estados Unidos de Norteamérica, presente en los numerosos micrófonos que rodean la escena, Eisenhower jura de nuevo su cargo.

de la salud de Eisenhower o sobre si Stevenson estaba o no capacitado para dirigir el aparato estatal con el mismo acierto que el abanderado republicano.

NI DERECHAS NI IZQUIERDAS: CAPITALISMO DEMOCRATICO

Por tanto, incurriríamos en grave error si tratáramos de establecer cualquier tipo de consecuencias trascendentales derivadas del resultado electoral. Ni siquiera en el caso de que las derechas o las izquierdas sean más fuertes. Porque el partido republicano constituye tanto menos la derecha como los demócratas la izquierda. Ambos partidos engloban elementos de todos los matices. El republicano conservador William Knowland está en todo caso espiritualmente más cerca del demócrata conservador Lyndon Johnson que del republicano de izquierdas Jacob Javits.

Partiendo de estas consideraciones, en un estudio a fondo de los Estados Unidos deben olvidarse en la práctica los resultados del 6 de noviembre y prescindir de ellos por su relativa intrascendencia. Es más importante y digno de interés un análisis de las transformaciones norteamericanas, que en la perspectiva del futuro ofrecen amplia significación para nosotros.

Es un hecho que frente al poder amenazador de la Unión Soviética necesitamos la ayuda de los Estados Unidos. América nos salvó a la terminación de la segunda guerra mundial. Ciertamente se nos objetará aquí que los norteamericanos tuvieron también una gran responsabilidad en nuestra desgracia. No cabe la menor duda. Pero es totalmente infructuoso hablar una y otra vez de errores pasados. Es preferible estudiar de modo realista las características del futuro. Y justamente en esta perspectiva no podemos desinteresarnos en nada de cuanto acontece en los Estados Unidos. Y puesto que necesitamos por más tiempo la ayuda de Norteamérica, es básico para nuestra seguridad que los Estados Unidos continúen también representando con las máximas energías su papel internacional.

Así como no es posible interpretar la política internacional sin un estudio atentísimo de los acontecimientos del Kremlin, no cabe lograr un análisis correcto de la situación sin conocer asimismo las fuerzas económicas, sociales, de política interior e internacional que Wáshington mueve. Pero este análisis es necesario si pretendemos dirigir con éxito el difícil curso de nuestros Estados.

* * *

La propaganda oficial al otro lado del Atlántico no deja de señalar que los Estados Unidos es el país del capitalismo. Esta afirmación se corresponde con la arraigada creencia de la mayoría de los norteamericanos Puesto que en general carece de complicaciones y ni siquiera se preocupa, como el europeo continental, por el contenido teórico de una palabra, el ciudadano de los Estados Unidos apenas podría responder a la pregunta de lo que es el capitalismo. La mayor parte del país contestaría que «es el modo y la manera de vivir que tenemos los americanos». El concepto, tan parecido al de la palabra «democracia», abarca a casi todo, desde la Coca-Cola y los automóviles hasta los elevados dividendos y los salarios en alza.

Además todo norteamericano, incluso también el trabajador, está convencido suficientemente de que el alto *standard* de vida de los Estados Unidos ha de atribuirse al capitalismo. La idea de que la riqueza del suelo del país y la muy densa población tuvieran algo que ver en ello, se le escapa a la inmensa mayoría. Así se justifica el éxito muy reducido de los partidos y personas dispuestos a inscribir la palabra «socialismo» en sus banderas.

Así, pues, mientras la palabra «capitalismo» está constantemente en todas las bocas, el declive del auténtico capitalismo norteamericano—tal y como nosotros lo entendemos—

Los cardenales Spellman, Mooney y McIntyre felicitaron a Eisenhower por la eficacia de su política.



Tras la solemne toma de posesión en el Capitolio, el Presidente Eisenhower encabeza el brillante desfile por la avenida de Pensilvania hacia la Casa Blanca y recoge las aclamaciones entusiastas de la multitud.

se inició con el año 1932. Yerra quien aun hoy señala como norteamericano típico al hombre de Wall Street, cosa que ocurre con excesiva frecuencia en la prensa europea. Hace ya mucho tiempo que dejó de serlo.

Con el año 1932, esto es, con la introducción del *New Deal* de Roosevelt, se inició una nueva filosofía económica. La expresión no se emplea por lo demás aquí en su sentido estricto. Porque los anglosajones, y en especial los norteamericanos, son ante todo empíricos. Se dejan llevar por los hechos y construyen sus teorías con posterioridad. De ahí que constituye un nuevo error nuestro la frecuente calificación de Roosevelt como socialista. Porque Roosevelt no fué nunca socialista. Incluso hay que poner muy en duda que dispusiera de una teoría político-económica. La expresión *New Deal* en sus labios no fué en modo alguno la etiqueta de un programa; fué solamente una de las felices e infortunadas frases típicas de Roosevelt, que lanzaba con excesiva facilidad al mundo y que luego cobraban vida propia.

Del *New Deal* parte una línea directa hacia el *Fair Deal* de Truman y hacia el conservadurismo ilustrado de Eisenhower. Puesto que todos ellos están determinados por los mismos hechos fundamentales, son asimismo idénticos en su aplicación práctica, libre de prejuicios. De ahí que la diferencia de nombres no dé lugar a engaño.

DISTRIBUCION SISTEMATICA DE LA PROPIEDAD

En estos últimos veinticinco años se produjo una distribución sistemática de la propiedad. La crisis económica de 1929 había impreso una profunda huella en los inconmovibles dirigentes conservadores de los Estados Unidos, lo mismo tratándose de Roosevelt que de Eisenhower. La concentración desmesurada de riquezas en muy pocas manos tuvo por consecuencia que, ante la gran falta de trabajo, pudiera arraigar una enemiga contra la propiedad en parte de la población. Desde luego, este movimiento era inconsciente en su mayor parte y, además, limitado a aquellas comarcas en las que aun vivían colonos con reminiscencias europeas. Pero el movimiento adquirió suficiente fuerza como para provocar una reacción defensiva entre las viejas generaciones norteamericanas y como para inducir a los círculos dirigentes a fijar con nueva firmeza el concepto de propiedad privada, en virtud de operaciones comerciales prácticas.

El mejor camino hacia esta meta fué la idea de dispersión de la propiedad. Por lo demás, a ella debe su nombre el *New Deal*, con el que se cita a esta nueva distribución. El crecimiento enorme de los impuestos, la enérgica dirección del Sherman Anti-Trust Act y las diversas inspecciones senatoriales de las grandes empresas contribuyeron a un avance en esta dirección. La frase de Harry Hopkins, el consejero de Roosevelt: «We will spend and spend, tax and tax, elect and elect», tan repetida entonces, expresa este objetivo en el cínico y vulgar lenguaje de los demagogos experimentados.

El resultado se aceleró hasta tal punto, que las mismísimas razones que preocupaban a los gobernantes fueron compartidas por los responsables de las grandes sociedades financieras. Hombres como los directores de la General Electric, Dupont de Nemours, Ford, General Motors, United Carbite and Carbon, etc., comprendieron que su existencia dependía también de una ampliación al máximo de las bases de su empresa. Vemos, pues—y en este sentido es muy aleccionador el estudio del informe anual de grandes asambleas generales—, cómo en casi todas las sociedades poderosas se intenta la distribución de acciones en círculos siempre más amplios, animando asimismo, con carácter especial, a que los propios empleados participen también en la empresa. Señálese especialmente no sólo la subdivisión de las acciones, sino también la política de elevación del capital a través de la venta de acciones, dando preferencia al pequeño comprador sobre el capitalista.

Es indudable que estos esfuerzos del último cuarto de siglo fueron *(Pasa a la pág 47.)*

FIGURAS DEL MUNDO ARABE EN MADRID

Los embajadores de los países árabes acreditados en Madrid ofrecieron una comida en honor del Jefe del Estado español, Generalísimo Franco, y del rey Saud I de Arabia. En la fotografía puede verse a los dos Jefes de Estado, a quienes acompaña el ministro español de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo.

Abajo: El Jefe del Estado español lleva de la mano al príncipe niño Al Mansur, hijo del rey de Arabia, en la recepción de la Embajada de este país.



A la derecha: El rey de Arabia y el Generalísimo Franco asisten a un concierto de cámara, después de la cena de gala en el Palacio de Oriente.



En presencia del Jefe del Estado español y del sultán de Marruecos, los ministros señores Martín Artajo y Balafrej firman en el palacio del Pardo los tratados de relaciones diplomáticas y judiciales entre España y Marruecos.

DOS monarcas y un jefe de Gobierno del mundo islámico coincidieron en Madrid durante el pasado mes de febrero. El sultán de Marruecos, Mohamed V, llegado a España por segunda vez en poco menos de un año, iba a presenciar, junto al Jefe del Estado español, la firma de los tratados que regularán las relaciones diplomáticas y las judiciales entre España y Marruecos. El rey de la Arabia Saudí, su majestad Ibn Abd el-Aziz Al Saud, fué recibido con gran pompa por el Caudillo y el pueblo de España y celebró importantes conversaciones con las autoridades españolas en relación con los problemas del Oriente Medio y el mar Mediterráneo. El jefe del Gobierno de Libia, Ben Halim, enviado al efecto por su soberano, Idris el Senussi, se entrevistó con el Generalísimo Franco y con el rey de Arabia.

Tantos acontecimientos en tan breves días han puesto de relieve ante el mundo la confianza que los pueblos islámicos tienen en España y las relaciones de amistad que nuestro país mantiene con ellos, en un momento tan delicado de la política internacional, al servicio de la paz del mundo y de la justicia entre las naciones.

El rey de Arabia y el sultán de Marruecos encontraron en Madrid ocasión de conocerse y de entablar conversaciones, que han continuado después en Rabat. En la fotografía aparecen en animada conversación en un hotel de Madrid.



Su majestad Saud I de Arabia, durante una brillante recepción celebrada en Madrid, cambia impresiones con el señor Ben Halim, jefe del Gobierno de Libia, preparando posiblemente su viaje a este otro importante país islámico.



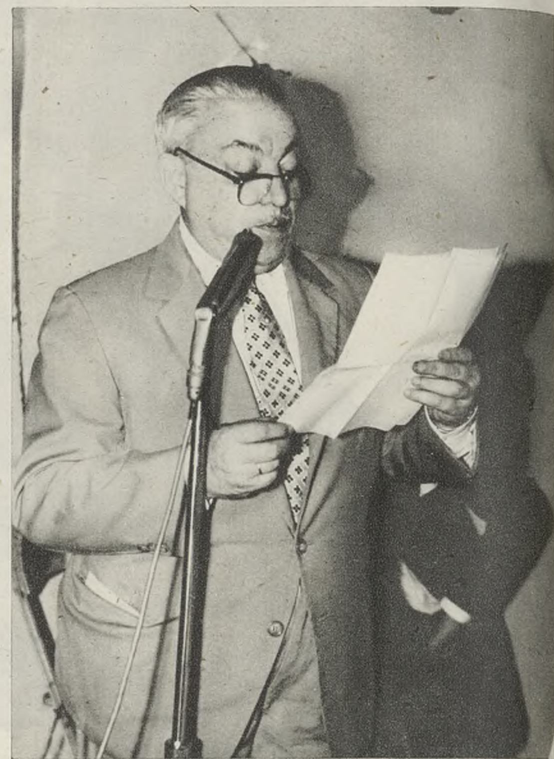
El señor Ben Halim, jefe del Gobierno de Libia, enviado por el rey Idris el Senussi, fué recibido por el Generalísimo Franco en el palacio del Pardo. Poco después se entrevistaría con el rey de Arabia y con el sultán de Marruecos.



TRES NOTICIAS DE AMERICA



El embajador de España en Venezuela, señor Valdés, ha impuesto al Presidente de la República, general don Marcos Pérez Jiménez, el collar de la Orden de Isabel la Católica en la capital.



Se ha inaugurado en Managua el Centro Cultural Español, acto al que corresponden estas dos fotografías. En él pronunció una importante conferencia el embajador, señor Alvarez de Estrada Martí.







Ofrecemos en estas dos fotografías unas vistas del admirable mural que ha pintado para la iglesia de la Asunción, de Miraflores (Lima), el pintor español Juan Cabanas. La obra ha causado gran impresión y admiración a todos los que la han visitado, pues se trata de una pintura de envergadura y cuya extensión, de 318 metros cuadrados, le hace el mayor mural que hay hasta ahora en Hispanoamérica, en cuyo trabajo ha invertido Cabanas un año, y ha sido muy elogiada tanto por las autoridades eclesiásticas como por los críticos artísticos de la capital peruana. En la fotografía superior ofrecemos una panorámica del mismo, titulada «El ángel del Antiguo Testamento». En la de la derecha vemos al embajador de España, don Antonio Gullón, con el secretario de la Embajada, señor Gamo; el poeta español don Julio Garcés y el autor del mural, señor Cabanas, contemplando la obra, pintada en la iglesia de la Asunción.

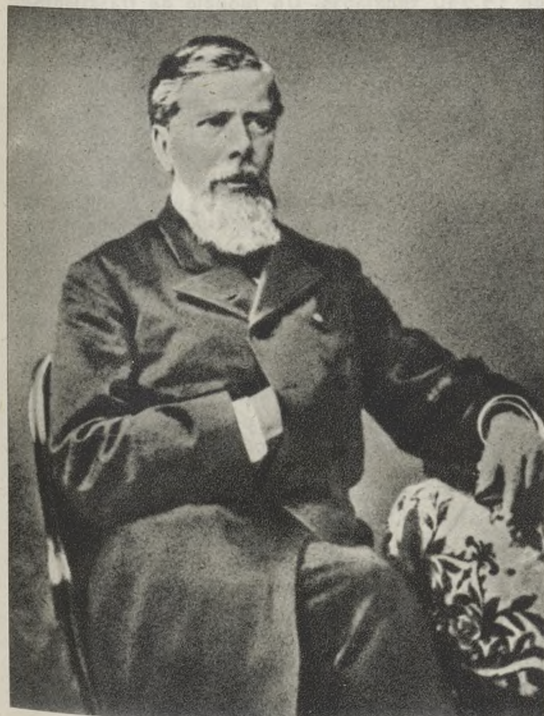
La más antigua sociedad naviera de España es la Compañía Trasatlántica, fundada por don Antonio López en 1856. Este es el «Guadalupe», que hace la ruta Bilbao, Nueva York, La Habana, Veracruz y regreso.

CIEN AÑOS DE LA TRASATLANTICA

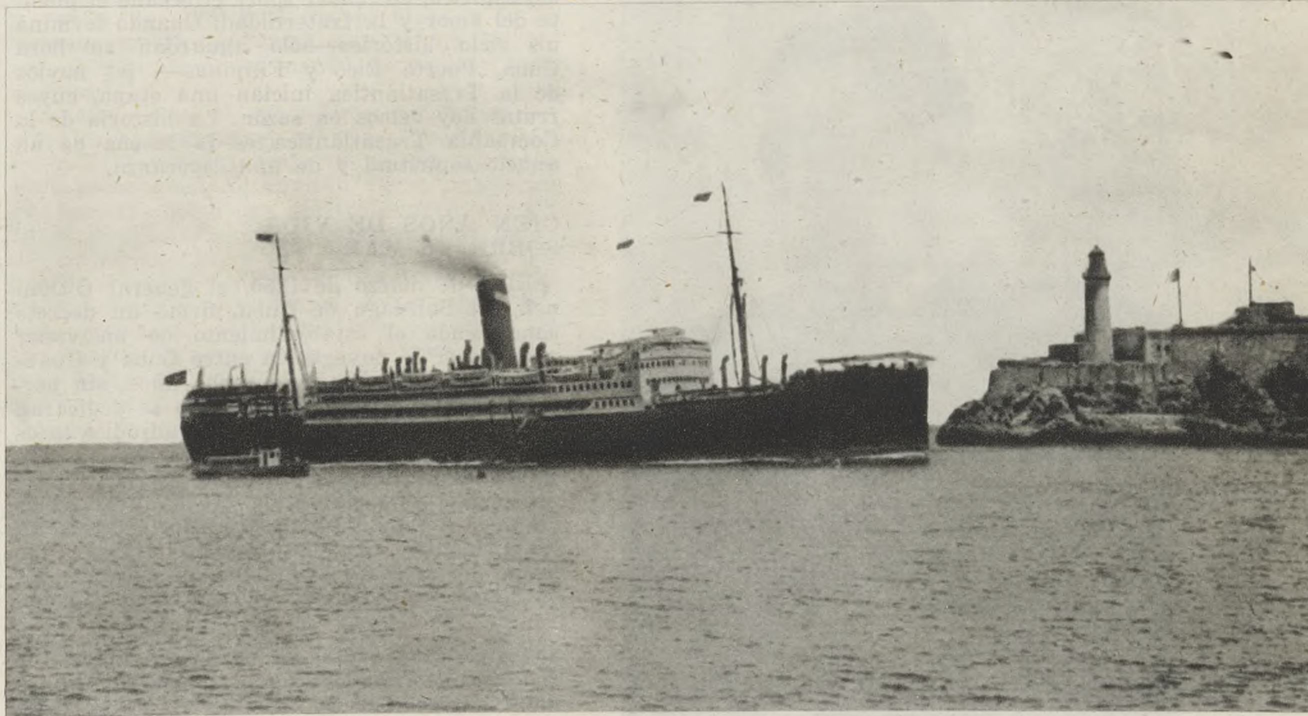
UNA HISTORIA QUE ES REFLEJO DE LA DE ESPAÑA DESDE AQUEL VAPOR ENTRE CUBA Y GUANTANAMO

Con su antigüedad de ciento siete años, la Compañía Trasatlántica es la sociedad naviera más antigua de España. Su historia es también la nacional, y en sus vicisitudes vemos repetidos capítulos de un período de tiempo que comenzó en 1850 y que aún no ha terminado. Días románticos, habanera y canotier en los puertos cubanos; Isabel II y O'Donnell haciendo una política de compadreo. Mientras España se quedaba forzosamente europea, don Antonio López y López echaba los cimientos de lo que luego sería la Compañía Trasatlántica, estableciendo un servicio regular entre Cuba y Guantánamo. Su obra parece encontrada con el ritmo de la época. Cuando la Historia desune a España de América, don Antonio López ata los puertos de ambos continentes con la estela de sus barcos. Ha acabado el imperio territorial por la emancipación de unos hijos formales; comienza otro de relación, de

Don Antonio López, primer marqués de Comillas, estableció la línea que unía España y las Antillas.



He aquí una hermosa imagen retrospectiva del vapor «Alfonso XIII» entrando en el puerto cubano de La Habana. Barco de los primeros construídos totalmente en España, prestó servicio a principios del siglo XX.



El «Covadonga», uno de los más modernos trasatlánticos de la compañía, gemelo del «Guadalupe», de 14.540 toneladas. Un modelo de trasatlántico.

contacto, y don Antonio—primer marqués de Comillas—se afana, presintiendo la Hispanidad del espíritu, en tender sobre el océano el puente del amor y la fraternidad. Cuando termina un ciclo histórico—sólo aguardan su hora Cuba, Puerto Rico y Filipinas—, los navíos de la Trasatlántica inician una etapa, cuyos frutos hoy vemos en sazón. La historia de la Compañía Trasatlántica es la reseña de un anhelo espiritual y de una esperanza.

CIEN AÑOS DE VIDA SOBRE EL MAR

El 2 de marzo de 1850, el general O'Donnell, en Santiago de Cuba, firmó un decreto concediendo el establecimiento de un vapor para hacer la navegación entre Cuba y Guantánamo, con privilegio de ocho años, sin perjuicio de los barcos de vela que se dedicaran al mismo tráfico, pudiendo los adjudicatarios introducir y abanderar el vapor. Don Antonio López inicia con esta concesión sus actividades navieras y crea la célula de lo que después sería la Compañía Trasatlántica. Para esta línea adquirió el vapor *General Armero*, uno de los primeros de hélice que construyeron los astilleros Ambrose W. Thompson, de Filadelfia, y desde luego el primero propulsado de esta forma que navegó con bandera española. La época corresponde al momento en que el vapor constituía un repertorio de posibilidades, que los grandes hombres de negocios querían aprovechar y que es el origen de las fortunas navieras del presente. Tras la experiencia americana, don Antonio López viene a España en 1856 y funda en Alicante una línea de vapores para unir el centro de España con Europa, aprovechando la creación de la red ferroviaria Madrid-Alicante. El servicio parte de esta última ciudad hasta Marsella y es atendida con tres buques, cuyos nombres simbolizan la empresa: *Madrid*, *Alicante* y *Marsella*, y que fueron los primeros vapores que pasearon la bandera española por los puertos de Europa.

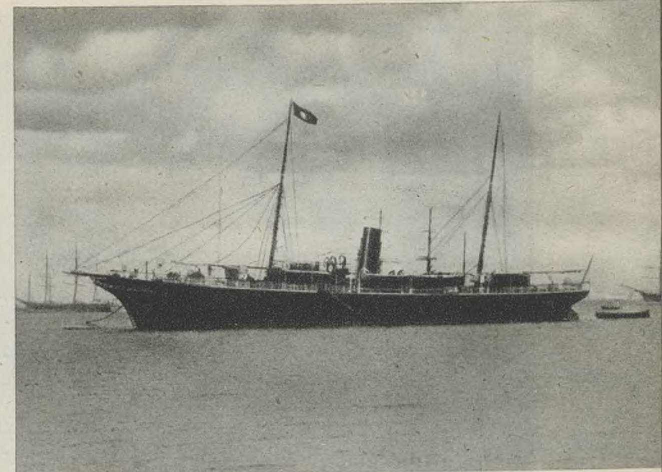


El capitán Fano, uno de los más ilustres marinos de la Compañía Trasatlántica, en el puente de mando del «Cristóbal Colón». La fotografía es de 1928.

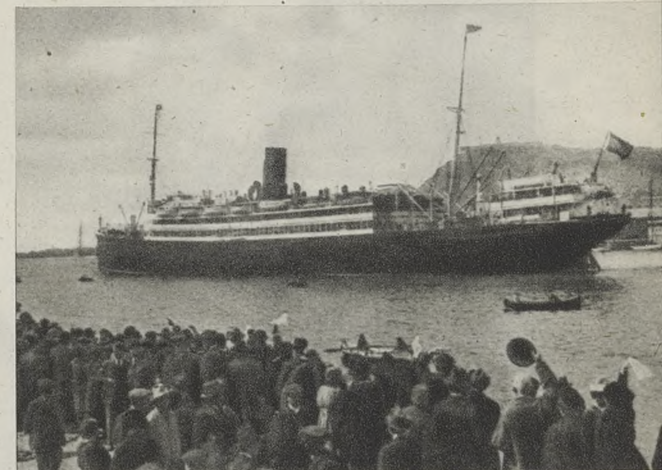
Pero el interés y los desvelos de don Antonio López están dirigidos hacia América y su acometividad creadora no para hasta implantar un servicio regular que mantenga el contacto entre España y las Antillas, lo que al fin consigue, añadiendo a los barcos citados el primitivo *General Armero*, el *Ciudad Condal* y el *París*. Recién creada la Compañía Trasatlántica, fallece su fundador, dejando encauzada la sociedad y con un positivo balance, del que dan prueba las siguientes cifras: el comercio de Puerto Rico con España, de 3.958.720 pesetas que representaba en 1870, ascendió a 12.006.514 en 1884; el de Cuba, que en 1860 era de 55.382.725 pesetas, pasó a los cinco años siguientes a 85.806.525 pesetas, y así podríamos continuar una relación exhaustiva de no temer cansar a los lectores.

Los años siguientes establecen la línea progresiva que siguió la Trasatlántica en el curso de sus servicios, manteniendo contacto con los Estados Unidos, Cuba, Panamá, Puerto Rico, la Argentina, Marruecos, Fernando Póo, etcétera. Es curioso el análisis del crecimiento de la Trasatlántica, y, recorriéndolo año tras año, advertimos hasta qué punto los sucesos prósperos y adversos de España afectan íntimamente a la Compañía. El reloj de la Historia señala horas dramáticas para España: las de la pérdida de las últimas posesiones de ultramar. En este período la Compañía Trasatlántica se entrega a una misión de carácter nacional. Sus hombres y barcos se dedican a todas las operaciones de transporte de tropas y material, y después, a las de repatriación y abandono. Estos servicios se hicieron con 53 barcos propios y 46 arrendados. La Trasatlántica llegó a transportar a las Antillas, en 33 buques, 240.823 hombres, y la mayoría de los barcos excedieron en millaje recorrido en un año las 40.000 millas que en Inglaterra se acostumbra a tomar como tipo para estimar lo que debe ser un buen empleo comercial de las naves. En estas desgraciadas operaciones perdió la Compañía cinco buques y varios de ellos burlaron el bloqueo de la Armada americana, entre ellos, y por dos veces, el *Montserrat*, al mando del capitán Deschamps.

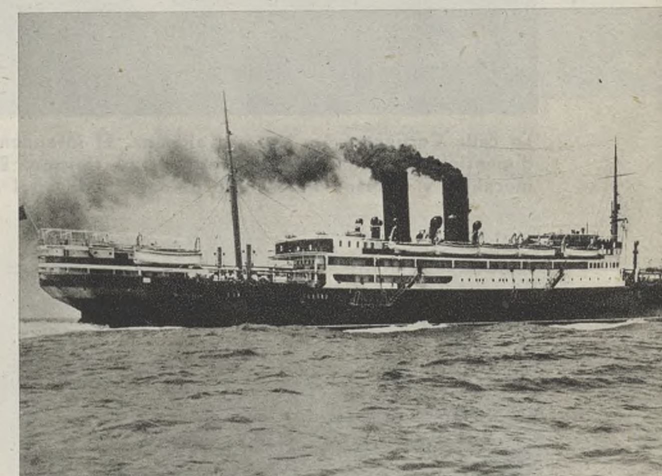
A esta serie de verdaderos «capitanes intrépidos» pertenece el capitán Fano, capitán de la Trasatlántica hasta su muerte, acaecida hace pocos años. El capitán Fano, nacido en Santander, ciudad que vió transcurrir sus últimos días, estaba considerado como el padre de los emigrantes y en general de todos los que en los barcos a su mando saltaron de España a América y viceversa. Aparte de su pericia marinera, su bondad y comprensión le granjearon la admiración y el cariño de todos, hasta tal punto, que tuvo que retrasar muchas veces su retiro a petición de los pasajeros, ya en calidad de amigos, que reclamaban su presencia a bordo. Cuando el capitán Fano llegaba a América, especialmente a Cuba y México, el recibimiento que se le tributaba era sensacional y se veía y deseaba para atender las invitaciones, en particular las de antiguos viajeros que, ahora en la abundancia, recordaban el trato que los dió el capitán cuando iban a un mundo desconocido portando sólo ilusión. ¡Cuántos viejos emigrantes, desde su confortable vida presente. recordarán al leer estas *(Pasa a la pág. 64.)*



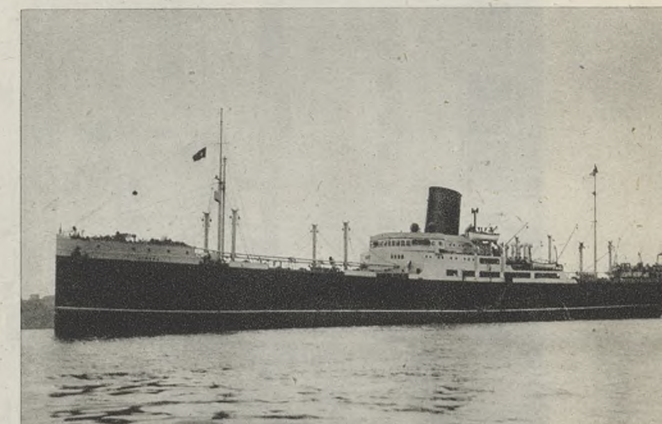
«Joaquín de Piélago» (1892).



«Infanta Isabel de Borbón».

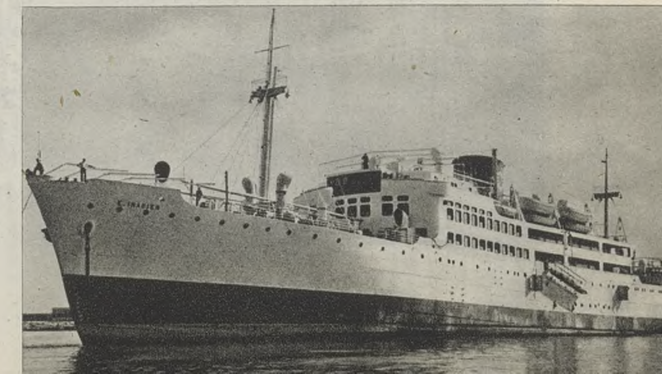


«Magallanes» (desguazado).



«Habana».

«Satrústegui» (antes «Explorador Iradier»).



UN AUTENTICO VALOR DE LA ARGENTINA

MARIANO DE VEDIA Y MITRE, PRESIDENTE DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

LA CALLE CORRIENTES Y EL OBELISCO SON SU OBRA COMO ALCALDE DE BUENOS AIRES



La calle Corrientes era una vía aldeana. El intendente Vedia Mitre supo darle dimensión moderna sin que perdiera su tipismo. El aumento de su tránsito mecánico y humano no le hizo perder a esta vital arteria su esencia porteña.



Por HORACIO J. DE LA CAMARA

MARIANO de Vedia y Mitre es una suma de fecundidades en eficacia. Su hidalga prosapia pudo, quizá, donarle las comarcas vocacionales que dieron, a todas sus ramas, los Mitre y los Vedia. El perínclito varón que fué Bartolomé Mitre—tío-abuelo—bien puede haber sido su inspirador. Pero las prosapias —como las filiaciones dignas, de toda clase—deben ser recibidas, entendiéndolas, como un mensaje y como el compromiso consiguiente. Son una orden a cumplir. Y ha de ponerse en ello lo personal virtuoso. Que corresponde exactamente al derecho de merecer la prosapia. Nada se es por provenir de reyes si no se tiene o no se cumple la dignidad medular del principado, por la condición, de veras real, del príncipe indudable. Enrique IV e Isabel la Católica fueron hermanos, provenidos del mismo padre. ¡Y en qué distintos estandartes cantan sus nombres las glorias de España!...

Mariano de Vedia y Mitre posee lo que heredó y merece lo que posee. La jerarquía de su prestigio apoya en la virtud de su obra, en lo juicioso de su pensamiento, en la verticalidad de su capacidad crítica, en su riqueza espiritual. Es un sabio y es un esteta. Por ello pudo ser catedrático impar, juez aplomado, historiador sin pasiones, escritor con estilo y propiedad absolutos. Y cuando fué gobernante, hizo lo que nadie, antes de él, en el mismo rango: le mudó el rostro a la «gran aldea» que era Buenos Aires, y con dos tajos tremendos, le dió sendas avenidas monumentales: la Corrientes y la Nueve de Julio, fijada como la más ancha del mundo.

Es doctor en Jurisprudencia, graduado en la Universidad porteña. Y él es también porteño. Nacido en 1881. Su padre, Nicolás de Vedia, lució panoplias de talento y de abolengo. Y su madre, Dolores Mitre, con blasones de historia conmovida, espiritualísima y señora de su sangre ilustre. Comenzó siendo profesor en la Escuela Nacional de Comercio, en 1905. Dirigió, como rector, el Colegio Nacional Bernardino Rivadavia, luego de haber realizado, durante casi dos años, la inspección de enseñanza secundaria. Paralelamente, desde el año 1912, predicó su ciencia, explicando el régimen económico y administrativo de nuestra Constitución nacional en la Facultad de Ciencias Económicas de la ciudad capital. Y en esa rama del Derecho constitucional, ratificó sus rangos docentes en la misma Facultad de Derecho en la que se graduara. Y además de extenderlos al Derecho político, ensanchó su magisterio iluminando sus lecciones de Historia argentina en la Facultad de Filosofía y Letras.

En la magistratura, como fiscal, como juez y como camarista, en el fuero civil y comercial, dejó ejemplo de suficiencia y de serenidad para ser ecuánime y justo. Libre de pasiones, no ya porque el juez no debe de padecerlas, sino porque el sabio que lo es de veras mantiene su virtud como una armonía y realiza su conducta como un equilibrio. Y es que vivir para eso es una obra de arte también. Y Mariano de Vedia y Mitre no tiene mella en el perfil ejemplar, que deslinda su personalidad y la define.

Decir que es miembro de la Academia de la Historia, de la Academia de Derecho y C. Sociales y de la de Letras, así como decir que fué delegado a tales y a cuales congresos o que es miembro de tantas o cuantas instituciones literarias, históricas o científicas, sería garabatear redundancias, mentando cosas presupuestas. Porque la República Argentina le tiene entre los prohombres de sus mejores honras espirituales. Y él tiene todas las honras de los prohombres de la patria: acreditadas y sancionadas, con lo sustantivo y lo adjetivo, en cabal correlación.

Los trece volúmenes de su *Historia general de las ideas políticas* configuran el más profundo tratado sobre la materia escrito por autor americano. Consolida—objetiva y verticalmente—una revisión crítica y cimera de la evolución de nuestra civilidad, desde Grecia a nuestra actualidad. El juego de las instituciones tiene en Vedia y Mitre un revisor sesudo y un enjuiciante comentarista. Es obra angular por eso mismo, y su análisis agota las cuestiones que componen el tema a fondo.

Bernardo de Monteagudo era una personalidad de vigorosa delineación entre los próceres de nuestra gesta libertaria. Figura intensa, rica de tonos y contornos y de una trayectoria singularísima e histórica de primera indicación. Nadie la había visto... Apenas si la miraban. Incluso con cierta antipatía. Porque era — para muchos — una individualidad chocante, confusa, de esas que obligan inevitablemente a reaccionar ante ellas. El doctor Vedia y Mitre, en 1950,

Fotografías: «LA NACION» de Buenos Aires

La avenida Nueve de Julio está considerada como la más ancha del mundo. Sólo la visión de un gobernante como Mitre pudo concebirla así. Orgullo de la capital argentina, ha unido a su sereno trazado su servicio de ciudadanía.

compuso *La vida de Monteagudo*, y puede asegurarse que nadie ha dicho más ni mejor. Ni lo dirán.

Idéntico caso es su libro sobre el deán Funes, que habiendo comenzado en la forma de un ensayo opuscular, en 1910, llegó a obra completa y exhaustiva en 1954. En 1927 había dado *La inmortalidad de Maquiavelo*, verdadera exégesis política, que el profesor Posada elogió, en un valioso artículo, en la revista *Mercurio*, de Barcelona. Desde su *Compendio de historia argentina*, con fines didácticos, su labor de historiador, aparte lo señalado, da títulos sobresalientes en la historiografía argentina: *La presidencia de Rivadavia*, *Jornadas argentinas*, *Pueyrredón y la diplomacia de su tiempo*, *La Carta de Mayo*, *De Rivadavia a Rosas*, *El manuscrito de Mitre sobre Artigas* y tantos más, cuya profunda enumeración sería gravosa por extensa. Todo sujeto al método responsable del exégeta sincero y veraz, del estilista recio, del reposado enjuiciador. Baste con decir que sus obras no han tenido contradicción. Y esto, en historia, es categórico.

Sus piezas jurídicas comprenden una variada gama de cuestiones de nuestro Derecho en vigencia y aportan a los temas la solución conceptual y práctica más indudable. *El régimen tributario en la Argentina*, *La libertad de imprenta* y otras se conjugan con las aportaciones a casos definitivos, como la acefalía presidencial o la filiación natural y la correlativa posesión de estado, que vino a alumbrar a la jurisprudencia, para darle rumbo y anchura a ese respecto social. Y quedarían aún por citarse sus estudios acerca de la reforma constitucional del Uruguay y las concordancias de la Constitución yanqui y la brasileña, de honda calificación.

Y súmese otro ángulo a esta profícua y rotunda personalidad: el literario. Estudió a Shelley y lo vió en pleno. Cuando lo refirió al amor, en el libro o en la conferencia, desbrozó un corazón, una época y una actitud literaria. Ahondó después en Hamlet, para agotar el sentido de su monólogo, con visión alertísima y cavadora. Su estudio y sus notas a la *Defensa de la poesía*, de Bartolomé Mitre, lo ubican, en la concepción de su modernidad, con la majeza de cualquiera de los grandes maestros de la literatura universal. Igual cosa puede decírsele leyendo *Las alegorías de Salomé* o sus in- *(Pasa a la pág. 63.)*

Una personalidad tan rica como la de Vedia y Mitre ofrece infinitos ángulos de glosa para enmarcar una vida al servicio del engrandecimiento íntimo y universal de su patria. En estas líneas de nuestro colaborador el profesor Horacio J. de la Cámara se revela de una manera sucinta y apasionada la singular biografía de este prohombre argentino. Pero su faceta de gobernante tiene especial interés para nosotros porque podemos traer a nuestras páginas estas fotografías de la gran ciudad que él hizo posible en una nueva y brillante concepción urbana.

También por Mariano de Vedia y Mitre fué construído el obelisco de Buenos Aires, monumento de la ciudad en honor de sus hermanas del interior. Se yergue en el centro de la cosmopolita y bellísima plaza de la República.





JOSE G. NAVARRO

REGRESA OTRA VEZ A QUITO

El gran historiador ecuatoriano trabajó cuatro años en España

—*Vea, vea esto.*

Estábamos sentados en los butacones verdosos de la habitación que ocupa en un silencioso hotel madrileño. En la mesa, muy ordenados, los folios de papel escritos a mano. Una letra de «antes», elaborada y asombrosamente idéntica a lo largo de cientos de cuartillas.

—*¿Y qué le parece esta iglesia?*

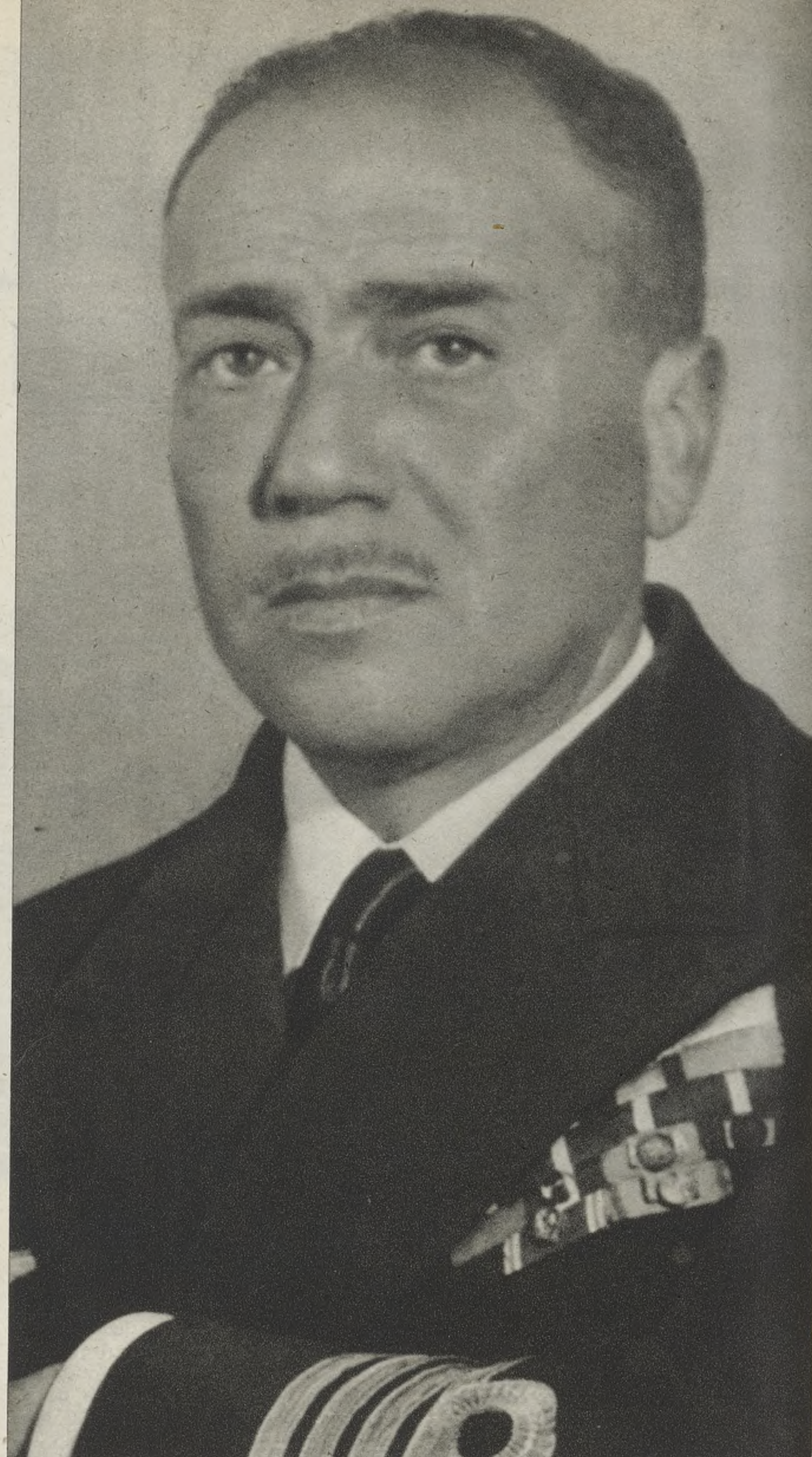
Un entusiasmo desbordante, juvenil, íntegro y completo. Así es el doctor José Gabriel Navarro, erudito, escritor e historiador del Ecuador. Su estampa física recuerda, a ratos, la de Vasconcelos. Quizá sea un parecido americano. Sentado, el doctor Navarro parece alto y fuerte. Un bigote canoso, de guías fuertes, anchas. Unas manos grandes, enérgicas, que tiemblan, impacientes, al pasar las hojas de los libros, de sus libros, buscando la fotografía deseada: una escultura, una pintura, acaso la cúpula de una catedral o de una simple capilla perdida en las montañas.

—*Vea, vea.*

Estas palabras, dulcemente repetidas, nerviosamente repetidas, retratan a este maestro americano de la curiosidad y de la investigación. Antes que por la imagen, quiere transmitir, por su propia emoción, el universo descubierto: el arte hispanoamericano.

Ahora lleva cuatro años y medio en España. Quito, allá, a tres mil metros sobre el nivel del mar. Madrid, acá, a los seiscientos.

—*No sé cuándo me marcharé. Habíamos decidido ha-* (Pasa a la pág. 64.)



JULIO F. GUILLEN

VIENE DE CARTAGENA DE INDIAS

El marino español ha asistido al homenaje de Blas de Lezo

Hablábamos de las costas colombianas. Al norte de Cartagena está Barranquilla; más lejos, Santa Marta...

Por ahí iba la conversación cuando Julio F. Guillén Tato, marino, director del Museo Naval de Madrid, rompió nuestro diálogo con tres palabras:

—*Deme la pluma.*

Sin un momento de duda, con rápidos y suaves gestos, dibujó las costas y los golfos, el mar que un día fué invadido por la piratería y los fuertes que defendieron a Cartagena de Indias. Mientras dibujaba el mapa, añadió:

—*Todavía estas tierras aparecieron en el mapa de nuestro Juan de la Cosa, que vendría a morir, de harto mala manera, en esa misma región, y un poco más al sur.*

Desde ahora en adelante, en el altibajo de una conversación cortada por muchos recuerdos, Julio Guillén, que pudiera ser representativo, cara y máscara, pimienta y franqueza, de muchos personajes del mar, apenas si hablará de otra cosa que de América:

—*Llevo treinta años mirando a aquel mundo, lleno de interés por todas sus cosas. Creo, además, que tengo amigos en casi todos los países.*

DESCUBRIMIENTO DE CARTAGENA DE INDIAS

Su último viaje al otro lado del Atlántico ha tenido en esta ocasión un carácter bien concreto: Blas de Lezo. Pero, aun así, la *(Pasa a la pág. 64.)*

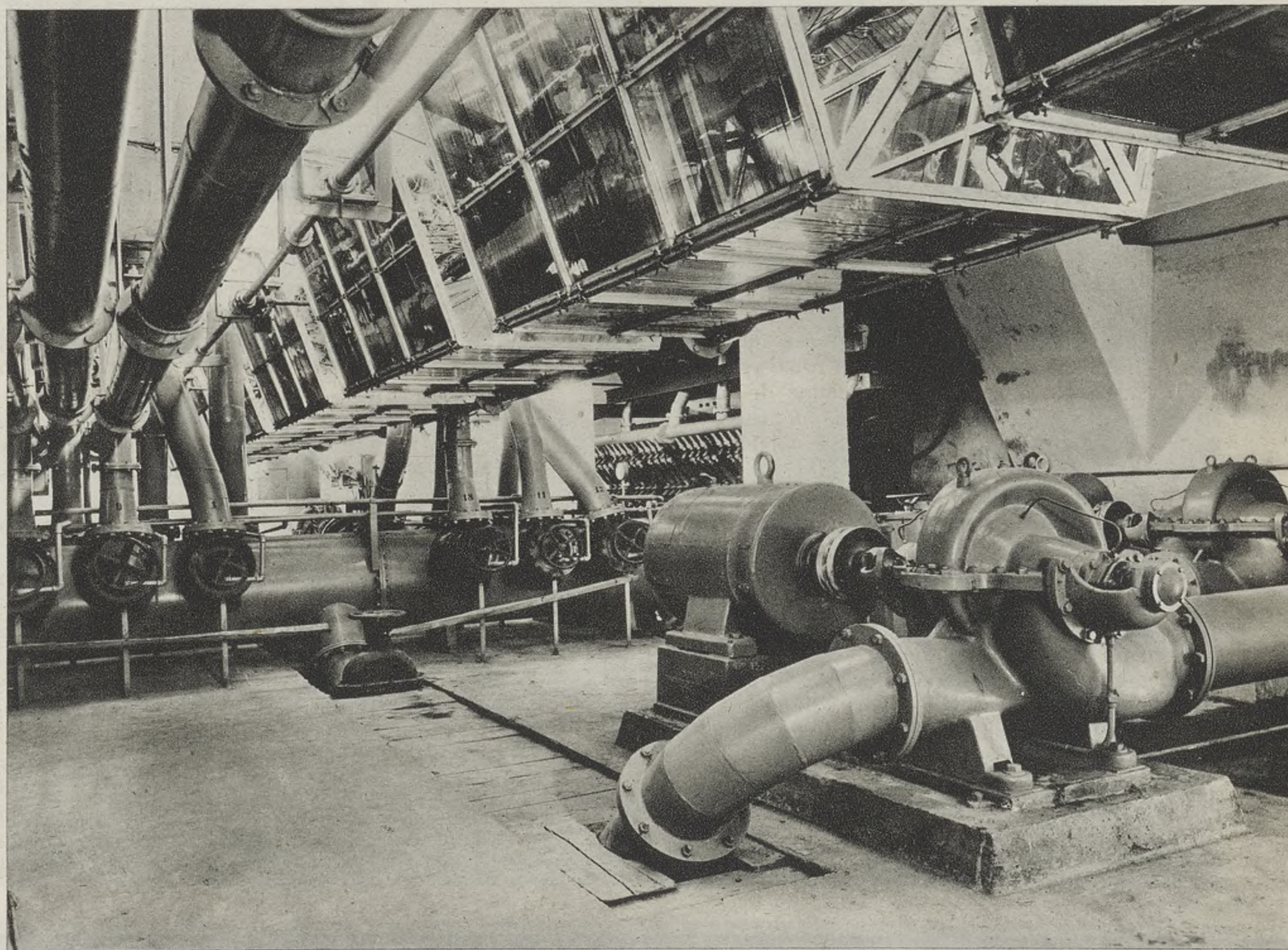


FABULOSO ESPECTACULO EN CIUDAD TRUJILLO FORJADO POR UN INGENIO ESPAÑOL

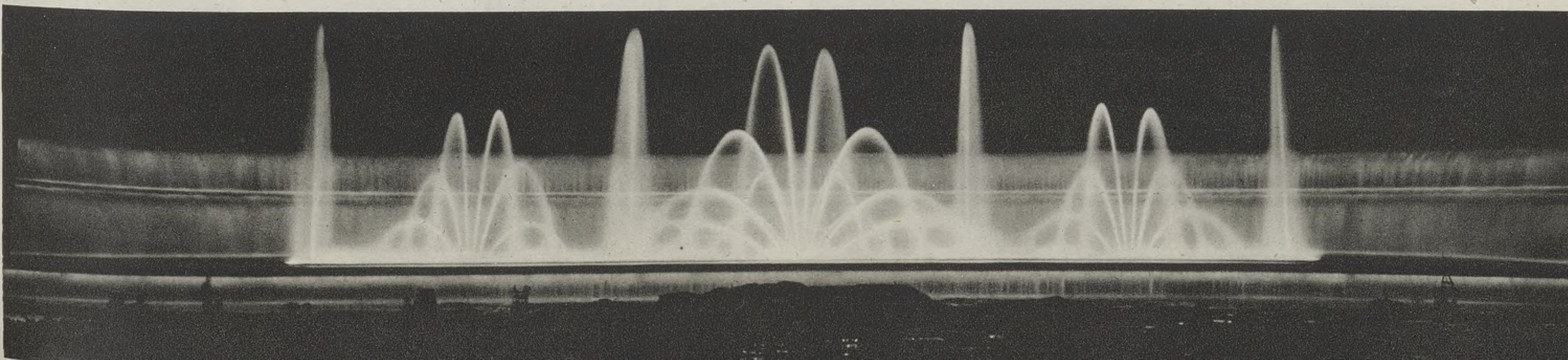
LA LUZ Y EL AGUA FORMAN UN CONJUNTO MELODICO

Fué en *Gog*, la apasionante y un tanto demoníaca novela de Papini, donde un escultor estrafalario modelaba una columna de humo nacida de un brasero para obtener una escultura fugaz. El artista, poseso de locura, pretendía que sus creaciones variaran en cada momento, que fueran distintas e irreales, como lo era su incomprendido genio. Como una página atormentante e imposible recordamos ahora ésta de Papini y todas aquellas donde Gog buscaba novedades para matar su tedio infrahumano. Sin embargo, en nuestro mundo real, en nuestro mundo prosaico, que ha perdido potencia creadora y se deja arrastrar por la monotonía, un hombre se ha puesto a jugar con la fantasía. Es un español, lo que nos satisface especialmente, quien ha acometido la empresa de crear una sinfonía con el agua y la luz, y para desarrollar la obra ha elegido un escenario hispánico, lo que es también motivo de satisfacción: Ciudad Trujillo, y coincidiendo con la Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre.

Don Carlos Buigas, autor del proyecto y de quien ya se habló en el número 67 de MVNDO HISPÁNICO, es un ingeniero español enamorado del agua y de la luz. Su historia profesional es una continua entrega a estos dos nobles elementos, y fruto de sus trabajos son las obras siguientes, tan famosas como cono-



Para la construcción del Teatro Agua-Luz fué necesario instalar una complicadísima maquinaria.



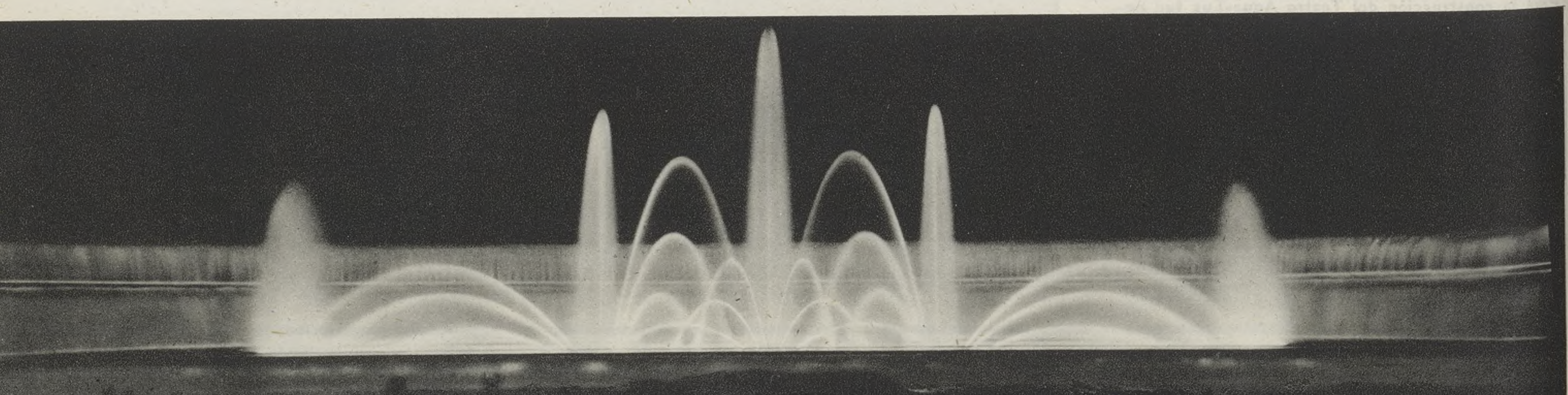
Frente al teatro se alza un restaurante-casino de 22 metros de altura y fiel a la técnica más moderna.

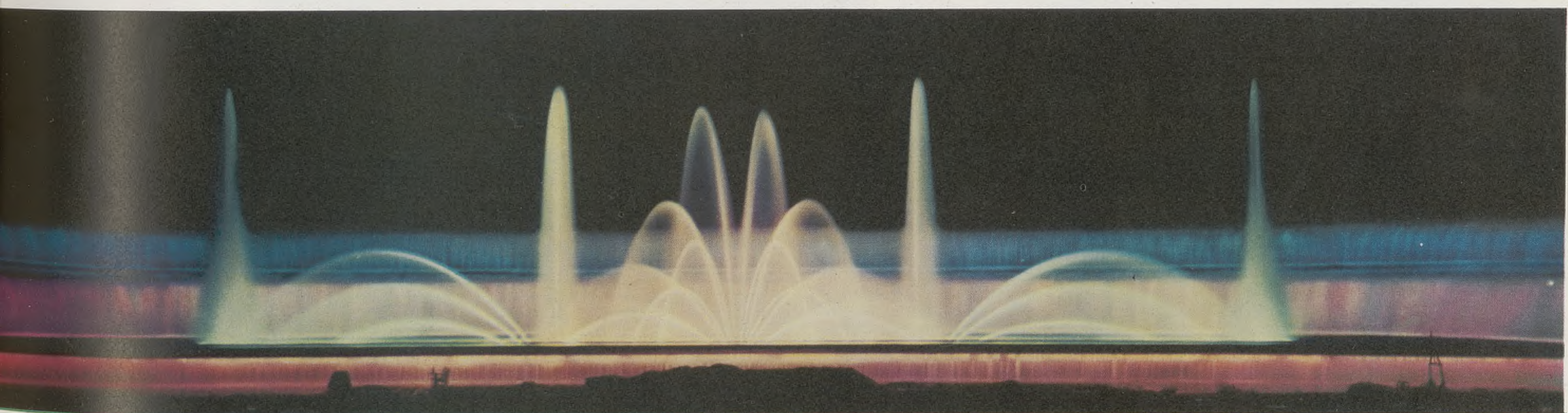
cidas: la gran fuente luminosa de Montjuich (Barcelona), construída en 1929 y restaurada en 1954; el grupo de cascadas de Montjuich, del mismo año 29 y en vías de restauración; el Teatro de Agua de la Exposición de París de 1939, flotante sobre el Sena y que medía 86 metros de amplitud, y la fuente flotante sobre el Mosa, en la Exposición de Lieja de 1939, cuyo surtidor central podía elevarse a 115 metros de altura. Pero el proyecto más importante del ingeniero español se malogró por causa de la segunda guerra mundial. Nos referimos al grandioso Teatro de Agua-Luz musical que había de instalarse en Roma con motivo de la Exposición Universal de 1942. Este proyecto, de una amplitud que rebasaba los 160 metros, junto a todas las demás fuentes y iluminaciones decorativas, le fué encargado a Buigas por el presidente de aquel certamen, pero la guerra y la derrota de Italia impidieron su realización. Los hombres se olvidaron de la poesía de un salto de agua iluminado y dieron preferencia a los ingenios destructivos. La bestia se impuso al ángel.

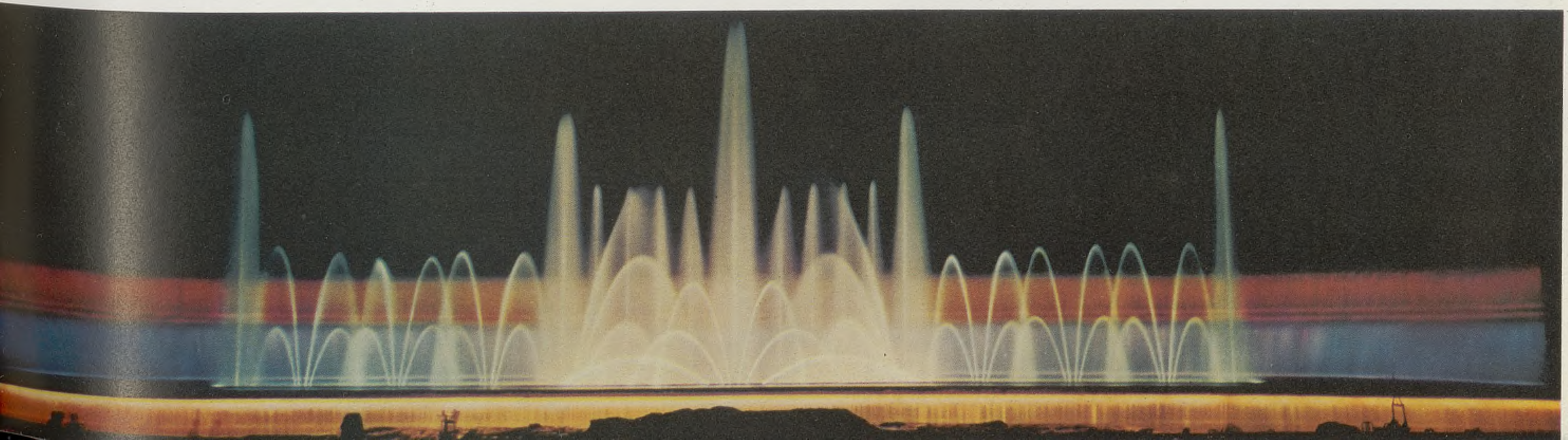
En el pasado 1956 se celebró en Ciudad Trujillo la Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre, patrocinada por el generalísimo Trujillo y con motivo de haber sido designado benefactor de la patria. Para esta ocasión fué solicitado el ingeniero don Carlos Buigas para diseñar y realizar las fuentes luminosas del certamen, conocida su pericia y buen gusto en este tipo de realizaciones. Buigas propuso la construcción de un gran Teatro de Agua-Luz, y su propuesta fué aceptada, denominándosele Teatro de Agua-Luz Angelita, en gentileza a la reina de la Feria. El ingeniero español realizó además una fuente luminosa circular en el centro del recinto.

El Teatro de Agua-Luz está situado en el interior del ferial, circundado totalmente por construcciones, con objeto de aislarlo de la acción del viento. En el recinto donde se halla instalado existe un restaurante-casino de 22 metros de altura, y en la parte posterior del teatro hay una cascada de ocho metros de altura y cien de desarrollo, que forma el fondo del mismo, y dos columnatas que enlazan el edificio con ambos extremos de la cascada. La explanada circundada por el edificio y las columnatas es de un plano semicircular de 92 metros de diámetro. Frente a tal explanada se extiende el teatro, con un gran escenario ante la platea. Y entre dicho escenario y el público, sobre amplia plataforma, una pista para evoluciones de *ballet*.

Para la realización de esta obra, verdadero caudal de poesía, donde las formas abstractas del agua, arropadas por las luces de colores, forman caprichosas composiciones, el señor Buigas recabó la colaboración de otro ingeniero español, don Fernando Espiau. Así, pues, en esta Feria de Ciudad Trujillo, tan ensalzada por todos, dos artistas españoles —pues su labor es puro arte—han contribuído principalmente al éxito del certamen, aportando una obra genial, de cuya hermosura son prueba fehaciente las fotografías que publicamos.







RIQUEZAS DEL MUNDO

EL CARBON



OTRA DE LAS GRANDES PRIMERAS MATERIAS DEL MUNDO

LAS inquietudes suscitadas después del problema de Suez por el aprovisionamiento de petróleo para Occidente traducen una vez más la importancia de las materias primas, así como la regularidad de sus entregas para nuestras industrias. ¿Cómo dependemos nosotros del resto del mundo? ¿Cuáles son los grandes productos para los cuales es necesaria una política a largo plazo? MVNDO HISPANICO, que ofreció en su número 106, correspondiente al pasado enero, un amplio estudio del petróleo y de sus derivados, trata hoy de otra decisiva primera materia mundial: el carbón, reproduciendo un documentado y expresivo trabajo publicado en la revista «Entreprise».

RESERVAS

Las reservas mundiales de carbón están calculadas en 5.600.000 millones de toneladas. Aparte los pequeños yacimientos de Africa, de Australia y de Hispanoamérica (5 por 100 de las reservas), se reparten en cuatro grupos de desigual importancia:

1 AMERICA DEL NORTE (45 %)

Las reservas americanas están esencialmente situadas al nordeste de los Estados Unidos y de la gran zona de llanuras que va desde los Apalaches hasta las Montañas Rocosas.

2 ZONA SOVIETICA (32 %)

La zona europea geográficamente soviética no tiene más que una parte muy débil de las reservas (cuencas de Silesia polaca y del Donetz). Por el contrario, la parte asiática de la zona soviética (situada al este de los Urales) encierra la mayoría con las gigantescas cuencas siberianas de Kouzbass, de Karaganda y de la Toungouzka.

3 ASIA (11 %)

Las reservas son esencialmente chinas (los 5/6 de las reservas asiáticas), con los inmensos yacimientos de Chan-Si, de Chantung y de Manchuria. Hay que señalar la India, con la cuenca de Damodar, al nordeste de los llanos de Deccan; el norte y el sur del Japón.

4 EUROPA (7 %)

La mayor parte de los yacimientos se encuentran en la gran zona que comprende las cuencas británicas, los yacimientos franceses del norte y del Pas-de-Calais, cuencas belgo-neerlandesas y el Ruhr. Hay que añadir a esta zona la cuenca de Lorena.

PRODUCCION

La cantidad de hulla extraída cada año sobrepasa con mucho cualquier extracción mineral: 1.700 millones de toneladas en 1955. Aparte los pequeños yacimientos de Africa, de Australia y de Hispanoamérica (2 por 100), cuatro grandes zonas de producción dominan netamente el mercado mundial del carbón:

1 AMERICA DEL NORTE (31 %)

Los cuatro quintos de la producción carbonera americana (540 millones de toneladas) están localizadas en las cuencas de los Apalaches, al nordeste de los Estados Unidos (Estados de Pennsylvania y Alabama). El resto está producido por las cuencas del centro-este de los Estados Unidos (Estado de Illinois, Indiana y Kansas) y por la llanura de Alberta, en el Canadá.

2 U. R. S. S. + EUROPA ORIENTAL (29 %)

La U. R. S. S. ha producido el pasado año 390 millones de toneladas; la mitad de esta producción lo dan las cuencas europeas (Donetz, Urales) y la otra mitad las cuencas siberianas (Kouzbass, Karaganda). Mas hay que añadir a esta producción la de Polonia (94 millones de toneladas) y la de otros países satélites, que dan al bloque soviético una masa de hulla que ronda los 530 millones de toneladas, casi el equivalente de la producción americana.

3 EUROPA OCCIDENTAL (27 %)

El tercer gran bloque de producción hullera está formado por la gran zona herciniana que parte a Europa en dos. Entre las principales cuencas, el grupo de las cuencas inglesas (Yorkshire, Northumberland-Durhan, cuenca de Gales) alcanza netamente la cabeza, con 228 millones de toneladas, delante del bloque alemán del Ruhr (130 millones de toneladas), las cuencas francesas (57 millones de toneladas) y el grupo belgo-neerlandés. En conjunto, Europa produce 480 millones de toneladas de carbón.

4 ASIA (11 %)

La producción de carbón en Asia ha progresado de manera sensible desde hace algunos años, sobre todo gracias a China, que ha extraído 93 millones de toneladas el año pasado en sus yacimientos del Norte y de Manchuria. La producción del Japón y de la India se desarrolla igualmente a un ritmo acelerado.

EL COMERCIO

No carga más que sobre una débil parte de la producción (5 por 100 aproximadamente). La repartición de las corrientes comerciales se explica por la existencia de zonas de déficit—gran parte de Europa, América (excluyendo los Estados Unidos) y Asia del Sudeste—y zonas de excedente: los Estados Unidos, las cuencas del Ruhr y la Silesia polaca. Dos series de corrientes se oponen:

1 Corrientes «menores» parten

- Del Ruhr hacia Francia, Italia y Escandinavia.
- De la Silesia polaca hacia los países limítrofes de la Europa Oriental.
- De la Unión Surafricana hacia los puertos de Hispanoamérica y hacia Asia del Sureste (por el océano Indico).
- Inglaterra, primer exportador mundial en 1939, no efectúa por ahora más que algunas exportaciones simbólicas hacia la C. E. C. A., Dinamarca e Irlanda.

2 La corriente principal sale de los Estados Unidos

Cargando sobre una masa anual de 50 millones de toneladas aproximadamente, se orienta en dos grandes direcciones, que se reparten cada una la mitad del tráfico:

- Hacia el Canadá, que sigue siendo el primer importador de carbón, para satisfacer el crecimiento de su consumo industrial.
- Hacia Europa Occidental, que ha visto formarse un profundo bache desde 1945 entre sus disponibilidades y su consumo. En buen año, cerca de 40 millones de toneladas atraviesan el Atlántico hacia Europa; en año normal, 25 millones de toneladas, sobre todo hacia Alemania, Inglaterra, Italia y Francia. El mayor inconveniente de este tráfico es que le cuesta muy caro a Europa, pues los gastos del transporte, con sus 6.000 kilómetros de recorrido, encarecen el precio de la tonelada de carbón americano en un 50 por 100 en relación con la tonelada de carbón nacional.



DE LA SOLEMNIDAD COMO POSTURA DEL ALMA

Por IGNACIO B. ANZOATEGUI

El alma vive buscando su postura adecuada, o, mejor dicho, vive buscando una postura para adecuarse a ella.

Hay mujeres, por ejemplo, que adoptaron para sus almas el modelo madame Récamier —*chaisse-longue* y asombro—, con su correspondiente talle estilo Imperio, para que la joven ingenuidad del talle desmienta la malpensada dejadez de la *chaisse-longue*. Otras prefirieron enrolarse en los tercios de Santa Juana de Arco—un poco de Santa Juana y otro poco de Santa Ingrid domesticada por Claudel—y descorchar trompetas de santidad en torno de la ciudad del pecado. Otras, en fin, se inscribieron en la agencia de colocaciones que es el existencialismo y de la que probablemente salieron con un subsidio de desocupadas y con un bostezo de confección.

Siempre la preocupación del alma. Siempre aquel querer ser o no querer ser de alguna manera. Ya en la forma de cruzar una pierna sobre la otra, ya en la de enfrentarse con la virtud, ya en la de discutirla en la rayuela de la vida —donde hay un cielo y un infierno—; siempre, ineludiblemente, el problema de la postura.

El problema a todo trance y en todo trance. El problema del comportamiento consigo y de la vivencia exterior. El de ser para aparentar ser: de ser auténticamente para no incurrir en la *gaffe* de parecer otra cosa.

El problema común a las mujeres y a los hombres: porque hombres y mujeres son en su nacimiento los mismos seres con distintos destinos específicos.

Porque son en su nacimiento los mismos, tienen la común necesidad de expresarse o, mejor aún, de encontrarse en su propio interior para manifestarse hacia lo exterior. Porque, siendo como son específicamente distintos, priva en la mujer lo exterior y en el hombre lo interior, en la mujer la manifestación y en el hombre el encuentro. Prueba de ello es que la mujer, aun sin encontrarse, puede manifestarse y no deja por eso de ser toda una mujer. En cambio, el hombre que alcanza a manifestarse sin haberse antes encontrado, no es precisamente todo un hombre: es apenas todo un fantoche.

Tal ocurre al hombre cuando adopta la solemnidad como postura, cuando descansa en ella y en ella se solaza, cuando, al cabo de engordar en ella, termina creyendo sinceramente en las prerrogativas de su opulenta respetabilidad.

Probablemente ningún peli-

gro importaría la solemnidad si se limitara a ser lo que debe ser: un medio, uno de los tantos medios de que el hombre se vale para triunfar en la vida, como lo son la dignidad en el traje, la perla en la corbata o el congreso en el extranjero. Tales—porque son medios intrínsecamente indiferentes, buenos en cuanto sea bueno o indiferente el fin que persigue—sirven al mejoramiento del hombre, que, por su parte, se siente obligado a no declinar de su condición de hombre mejorado, a no desilusionar a sus semejantes presentándoseles como inferior a lo que aparenta. Esta conducta, que en lenguaje anglotécnico se ha dado en llamar despectivamente *snobismo*, tiene la indudable ventaja de empujar dulcemente al hombre hacia la propia superación, no con miras a engañar, sino con miras a no desengañar, vale decir, a ser leal al engaño y a hacerse digno del engañado ofreciendo a éste su esfuerzo y esforzándose para rescatarlo de su posición de trampeado. Porque, si el *snob* empieza siendo un tramposo, termina siendo un héroe: una especie de mártir gladiador tan empeñado en ocultar su mentida destreza, que acaba siendo el campeón de la que fué su mentira. Tal su mérito y tal su título. Su mérito de hombre venido de menos y su título de hombre venido a más. Tal su ejemplaridad, que nos compromete a elevarnos de nosotros mismos para servir de ejemplo y a ahogar quizá alguna vez la escandalosa confesión de nuestra inferioridad cómodamente desesperanzada. Porque cualquier *mea-culpa* es noble; sólo es innoble, sólo es canallesco, sólo es escandaloso, el *mea-culpa* de la desesperanza: el que le permite al hombre dejarse estar donde se está, gozando del descansado privilegio del suicidio en vida. El *snob*—el aprendiz de hombre superior—, si miente, aprende mientras miente; acicateado por su orgullo o simplemente acorralado por su pudor, miente; pero su mentira lo pone en la necesidad de hacerse alguna vez digno de la fe en él depositada. Por eso, si no el más puro, el *snob* es un vivo instrumento de cultura. Más que un instrumento, un instrumentador del movimiento de superación universal.

El hombre solemne, en cambio, ha hallado su paz, al igual que el vencido. Este es un muerto moral y aquél es una negación mental; vale decir: son dos inanimados. Pero el segundo es más peligroso que el primero, porque si el muerto hiede, la negación pesa, y pesando aplasta y aplastando pudre: pudre a cuanto domina bajo su peso.

El vencido es poco más o menos que un tránsfuga, poco más o menos que un ausentista. Pero, por tránsfuga y ausentista, no pasa de ser un vacío.

El hombre solemne, por el contrario, es una presencia. Una maldita presencia que llena el aire de sobresaltos y de retortijones de solemnidad.

Es el hombre que admira a los pájaros por la sencilla razón de que la historia los ha canonizado. Que respeta a las estatuas porque también ellas tienen su proceridad. Que tolera a los artistas porque tal o cual artista puede llegar mañana a ser un hombre importante. Que se conduele de los necesitados porque en una sociedad sin necesitados carecerían de justificación las sociedades de solemnes. Que aprecia a los sabios porque los sabios tienen siempre un cierto aire internacional. Que protege al infortunio, pero con la condición de que no disminuya demasiado el número de los infortunados. Que da de comer a los huérfanos para que sigan con cara de huérfanos. Que hace todo lo que se parece a la caridad.

Hace todo lo que se le parece. Falsifica al mismo amor, que es la caridad sin condiciones.

Pero lo que no puede falsificar es su alma animal. Lo que no puede ocultar es su odio contra lo natural. Lo que no puede detener es la desesperación de apóstata frente a aquello de lo que él ha apostatado.

El hombre solemne puede admitirlo todo. Todo, menos el derecho de otro hombre a declinar la oportunidad de ser solemne. Puede acomodarse a todo. A todo, menos al mal ejemplo del hombre que no quiere acomodarse al acomodo. Puede consentirlo todo. Todo, menos la viva afrenta del hombre que, sólo por serlo, atenta contra el pontificado de la solemnidad que él ejerce.

Viudo de sí mismo, es el enemigo personal de la alegría. Resentido con la vida, adopta contra ésta una actitud de rufián próximo a perderse. Dueño de su empaque, duerme con camisón mental almidonado.

Porque el hombre solemne no es siquiera un cínico: es apenas un falsificado. Lejos de ser un farsante, es un convencido: un incómodo convencido, la víctima de una escuela de vida que en él termina haciéndose carne en la solemnidad. Carne y postura del alma que toma carne en la solemnidad. De ahí su fácil prosopopeya, que hace que se la con-





funda a veces con su hermana de carne la obesidad.

Pero entre el gordo y el solemne media una distancia insalvable, insalvable porque el solemne cree que su salvación es un derecho suyo y el gordo sabe que la salvación—siendo un derecho de Dios—es una esperanza del hombre. El gordo usa de su abdomen para reírse gordamente; el solemne lo usa para entrarlo o—llegado a la edad abdominal—para lucirlo como un diploma de respetabilidad. El gordo vive una anticipación del paraíso y el solemne una anticipación de su epitafio compuesto por él mismo. En el circo de almas que es la vida, el gordo rebota a carcajadas sobre la red, mientras el solemne se atusa sombríamente sus bigotes de ex coronel zarista, alamares de su cara.

Y es que el gordo tiene un alma de hombre y el solemne tiene una rata disecada en el hueco del cuerpo reservado para el alma.

De ahí el peculiar olor de su tristeza, ese olor raído que emana de todo su ser. De ahí su exigente, su apurada prepotencia: del miedo de empezar en cualquier momento a no ser. De ahí ese complejo tan suyo—suyo y de los fantasmas—de no ser enterrado, ese complejo que le lleva a vivir haciéndole visitas de pésame a la vida.

Una sola forma de salvación le resta: la de asociarse con el gordo y convertirse en falso influyente. Pero, como prócer que es, no puede ni siquiera intentarla. Porque a él le está vedada la última esperanza de recuperar su infancia, que es la de sentirse con cola de paja cuando se cruza con un vigilante.

Para algo eligió él su postura. Para asumirla dictatorialmente. Para esclavizarse a sí mismo, consigo mismo. Para entregar en vida su alma a una apariencia. Para vivir en nota necrológica.

Y todo para forzar las puertas de la inmortalidad antes de pasar por el curioso trance de la muerte.

LA TRISTE HISTORIA DE LOS CASTILLOS DE ESPAÑA

RECORRIDO SENTIMENTAL Y RECUENTO DE RUINAS

ES NECESARIO INSTALAR COMODOS Y ESTRATEGICOS PUNTOS DE PARTIDA PARA LOS VISITANTES

Por JOSE ORTIZ ECHAGÜE

Parece ser que ha llegado la hora de revalorizar nuestros castillos, Bien venida sea, si ello sirve para evitar que sus últimos sillares se derrumben para hacer compañía a los que vienen cayendo a través de diez siglos.

Estas amistades castellanas que ahora surgen resultan un poco retrasadas. Unas cuantas generaciones antes hubieran sido mucho más eficaces; pero los nuevos amigos dirán, y con razón, que ellos no tienen la culpa de la falta de esta clase de sentimientos amistosos de sus antepasados. Lo cierto es que ahora se trata de brindar amistad a un conjunto general de ruinas, ya que la verdad es que de los dos mil castillos que presumimos tener, apenas podríamos recomendar la visita de medio centenar sin riesgo de causar justificada decepción.

Entendamos bien que nos referimos al visitante en general, al que pretendemos atraer para que recorra nuestro país, y no al curioso historiador ni al arqueólogo ni a otra clase de eruditos, que siempre encuentra motivos de atento examen allí donde el vulgar visitante pasa de largo.

Tampoco nos referimos al catador de paisajes, para el cual es el castillo un soberbio complemento en las serranías y dilatados horizontes de nuestra España. Y en estos casos la ruina poetiza, a veces, más que el castillo íntegro, siempre que esté contenida, que no sea excesiva.

Ya sería bastante que los buenos amigos de los castillos fueran al menos contenedores de ruinas, pues ésta es la primera labor urgente a realizar para evitar que lo que hoy queda se derrumbe por completo, como ya está aconteciendo. Las causas de este general derrumbamiento resultan, para las generaciones actuales, de una fatal evidencia. Veamos sus principales vicisitudes.

Sobre restos romanos y visigodos surgieron nuestros castillos en la plenitud de la lucha hispanoárabe. Durante siete siglos cambiaron reiteradamente de dueños. Reconstrucciones apresuradas, en la zozobra de breves períodos pacíficos, cambiaron repetidamente su faz de tal modo, que al término de la lucha mostraban todos ellos sus cicatrices y su amalgama de estilos. España reunía a finales del XV un hermoso conjunto de fortalezas mutiladas coronando las cresterías de sus interminables y desnudas serranías.

Es entonces cuando comienza en realidad el verdadero martirologio de nuestros castillos. Terminada la Reconquista, la nobleza, con sus ociosas mesnadas, deriva hacia luchas intestinas y se rebela contra el poder real. Los Reyes Católicos, celosos del poderío de los nobles encastillados, disponen la demolición de las fortalezas: "Ordenamos y mandamos que los castillos viejos y las peñas bravas y las otras fortalezas que en el nuestro suelo y en lo abadengo fueron o fueren de aquí en adelante edificados, sean luego demolidos y derribados."



Tras el abandono por la nobleza, que pasa a la ciudad, la guerra de Sucesión, en 1704

Cisneros reitera más adelante estas severas órdenes y envía por todas partes delegados para hacerlas cumplir, algunos tan celosos como Hernando de Villalar, que no deja piedra sobre piedra de los 200 castillos que, según nos cuentan, jalonaron un día el antiguo reino de Navarra.

De hecatombe para nuestra arquitectura militar hay que calificar esta general demolición de fortalezas españolas, que debieron quedar entonces con la mayor parte de sus torres desmochadas.

En 1520 una nueva calamidad los acecha. Comuneros y germanías se apoyan en ellos en su rebelión contra Carlos I. Medina del Campo es incendiada y su monumental castillo destruído. Análoga suerte corren los de Tordesillas, Torrelobatón, Villalar y Játiva, entre otros.

Hay un período de tregua que hubiera podido ser el de renacer

de nuestros castillos. Pero sus dueños, los nobles, atraídos por la vida de las ciudades y por el poder real, salvo excepción, los abandonan, y a partir de entonces pasan a ser canteras de los lugares próximos. Los sillares más valiosos de sus orgullosas almenas, los dinteles, jambas, alféizares, las arquerías de sus patios, son derribados. Y así, hoy los vemos, en su mayor parte, huecos, tristes corralizas de ganado, mostrándonos sus fábricas desalmenadas y las cuencas vacías y desmoronadas de sus huecos.

Nuevos embates llegan con la Guerra de Sucesión, en 1704. Ahora las víctimas se llaman Alburquerque, Salvatierra y Alcántara, junto a la frontera portuguesa, por donde irrumpen las tropas del archiduque. En Brihuega y Almansa se dan las batallas decisivas. Játiva es incendiada y su castillo destruído por las tropas de Felipe V, tomando así venganza en los partidarios valencianos del austríaco.



Hace un siglo, el Castillo de Montesa era bello ejemplo de arquitectura monástico-militar.

Por si no fueran suficientes calamidades, la tierra tiembla, y en 1748 el terremoto resquebraja los castillos de Levante, reduciendo a escombros alguno tan sugestivo como el de Montesa, sacro convento de la Orden, y al que hoy vemos en absoluta ruina, cuando hace poco más de un siglo era el más hermoso ejemplar de arquitectura monástico-militar de nuestra patria.

Entre 1770 y 1790, un benemérito escritor, Antonio Ponz, recorre la mayor parte de España, dejando para la posteridad detallada crónica del estado de sus monumentos y obras de arte. Su minucioso inventario tiene el enorme interés de anteceder a nuestra guerra de la Independencia y también a la liquidación de los tesoros de nuestros monasterios en la almoneda general que de ellos hizo Mendizábal en 1836.

Si en la época del viaje de Ponz los castillos hubieran tenido amigos, como ahora, es probable que se les hubiera dedicado mayor atención. Sus comentarios sobre ellos no completarían diez páginas de las dos mil que relatan su viaje en reciente edición.

Sigamos a Ponz en sus relatos sobre los castillos que pisa en su recorrido por el suelo ibérico...

Al comienzo de su viaje pasa por Albarrac'n y no cita siquiera su gótica muralla, que se encarama por la pendiente del cerro donde el caserío se apiña. Sólo llaman su atención los ríos que lo circundan.

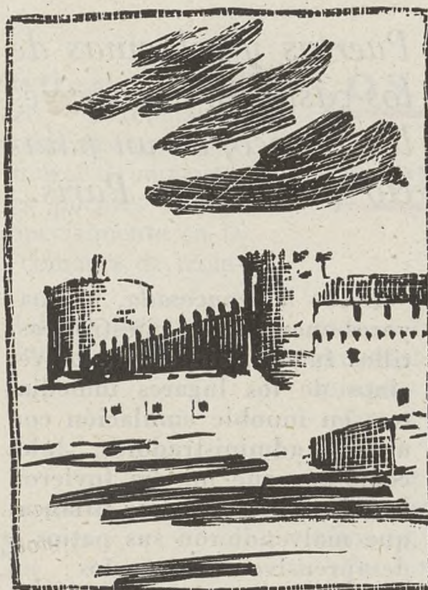
Alarcón de las Altas Torres, que visita más tarde, es la única fortaleza que como tal merece alguna detallada descripción. Entresaquemos algunos párrafos escritos hace cerca de doscientos años: «...*sobre una roca casi circuída del río Júcar, que forma un profundísimo tajo*..., *creo que por lo pasado no se hallarían lugares tan fuertes. Tenía sus murallas por ambos lados y tres puertas fortificadas, con sus puentes, antes de llegar a la villa, en cuya entrada hay una alta torre y otra está antes de empezar la referida angostura. Al principio de la villa está fundado sobre rocas el alcázar, construído fortísimamente, que es donde vive el Alcalde Mayor que nombra el excelente Señor Marqués de Villena, Señor de la Tierra.*» Se refiere, claro está, al señorío de las tierras circundantes, bien pobres, por cierto.

Nos dice también que Alarcón tenía cinco parroquias y era capaz de dar cobijo a 2.000 vecinos, aun cuando sólo tenía 500, y le auguraba todavía un rápido descenso. Hoy, en efecto, no creo que Alarcón llegue a los 200 y tiene una sola parroquia. Las restantes y gran parte de su caserío están en ruinas. Bien es verdad que en aquellos tiempos las parroquias eran sostenidas por las familias pudientes y no tenían mucho que ver con el censo del lugar. La decadencia de Alarcón es idéntica a la de otros muchos pueblos medievales españoles rodeados de pobres tierras. Desaparecida su razón de ser, militar o feudal, la gente emigra y acaban extinguiéndose. Hoy Alarcón merece ser conservado como sobresaliente ejemplar de una villa fortificada del medievo. En su vacía torre, aun entera, habría de habilitarse un sobrio alojamiento para una interesante etapa en el camino a Valencia, ahora que la carretera, desviada, pasa por el mismo lugar.

Siguiendo Ponz su viaje hacia Levante, pasa por Sagunto, entonces denominado Murviedro (o muro viejo). Le impresionan profundamente sus ruinas; pero es aquí la parte arqueológica y no otra la que merece su atención. Por la confusión que nos describe, es seguro que actualmente impera allí un mayor orden y respeto que hace dos siglos. Existen un pequeño museo y unas ruinas cuidadas y vigiladas, sin reconstrucciones inadecuadas y casi imposibles.

Al pasar por Játiva se lamenta de su ruina: «...*Da lástima ver que una magnífica habitación, en donde estuvo preso el duque de Calabria, se está acabando de destruir; escalones, patios, cisternas y lo demás caerá todo brevemente. Aun vivía allí el gobernador no hace muchos años, hasta que se dió el fallo de abandonarlo.*» Hoy, la ruina del castillo de Játiva está contenida gracias a los cuidados de su actual dueño, aunque su fisonomía ha sido desdichadamente adulterada.

De Almansa nos describe, con detalle, sus iglesias. De su altivo castillo, sólo una cita: «...*hay un castillo antiguo que ocupa todo el montecillo en donde está fundado. Sin embargo de hallarse destruído, hace buena vista.*» La destrucción a que se refiere Ponz había sido consumada pocos años antes, durante la lucha entre Borbones y austríacos, en 1707.



De Cuéllar a Alba de Tormes, luego a Cataluña y Andalucía, tras el viajero Antonio Ponz.

En otro recorrido se ocupa de Madrid y de los sitios reales y nos describe Segovia con su Alcázar, refiriéndose a sus fastuosos salones, con techos dorados y estatuas de reyes. Aun faltaba un siglo para que el voraz incendio de 1862 lo consumiera todo.

El castillo de Cuéllar lo encuentra digno de la mayor atención con «...*la armería que todavía se conserva, cuyas armaduras, entre enteras y medias, llegan a trescientas... Se guarda en ella buena colección de modelos de cañones de bronce de varias suertes y labores, muchas especies de lanzas, picas, espadas, mosquetes, etc., diferentes estandartes, banderas y otros aprestos militares.*» Todo esto lo vió Ponz hacia 1780. Los ingleses de Wellington, que se alojaron allí, y los franceses del general Hugo, padre del novelista, que lo ocuparon, dieron buena cuenta de todo ello.

Pasa después Ponz por Buitrago, sin mencionar su castillo, y lo mismo acontece a su paso por Ampudia. El de Medina del Campo sólo lo menciona para señalar su destrucción por los comuneros.

Donde nuestro viajero se extiende con delectación es al describirnos las riquezas que encierra el castillo-palacio del duque de Alba, en su ciudad del Tormes. Sigámosle de nuevo: «...*pocos se mantienen tan bien conservados, atendiendo a su antigüedad. En su patio principal hay galería baja y alta, con catorce arcos en cada una y columnas caprichosas en la alta, figurando como cuerdas retorcidas entre estriadas espirales, desde la base al capitel... La portada del palacio tiene también infinitas de estas labores... Hay porción de cuadros repartidos en las piezas de este palacio... También es cosa digna de verse la armería, así por sus armas y armaduras como por las pinturas... Se representan tres batallas, en las que fué general y vencedor el duque de Alba.*»

De tan interesante palacio y colecciones hoy sólo queda una muy grande y solitaria torre, que muestra sus cicatrices junto al pueblo de Alba de Tormes. En 9 de noviembre de 1809, una reducida tropa conducida por el duque de Parque, perseguida desde

Salamanca por el general francés Kellermann y sus huestes, se refugia en la fortaleza. Resisten obstinadamente bajo el fuego artillero... Y allí termina el viejo castillo del duque de Alba con sus espléndidas riquezas, que pasan a poder de los asaltantes. Esta es la historia muchas veces repetida de infinidad de castillos españoles.

En su viaje por Cataluña, Ponz hace alto en Cardona. En su castillo sólo retiene su atención la gran iglesia con los sepulcros de los condes. Análogamente, ya en Aragón, al entrar en el extenso castillo de Alcañiz, sólo cita la pequeña iglesia románica de su noviciado calatravo. En la alta Andalucía visita Alcalá la Real. De su gran fortaleza, que aun no había sufrido las voladuras napoleónicas, es también únicamente la espléndida iglesia de La Mota la que merece sus elogios, describiéndola repleta de ostentosos ornatos y retablos. Hoy podemos contemplarla desnuda por completo y con su bóveda derrumbada.

Y aquí terminan las referencias a los castillos de tan interesante y minucioso viajero. Son, como se ve, tan escasas, que se nos demuestra así la poca atención que en su época tales monumentos merecían. A Ponz le han interesado únicamente las riquezas interiores o las iglesias de fortalezas y castillos-palacios, donde las ha encontrado. Se ha detenido en Cuéllar, pero no parece haber pasado por Coca, seguramente vacío en aquella época. Tampoco le interesan los castillos como feliz complemento del paisaje, al que no es, sin embargo, indiferente, a juzgar por sus continuos lamentos sobre la desarbolada España.



Puertas y columnas de los castillos, Coca y Vélez Blanco, en un palacio próximo a París...

Desde la *francesada*, los mayores enemigos de nuestros castillos fueron, sin duda, los vecinos de los lugares inmediatos, en innoble emulación con avaros administradores, tales como los que un día tuvieron los de Coca y Vélez Blanco, que malvendieron sus patios a desaprensivos anticuarios: en 1828, el de Coca, y hace poco más de cincuenta años, el de Vélez, cuyas labradas piedras, puertas y columnas decoran hoy un palacio próximo a París.

Nuestras guerras carlistas causaron, sin duda, menores daños que estos vandalismos. Morella, sin embargo, cuartel general de Cabrera, sufrió importantes voladuras. La pólvora no debía de ser muy abundante, afortunadamente, en las filas de Don Carlos.

Sería equivocado tratar de conducir al turista visitante de España por interminables rutas de castillos atravesando parajes por lo general desolados e incómodos. Quédese esto tan sólo para el decidido amante de estas cuestiones que lo apetezca.

Para el normal visitante deben señalarse cómodos puntos de partida, bien situados. Para recorrer los castillos de nuestra alta meseta—quizás los más interesantes—, Segovia y Valladolid son los puntos indicados. Desde Mérida deben de recorrerse en primavera las deliciosas serranías de la provincia de Badajoz; las encontraréis repletas de jara y encinar y salpicadas de maravillosos pueblos—casi siempre al cobijo de empinadas fortalezas—, como los de Alburquerque, Feria, Salvatierra, Jerez de los Caballeros y tantos otros, imagen anticipada de la riente Andalucía.

Desde Córdoba y Ubeda pueden recorrerse los más interesantes del sur de España, sin dejar en olvido los del alto Guadalquivir, más que por su real importancia, por los soberbios paisajes donde están enclavados: Cazorla, Albanches, Bedmar, Segura de la Sierra... Nidos de águilas en que los reyes de taifas extremaron sus luchas y su resistencia.

No deben tampoco olvidarse las fortalezas de Levante. Alicante es aún más rica en castillos que la propia Castilla, que, según nos cuentan, debe su nombre a la abundancia de ellos.

José ORTIZ ECHAGÜE

UN PROGRAMA PARA LA CONSERVACION DE LOS CASTILLOS ESPAÑOLES

Por CASTO FERNANDEZ-SHAW
(ARQUITECTO)

LOS CASTILLOS SE LEVANTAN

Desde los albores de la humanidad el hombre necesita defenderse. Primero, con palos y piedras; después, con lanzas y flechas; más tarde, con espadas; luego aparecerán la pólvora y la dinamita y, por último, las armas atómicas.

Paralelamente, el hombre busca refugio contra las fieras y los semejantes en cavernas, en habitaciones lacustres, en la copa de los árboles...

Pero esto no le basta y tiene que hacer fuertes empalizadas, cavar fosos, amontonar piedras y troncos y, por último, utilizar el ladrillo, el tapial y la piedra. Y surgen los castillos.

En *Historia de una fortaleza*, del arquitecto francés Viollet-le-Duc, se ve paso a paso, a través de los siglos y las civilizaciones, cómo la misma cima de un monte, de ser tan sólo un lugar sin más defensa que su situación física, llega a convertirse en una potente fortaleza.

En España, los restos de los baluartes fenicios, cartagineses y romanos sirven más tarde para erigir las construcciones militares, en las que los cristianos y los árabes fundan su poderío. Así surgen los castillos medievales españoles, de los que quedan todavía más de dos mil vestigios y de los que podrían todavía salvarse más de medio millar.

La invasión musulmana en el siglo VIII transforma toda la Península en un inmenso campo de batalla; cada río es una trinchera: el Ebro, el Duero, el Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir van marcando diferentes etapas en estas luchas. Aparte se guarnecen las costas cantábricas contra posibles desembarcos, y en Levante se construyen castillos contra los ataques berberiscos.

La zona noroeste de la Península, Castilla, Aragón, Navarra y las Vascongadas, Cataluña, Valencia, las Baleares, Extremadura, Murcia, Andalucía y Canarias, Portugal mismo, se llenan de torres, murallas, monasterios, molinos y diferentes puentes fortificados. Señores feudales, especialmente en la parte noreste, inundan la comarca de recintos inexpugnables...

Según ciertos cálculos, tal vez han existido más de 10.000 obras fortificadas.

LOS CASTILLOS SE DERRUMBAN

Pero en el siglo XV comienza el ocaso de los castillos. Ante la soberbia de la nobleza, los Reyes Católicos dictan disposiciones que limitan la construcción de estas fortalezas. Una vez llevada a feliz término la Reconquista, han perdido su razón de ser y los castillos medievales dejan de ser utilizados, aunque en la Guerra de Sucesión, en la de la Independencia contra Napoleón y en las guerras civiles el castillo sigue siendo utilizado como reducto. Otras causas contribuyen a su desmoronamiento, principalmente el tiempo con sus inclemencias; el agua, que, al penetrar en los muros y convertirse en hielo, hace de cuña y produce su agrietamiento y más tarde su destrucción. Otra causa es el que cada castillo de piedra supone una cantera: unas veces, empleada para alzar nuevos edificios; otras, sencillamente para machacar sus sillares y hacer grava para las carreteras. Y también que sus escudos, sus ventanales, sus portadas y sus artesonados fueran vendidos en muchas ocasiones con afán de lucro.

Existen, por tanto, lo que podríamos llamar «enemigos de los castillos».

LOS CASTILLOS SE RECONSTRUYEN

Pero llegamos al siglo XX, en que el Estado, a través de sus organismos, empieza a preocuparse de su conservación y, en determinados casos, de su reconstrucción.

Punto culminante es el decreto del Generalísimo Franco del 22 de abril de 1949, en el que se dictan disposiciones por las cuales deben ser protegidos en su totalidad los castillos españoles.

Por rara coincidencia, el día 21 del mismo mes de abril se inauguró, en los salones del Círculo de Bellas Artes, de Madrid, bajo el patronato de la Dirección General de Arquitectura, la primera Exposición de Castillos de España, que tuvo un gran éxito, al que contribuyeron la Real Sociedad Fotográfica y varias entidades oficiales y particulares.

La revista *Cortijos y Rascacielos*, organizadora de la Exposición, gracias a su director, don Guillermo Fernández-Shaw, y con la colaboración de los arquitectos don Antonio Navarro Sanjurjo, don Fernando García de Rozas y la mía propia, consiguió su propósito, pues el público «descubrió» que en España había castillos tan importantes como los de cualquier otro país.

La Sección Femenina de Falange, al reconstruir los castillos de la Mota y de las Navas, dió ejemplo de lo que podría hacerse, y la Dirección General del Turismo, al transformar en «paradores» los castillos de Oropesa y Ciudad Rodrigo, marcó el rumbo de las posibilidades que existen para dar vida actual a las reliquias de nuestra historia. Labor difícil ésta, que, de no hacerse con respeto máximo, tiene sus peligros.

También el Frente de Juventudes ha utilizado el castillo de Belmonte (en Cuenca), el de San Servando (en Toledo) y el de Alburquerque (en Extremadura) como alojamiento de sus afiliados. Posteriormente, el

ministerio de Agricultura ha salvado los castillos de Torrelobatón y Arévalo, utilizándolos como silos, y, por último, ha emprendido la restauración del castillo de Coca, cima de la arquitectura mudéjar, para ser utilizado como Escuela de Capacitación Agrícola Profesional.

Otros muchos castillos tienen actualmente un destino especial. Así, el Alcázar de Segovia, convertido en archivo del Ejército; el de Simancas, como archivo histórico, y los de Chinchilla y Cuéllar como penales, que se conservan en buenas condiciones de habitabilidad.

Y muchos otros están habitados por sus propietarios. La lista es importante y sólo enumeraremos algunos: la torre de Pinto, de la duquesa de Andría; el de Castilnovo, de los marqueses de Quintanar; el de los barones de Sacro Lirio, en San Martín de Valdeiglesias; el de Malpica, de los duques de Arión; el de Guadamur, en Toledo, de los marqueses de Campoó; el de Almodóvar, en Córdoba; el de Arcos de la Frontera, en Cádiz, y otros varios en Andalucía.

Pero esto no bastaba y hacía falta más; había que agrupar a todos los que éramos amigos de los castillos. Así surgió la Asociación en el año 1952.

Primero, don Antonio Prast intentó el propósito; después, el marqués de Aycinena, don Valeriano Salas y don Federico Bordejé, como iniciadores, se dirigieron a la opinión y se tuvieron reuniones en la Dirección de Turismo y allí se tomaron acuerdos y se acordaron iniciativas, todas loables. Fué entonces cuando el profesor don Jaime Masavéu se encargó de la redacción de unos estatutos sociales capaces de unificar no solamente las iniciativas individuales, sino también de organizar la Asociación por provincias.

Elegido primeramente presidente el marqués de Lozoya, imprimió a la Asociación una vida eficaz; más tarde, por ausencia del marqués de Lozoya, llevó las riendas de la Asociación el general don Antonio del Rosal, marqués de Sales, bajo cuya dirección se han acometido toda una serie de actividades: conferencias, excursiones por carretera a los castillos próximos a Madrid, recorridos aéreos, la publicación de un *Boletín* y, como obra fundamental, la organización de más de veinte delegaciones en el resto de España.

Pero la labor más eficaz es la acometida por la Dirección General de Bellas Artes, primero bajo la jefatura del marqués de Lozoya y después bajo la del señor Gallego Burín. Encargado el arquitecto don Germán Valentín Gamazo de la oficina técnica creada como consecuencia del decreto del Caudillo del año 1949, su primera labor fué la de consolidar diferentes castillos, dentro del crédito de 2.000.000 de pesetas anuales consignadas hasta el momento con este fin.

La labor de esta oficina es muy importante y, dentro de los recursos de la misma, no sólo cuida de la preparación de planos para la reconstrucción y la realización de obras, sino que atiende innumerables denuncias que surgen sobre la falta de incumplimiento del decreto del 22 de abril de 1949.

Queriendo la Asociación de Amigos de los Castillos conocer la opinión del público en general y de las entidades oficiales, aceptó el ofrecimiento del marqués de Moret, presidente de la Asociación Española de Amigos del Artes, para organizar en colaboración una exposición, titulada «Castillos de España», en los salones de dicha entidad, situados en la planta baja del edificio de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Esta se inauguró el 15 de diciembre del año pasado y fué clausurada el 10 de febrero. Fué visitada por 12.000 personas, se agotaron dos ediciones del catálogo y el público mostró en todo momento su interés por el tema de la exposición.

Ante el éxito alcanzado, la Dirección de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores ha decidido llevar al extranjero la exposición, empezando por París y Landres. Y también se prepara una exposición de castillos árabes españoles en el Oriente Medio.

Ante la responsabilidad que nos incumbe a los que, con un buen propósito, hemos conseguido formar este estado de opinión, creemos que estamos obligados a algo más.

Por lo pronto, se piensa llegar a formar un «Museo de los castillos españoles». ¿Dónde? ¿Cuándo? No lo sabemos, pero el propósito es firme. Pero esto no basta; la verdadera exposición deberá ser contemplada en la totalidad del territorio nacional. Se propondrá al Estado la restauración de los más importantes, como si fueran joyas del Museo del Prado, tan sólo como objetos de contemplación.

Otros, como ya se ha hecho y con distinta finalidad, pueden restaurarse por los diferentes ministerios con destino adecuado. Las diputaciones también están obligadas, y así lo ha entendido la Diputación Foral de Navarra al restaurar el de Olite.

Ayuntamientos como los de Almería, Jaén, Alicante, Almansa, Trujillo, Fuenterrabía y tantos más ya han emprendido la labor.

Y también los particulares, pues las exenciones de impuestos ya conseguidas y las que se consigan, la facilidad en materiales, las posibilidades de concesión de créditos por el Instituto de la Reconstrucción y el otorgamiento de premios a los reconstructores han de dar excelentes frutos.

¿Por qué no conseguir que los buenos españoles residentes en América «apadrinen» algunos castillos?

¿Por qué no ceder castillos de determinado carácter a los Gobiernos de los países de América y de los países musulmanes para que los tengan a su cargo y sirvan como museos de sus respectivos países, unidos a los recuerdos históricos?

La elaboración de un plan nacional de conservación y reconstrucción de los castillos de España se impone. Sabemos que son muchos millones a invertir, pero hemos de tener en cuenta: 1.º Que el plazo deberá ser por lo menos de treinta años, para hacer posible una labor meditada. Y 2.º Que uno de los ingresos más saneados que tienen países como Francia e Italia es el turismo.

Nuestro sueño es que el día que llegue la «Gran Fecha», el 12 de octubre de 1992, al celebrarse el quinto centenario del Descubrimiento de América, el plan nacional de reconstrucción de los castillos españoles sea un hecho y que todos los que vivan en ese día se sientan orgullosos de la obra realizada.

Casto FERNANDEZ-SHAW

Corresponsales de venta de "MVNDO HISPANICO"

ARGENTINA: José Pérez Calvet. Calle Rodríguez Peña, 1986, 1.º A. *Buenos Aires.—BOLIVIA:* Gisbert y Cía. Librería La Universitaria, Casilla núm. 195. *La Paz.—BRASIL:* Fernando Chinaglia, Distribuidora, S. A. Avenida Vargas, núm. 502, 19 andar. *Río de Janeiro.*—Consulado de España en *Bahía.—COLOMBIA:* Librería Hispania, Carrera 7.ª, núms. 19-49. *Bogotá.*—Carlos Climent. Instituto del Libro. Calle 14, núms. 3-33. *Cali.*—Unión Comercial del Caribe. Apartado ordinario núm. 461. *Barranquilla.*—Pedro J. Duarte. Selecciones Maracaibo, núms. 47-52. *Medellín.*—Abelardo Cárdenas López. Librería Fris. Calle 34, núms. 17-36-40-44. Santander. *Bucaramanga.—COSTA RICA:* Librería López. Avenida Central. *San José de Costa Rica.—CUBA:* Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, núm. 407. *La Habana.—REPUBLICA DOMINICANA:* Instituto Americano del Libro. Escofet Hermanos, Arzobispo Nouel, núm. 86. *Ciudad Trujillo.—CHILE:* Inés Mújica de Pizarro. Casilla núm. 3916. *Santiago de Chile.—ECUADOR:* Selecciones, Agencia de Publicaciones. Nueve de Octubre, núm. 703. *Guayaquil.* Selecciones, Agencia de Publicaciones. Venezuela, núm. 589, y Sucre, esquina. *Quito.—REPUBLICA DE EL SALVADOR:* Librería Cultura Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga, 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador.—ESTADOS UNIDOS:* Roig Spanish Books, 575, Sixth Avenue. *New York II, N. Y.—FILIPINAS:* Andrés Muñoz Muñoz, 510-A. Tennesse. *Manila.—REPUBLICA DE GUATEMALA:* Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avenida, 12, D. *Guatemala.*—Victoriano Gamarra. Centro de Suscripciones. 5.ª Avenida Norte, núm. 20. *Quezaltenango.—HONDURAS:* Señorita Ursula Hernández. Parroquia de San Pedro Apóstol. *San Pedro de Sula.*—Señorita Hortensia Tijerino. Agencia Selecta. Apartado núm. 44. *Tegucigalpa.*—Reverendo Padre José García Villa. *La Ceiba.—MEXICO:* Eisa Mexicana, Sociedad Anónima. Justo Sierra, núm. 52. *México, D. F.—NICARAGUA:* Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua.* Agustín Tijerino. *Chinandega.—REPUBLICA DE PANAMA:* José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, núm. 3. *Panamá.—PARAGUAY:* Carlos Henning. Librería Universal. Catorce de Mayo, núm. 209. *Asunción.—PERU:* José Muñoz R. Jirón Puno (Bejarano), núm. 264. *Lima.—PUERTO RICO:* Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, núm. 1463. *San Juan de Puerto Rico.—URUGUAY:* E. I. S. A. Uruguaya. Calle Obligado, 1314. Teléf. 42 22 21. *Montevideo.—VENEZUELA:* Distribuidora Continental. *Caracas.*—Distribuidora Continental. *Maracaibo.—ALEMANIA:* W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel Gereonstr, núms. 25-29. Koln, 1, Postfach. *Alemania.—IRLANDA:* Dwyer's International Newsagency. 268, Harold's Cross Road. *Dublin.—BELGICA:* Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, núm. 14 à 22. *Bruselas.—FRANCIA:* Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de la Seine. Paris (6ème).—Librairie Mollat, 15. rue Vital Carles. *Bordeaux.—PORTUGAL:* Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, núm. 119. *Lisboa.*

OTROS CASTILLOS DE ESPAÑA

FOTOGRAFIAS DE JOSE ORTIZ ECHAGUE



1 HUESA DEL COMUN (TERUEL).—Sobre imponente cerro, afilado cuchillo pétreo, desprendido de la vecina sierra de Cucalón, se alza el casi desconocido castillo de Peñaflor, en la desolada Teruel.

2 MALUENDA (ZARAGOZA). Pueblo de aquelarre el de Maluenda con su esqueleto de castillo y sus aisladas torres, encaramadas sobre los desnudos alcores que bordean la huerta del Jiloca.

3 BARCIENCE (TOLEDO).—La poderosa familia de los Silva levantó este castillo en un pelado cerro. Sobre la torre del homenaje esculpió, en gigantesco escudo, su blasón heráldico: un fiero y gigantesco león rampante. Este castillo perteneció al Papa León XIII.





4 y 5 **LOARRE (HUESCA).—Imponente monasterio-fortaleza, rodeado de amplia muralla. Fué convento de canónigos de San Agustín y conserva una muy interesante iglesia románica. Este valioso monasterio fué baluarte de la Reconquista contra los reyes moros de Zaragoza.**



6 **SADABA (ZARAGOZA).—El castillo de torres prismáticas, que recuerda las Kasbas de Marruecos, es frecuente en Aragón, tanto tiempo dominado por los árabes.**



7 **CALATAYUD (ZARAGOZA).**—Calatayud, o castillo de Ayub, del nombre del emir que gobernó la ciudad, conserva restos de numerosas fortalezas árabes coronando sus estériles cerros.

8 **CASTELLET (CATALUÑA).**—Los castillos de Cataluña han sido reconstruídos con frecuencia. Así, el de Castellet, sobre el embalse del río Foix. Perteneció a los condes de Barcelona.

9 **MOLINA DE ARAGON (GUADALAJARA).**—Alcazaba de origen árabe, de la que conserva su trazado. Señorío de Blanca de Molina, viuda de Alfonso X, que reedificó la extensa fortaleza, en cuya cúspide se alza, altiva, la denominada Torre de Aragón.



10 VELEZ BLANCO (ALMERIA).—Espléndido castillo gótico levantado en el siglo XV por Pedro Fajardo, señor de Cartagena, que cedió esta ciudad a la corona a cambio del señorío de Vélez Rubio y Vélez Blanco, en cuyo lugar, sobre rocoso cerro, se alza la espléndida fortaleza, una de las más bellas de España.



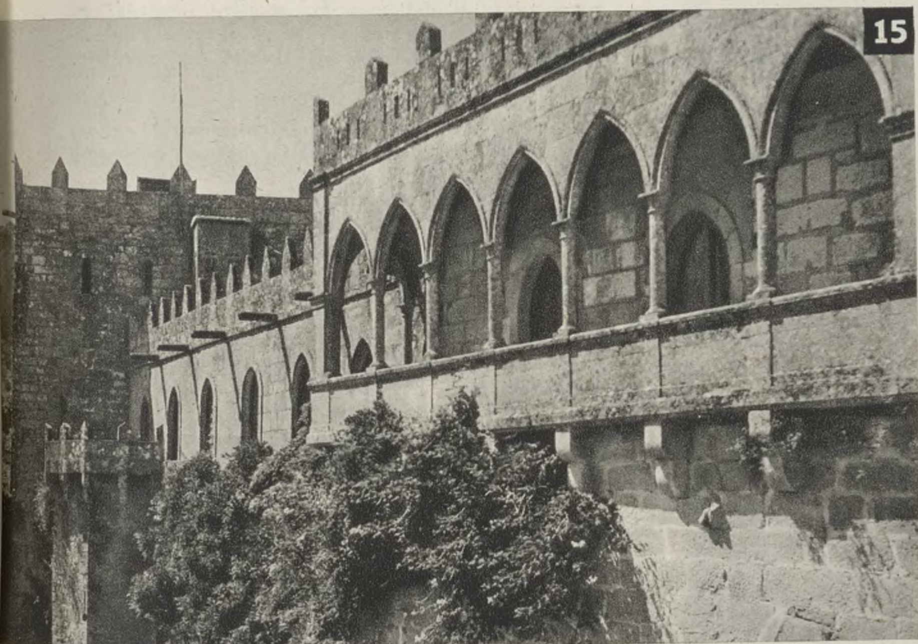
11 ALCAZABA DE ALMERIA.—Es la fortaleza de origen árabe más importante de España. Fué engrandecida por Abderramán y Almanzor. Recuperada por los Reyes Católicos, éstos realizaron en ella importantes reformas. En estos últimos años se han realizado considerables obras de restauración.

12 ALCALA DE GUADAIRA (SEVILLA).—Dominando el Guadaira, que corre a sus pies, se alza la que fué alcazaba árabe, reformada por los cristianos después de su conquista por Fernando el Santo en su marcha sobre Sevilla.

13 SALVATIERRA (BADAJOZ).—Extremadura es tierra de castillos. El de Salvatierra impone por su tétrica mole de negruzca fábrica. Fué fortaleza de la poderosa familia Suárez de Figueroa. Hoy es un elemento del paisaje.









14 BAÑOS DE LA ENCINA (JAEN).—Ejemplar de fortaleza árabe, conservada en su primitiva fábrica sin otra adición que la de la cilíndrica torre cristiana que sobresale en uno de los extremos del sólidamente amurallado recinto.

15 SOTOMAYOR (GALICIA).—Bellísima casa fuerte de origen feudal. Este tipo de castillo, poco frecuente en España, se encuentra sobre todo en Galicia, donde el feudalismo tuvo mayor arraigo que en el resto de la Península.

16 ALARCON DE LAS ALTAS TORRES (CUENCA).—La gran fortaleza de Alarcón es un soberbio ejemplar de recinto fortificado de la Edad Media. Después de su reconquista fué guarnecida por la Orden de Santiago.

NARCISO YEPES VUELVE A AMERICA

Por M. TOBAJAS

Yo descubrí el sabor agridulce del retorno camino de Sagunto, no hace más de dos años, cuando iba con Joaquín Rodrigo para asistir a la última representación de la tragedia que cantaba las glorias de la heroica ciudad frente a Aníbal. Era bueno volver a escuchar los versos de Pemán en la voz de Diana gritando ibéricamente —guerra y poesía— a los cuatro vientos: «¡A mí los guerreros del claro Sagunto!...»

—Sí, lo que importa es volver—dice Yepes, recién llegado de Hispanoamérica, adonde volverá muy pronto.

Desde que conozco a Yepes, y ya hace años, siempre he pensado que hubiera sido un magnífico compañero en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras. Con su aire de erudito, de profesor de Filología (hasta me atrevería a decir de Filología semítica), va por el mundo desvelando el tesoro de la música para ese noble y viejo instrumento que es la guitarra, y es que, en realidad, el guitarrista es el erudito de la música.

Sus manos juguetean con el cigarrillo. Hemos discutido largamente sobre las excelencias del tabaco rubio y del moreno; me ha contado con toda clase de pormenores su viaje por Hispanoamérica y por los Estados Unidos, su meteórico viaje.

—Meteórico, ¿por qué?

—Si no te parece meteórico recorrer en dos meses miles de kilómetros y actuar en nueve países...

—¿Ha ido el guitarrista o el español?

—¡Estamos tan íntimamente unidos! Ha ido Narciso Yepes.

—¿Qué ha encontrado Yepes en América?

—En lo personal, mu- *(Pasa a la pág. 63.)*

FOTOGRAFIAS: BASABE





Aquí, el maestro Durancamps monta la guardia en las riberas del Tajo para decir cómo es Toledo y su paisaje con la firmeza de sus pinceles, fieles a la más pura sintaxis pictórica. Su obra adquiere así un tono «muy español».

DURANCAMPS

EL GRAN PINTOR CATALAN ENAMORADO DE LOS MODELOS ETERNOS DE LA PINTURA ESPAÑOLA

Por M. SANCHEZ CAMARGO

Estamos ante un pintor de éxito. El éxito en la pintura se consigue de muy diversas maneras. Durancamps lo ha conseguido sabiendo lo que tenía que realizar para agradar al público y lo que tenía que hacer para complacerse a sí mismo, ya que sin esa premisa esencial en el creador la obra de arte no es posible. Para complacer a los demás, Durancamps ha logrado una alianza entre una pintura «tradicional» y un gusto de actualidad. Goya y Lucas, más singularmente este último, llenan la zona de influencia de Durancamps —todo pintor la tiene—, y en ese «clima» su obra adquiere un tono «muy español», que surge así por voluntad del artista, quien, sabedor de gustos y aficiones, ha complacido a los demás y ha sabido complacerse él mismo. Su complacencia está patente en la realización material de sus cuadros. La obra de Durancamps tiene una consistencia—que el autor ha procurado buscar—, porque el pintor ha empezado por lo que debe ser todo empeño artístico: por dominar el medio. Durancamps ha dominado el medio. Su pintura nace en el taller, a la buena usanza de los talleres tradicionales, y como un antiguo maestro—todo catalán lleva dentro a un artesano—, prepara sus colores, sus telas y sus pinceles, y la consecuencia—consecuencia feliz—es que su pintura adquiere un seguro de duración. Es triste confesar que la mayoría de las telas pintadas en el siglo XIX hasta hoy—y más acentuadamente en nuestro siglo—están destinadas a perderse definitivamente. Los colores que Van Gohg puso en sus telas no son ya los mismos, y los «negros» de Solana están ya en trance de perdición. La química ha dado facilidades al artista, y le ha dado también la muerte de sus cuadros. Es una trágica realidad saber que, pasados algunos años, las obras de los maestros quedarán en el recuerdo o en una copia desvaída de lo que fueron. Durancamps, sabedor de esta certeza, ha querido, y ha conseguido, que sus lienzos tengan una permanencia, y sólo por este buen saber





El ministro español de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo, visita una reciente exposición de Durancamps.

Durancamps barnizando una de sus últimas telas de ambiente tradicional en el tema y en el procedimiento.





del oficio—¡tan olvidado!—su producción estaría en buen catálogo; pero además Durancamps es pintor que reconoce a su pintura raíz y entronque, y en nuestra vida artística ha hecho correr aforismos y definiciones que han tenido, en pro y en contra, sus acérrimos defensores y detractores. Y mejor que una glosa sobre una pintura, será reproducir las confesiones que nos ha hecho el propio pintor, y cuya reproducción es una explicación perfecta de su obra. Dice así Durancamps: «Decir que el arte se halla en los subterráneos de nuestra existencia y en los montones de detritus de lo inconsciente, es cometer el error de creer que puede salvarse a un barco que se va a pique analizando el agua que inunda su cala. Una de las cualidades esenciales del hombre es la gracia; los imponderables de la gracia no la saben apreciar los que no la poseen como don divino; la combaten y desprecian...; pero la gracia triunfa siempre sobre la voluntad, en arte y en todo... A los artistas remodernistas y a sus propagadores les sucede lo del orador que, cuando el argumento era débil, tenía que gritar mucho; por esto al arte antinatural, cerebralista, no representativo, le sucede en su estertor lo de aquel toro que murió de una cornada.»

Y el pintor continúa así la explicación de su pintura: «El estómago puede padecer indigestiones, pero la creación artística también. Cuando el cerebro absorbe demasiadas ideas y los jugos del intelecto no bastan para asimilarlas, se producen las clásicas decadencias artísticas, como la actual, por natural indigestión, de igual modo la peor cocina es la que mezcla toda clase de elementos heterogéneos, como sucede en el arte.» Sigue hablando Durancamps: «Digo yo en pintura lo que dijo Eduardo Pérez Agudo en literatura: "Lo cierto es que no podemos admitir como buen lenguaje lo que repugna a la vista o rechaza la lógica"; y si en literatura se aceptara, como sucede en pintura, como genios de su profesión a quien escribiera con las letras en desorden e ilegibles, sin las normas más elementales de la gramática, ¿quién sería capaz de aquilatar su valor?»

Y sigue Durancamps la exposición de sus ideas: «Dijo el clásico que Homero no escribió en latín porque era griego, ni Virgilio escribió en griego porque era latino..., y jamás fueron a buscar las lenguas extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos, como hacen hoy tantos desbrujulados creadores de fetos, apátridas.» Y añade: «Los que pretenden situar las glorias del futuro, yerran siempre, porque las verdaderas del mañana huyen por instinto repulsivamente de lo temporal—moda, etc.—para incorporarse a lo eternamente humano. Las luchas de credos estéticos deberían establecerse entre teorizantes, y nunca entre un teorizante y un creador—como suele ocurrir—, pues no igualan en ellos las mismas armas.»

Las teorías de Durancamps ocuparían mucho espacio, y por su singularidad merecerían estar transcritas en su totalidad; pero el pintor, abundante en doctrina, tiene tanto interés como definidor que como creador, y éste se centra en su amor, buen enamoramiento, de los modelos eternos de la pintura española. Sus bodegones, prodigio de fidelidad; sus capeas, sus escenas populares y su «mundo» tienen hoy en la actualidad un público adicto, que sigue en Durancamps la nostalgia de Goya o de Lucas, y sabe también que los cuadros no perderán con el paso del tiempo sus cualidades de color y de luz. Durancamps es caso muy parecido al de Dalí, y, como él, ha conseguido el éxito y la fama.

M. S. C.

DURANCAMPS TOROS EN CASTILLA

DURANCAMPS BODEGON

DOS POEMAS A AVILA

I

Apriétame la carne, haz que me sienta
molido entre tus piedras teologales
hasta chorrear luz de mis carnales
perezas y temores. Se lamenta

el alma en sus murallas. Se va al cielo,
Avila, para dar su desvelada
saeta, vuelta al pecho sosegada
luego de liberar oscuro anhelo.

Alta es Castilla. Tú, su claro filo,
desatando a volar un sentimiento
que nos levanta de la tierra en vilo.

Es más que conocer el conocerte:
oír entre los huesos este viento,
Avila, de la vida y de la muerte.

II

Aunque se me hiele el habla,
noche de Avila,
contigo por las murallas.

Aquí no hay salida—¡ arriba!—.
Dios lindando con el alma.

(¿ Quién me ha llenado la sangre
de tan encendidas alas?)

RAMÓN DE GARCIASOL

LILI ALVAREZ

¡HURRA A LA CAMPEONA MUNDIAL!

SU ULTIMO TRIUNFO: "EN TIERRA EXTRAÑA" UN GRAN LIBRO DE ESPIRITUALIDAD SEGLAR

Por
JOSE LUIS CASTILLO PUCHE

El nombre de una mujer extraordinaria, Lilí Alvarez, vuelve a estar en el primer plano de la actualidad. Su nombre, que durante muchos años puso de moda a España en todo el mundo, acaba de obligar ahora a críticos y escritores, sobre todo a los religiosos y dedicados a temas teológicos, a considerar esa obra suya, «En tierra extraña», cuya primera y segunda edición se



LILI ALVAREZ



1908



1911



1913



1914



Lilí Alvarez no sólo fué la mujer mejor vestida en el deporte, sino que su presencia en la calle decidía la moda de una temporada. Varias veces fué proclamada «una de las mujeres más elegantes del mundo».

han agotado en los primeros meses de salir el libro, recordando aquello de «No hay billetes» cuando Lilí actuaba en las primeras pistas y canchas de Europa y de América. El libro que Lilí acaba de publicar es tan desconcertante como bello, tan sabroso como revolucionario, tan ameno como trascendente. Que una mujer, la campeonísima española de todas las lides deportivas, salga ahora abriendo el diálogo para una alta empresa de espiritualidad entre los seglares, no deja de ser sorprendente, aunque conociéndola y conociendo su historia nada sorprende en Lilí Alvarez. Es una de esas personalidades completas, ricas, fecundas, nacidas para triunfar en todo aquello que emprenden. Su libro es una renovadora llamada a los católicos seglares, un libro que marcará época dentro del apostolado seglar, del mismo modo que en otro tiempo puso de moda la falda pantalón o el descapotable de carreras. Lilí pertenece a esa raza escasísima de personas que hacen como por juego las proezas más notables, dando a los propios triunfos un aire prodigiosamente familiar y naturalísimo, tan difícil de lograr para quien lo intenta con todo empeño. Ella es así...

¿QUIÉN no evoca su fina estampa en la primera página de las revistas gráficas de todo el mundo y en las páginas de actualidad de todos los diarios? Si Lilí Alvarez llegó a hacerse famosa y popular en España, mucho más lo fué en los sitios más refinados y elegantes de la Europa de posguerra, cuando era la figura sobresaliente de los grandes casinos, cuando el rey de Suecia se entrenaba al tenis con ella, cuando Alfon-



1915



Lilí automovilista. Participante en pruebas de velocidad, sin perder por ello su feminidad exquisita.

Lili esquiadora. Ella pertenece a esa raza escasísima de personas que hacen como por juego las proezas más notables, dando a los triunfos un aire prodigiosamente familiar y naturalísimo, tan difícil de lograr.



so XIII dejaba todo protocolo y asunto para acudir a verla—nunca perdía la ocasión de verla jugar—en los más duros torneos deportivos, en los que, casi niña aún, eliminaba a figuras internacionales.

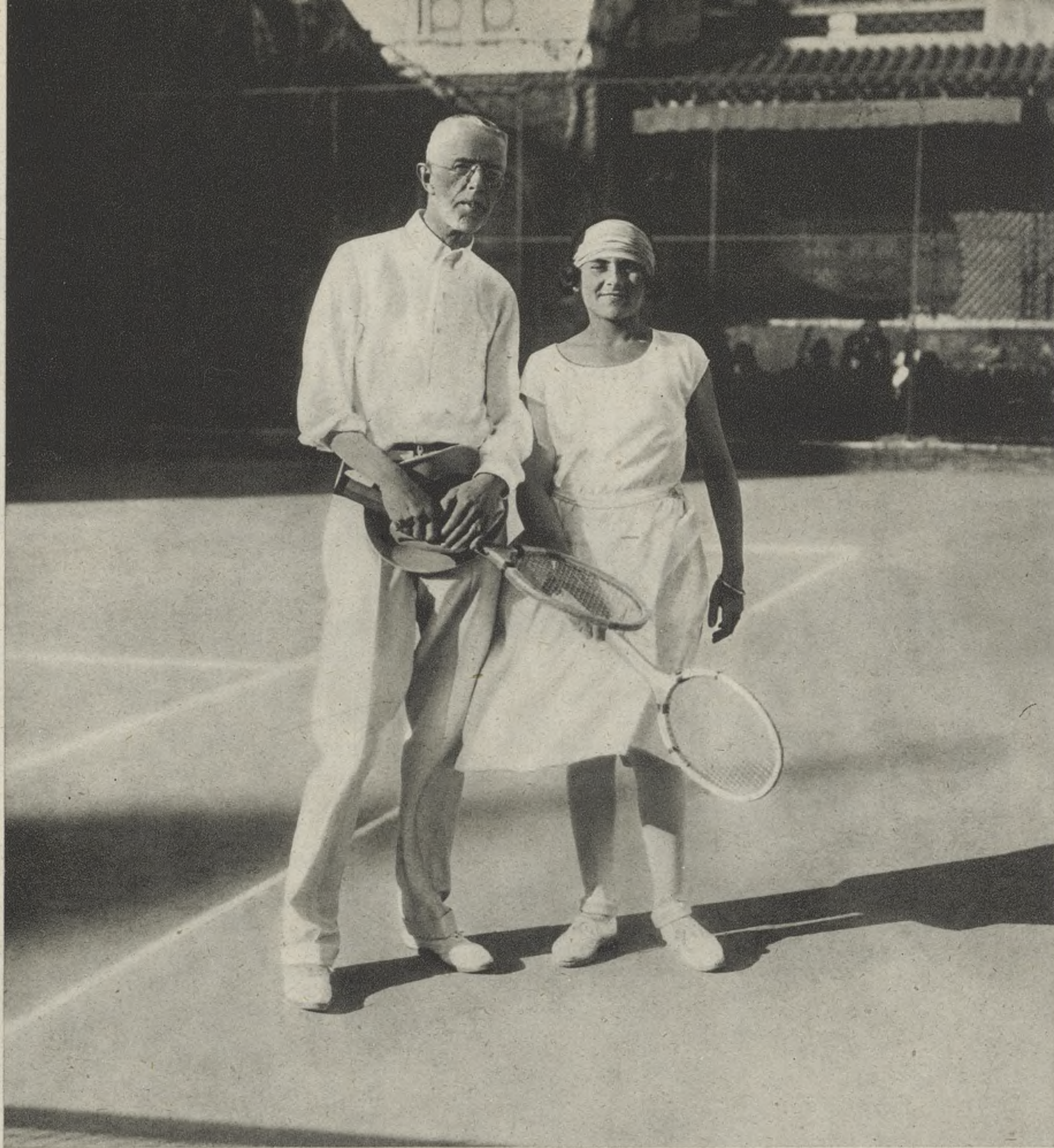
Era frecuente ver su fotografía recibiendo felicitaciones de Churchill o del mariscal Foch. Hubo por entonces un estilo de vestir, de andar, de sonreír, que se llamó «a lo Lilí Alvarez», y si un buen día ella, por descuido, salía con aquel sombrero en forma de capacete, que entonces se llevaba un poco ladeado, se tomaba por moda y hacía furor. En un tiempo en que la pantalla no había popularizado ni universalizado todavía las figuras de Hollywood, Lilí Alvarez tuvo una proclamación y una popularidad que puede considerarse precursora de las famas de los artistas de moda. Haciendo la salvedad de que las figuras del cine se imponen a base de publicidad contratada, mientras que Lilí Alvarez tuvo rendidos todos los medios de propaganda a fuerza de señorío y estilo. La fama y la po-





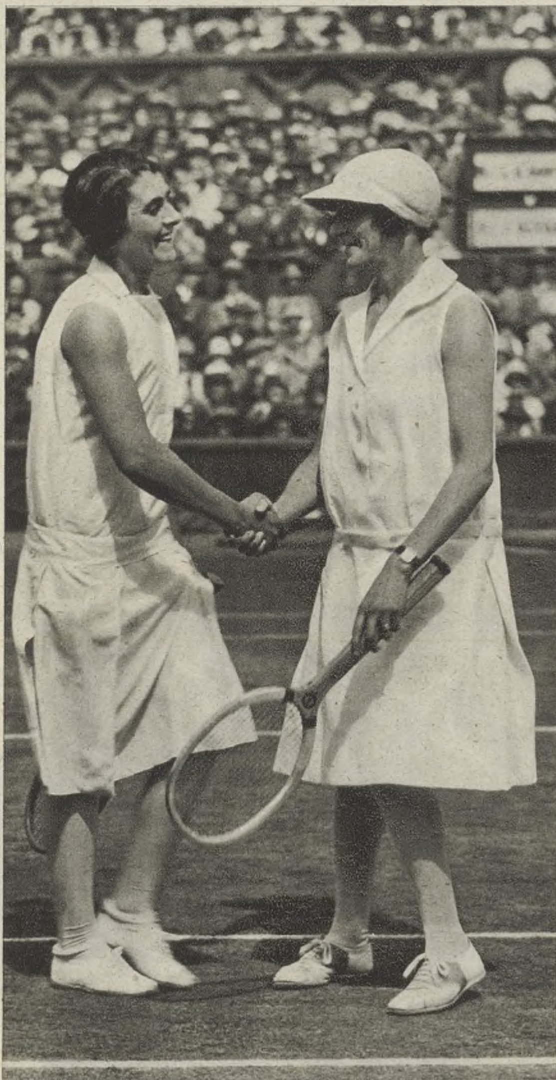


Lilí jugadora de golf. Con un breve entrenamiento estaba pronta a competir en cualquier deporte.



En Cannes, después de un partido, Lilí con Gustavo V de Suecia, tantas veces compañero de juego.

En Saint-Moritz brilló también Lilí Alvarez practicando el maravilloso deporte del patinaje sobre hielo.



Lilí, en el excepcional escenario tenístico de Wimbledon, donde logró sus más trascendentes éxitos.



pularidad de Lilí Alvarez tuvieron la finura, la simpatía y el romanticismo propios de una gran señora y de unos tiempos menos mercantilizados. Cuando a Lilí Alvarez, triunfadora en un campeonato, le decían que eligiera lo que quisiera, ella pedía las poesías de Holderlin o una edición primorosa del *Fausto* o las obras de Spengler. Así, en su biblioteca se pueden ver ediciones preciosísimas de las más importantes obras de la literatura universal, algunas dedicadas por sus autores, como las de Spengler, y todas guardadoras de las grandes emociones que le dieron sus más costosos triunfos.

UNA VIDA DE ENSUEÑO PARA CUALQUIER MUJER

Es difícil imaginarse, viendo hoy la sencillez de Lilí, su naturalidad, desprovista en absoluto de vanidad, su preocupación por los temas trascendentales, lo que fué su juventud. Ninguna mujer puede, en efecto, haber soñado mayor aclamación, mayor plenitud de éxitos en todo aquello que en una mujer puede hacer ilusión. No sólo fué la mujer mejor vestida en el deporte, sino que su presencia en la calle decidía infaliblemente la moda de toda una temporada. Fué varias veces proclamada una de las mujeres mejor vestidas del mundo en un país como Francia, patria y sede de lo *chic*. Los modistos más famosos le enviaban como regalos sus mejores modelos para que ella los luciese y les diera categoría.

Y todo esto, realmente, uno piensa que no ha sido en vano. Hoy Lilí hace una vida retraída, sencilla, al lado de su madre, anciana y delicada y pasando temporadas en su casa de la sierra. Sin embargo, ese pasado luminoso ha dejado en ella una impronta exquisita.

No esa impronta característica en las mujeres que han sido famosas y que viven ya para el resto de su vida solamente de recuerdos, evocando anécdotas que *(Pasa a la pág. 65.)*





THE AMERICAN BALLET THEATRE, EN MADRID

Los hispanoamericanos Lupe Serrano y Jaime León, figuras del elenco

Como el cisne se desliza en el estanque, como la sutil figura de porcelana, alterando las mismas leyes de la gravedad, surge el *ballet*, llevándonos prendidos en sus evoluciones y trasladándonos a un mundo etéreo, irreal. Danzar, saltar, verbos quintaesenciados en esta manifestación artística. El *ballet* es una forma específica de la danza, cuyas leyes, reglas y convenciones son tan precisas como las leyes de la armonía. *Ballet* americano. Quizá una expresión más exacta sería: «*ballet* tal y como es coreografiado y bailado por los americanos». Pero, como en la definición clásica, «fusión consciente de coreografía, música, pintura y drama».

El concepto moderno del *ballet* fué introducido en París por Sergio Diaghilev en 1914. Tras un deslumbrante éxito en Europa, la compañía de Diaghilev visitó Nueva York en 1916. Aunque América había conocido la danza del *ballet* con anterioridad, puede decirse que la jira de esta compañía es el suceso que da verdadero comienzo al *ballet* en América. Como en otros tiempos los italianos habían llevado el *ballet* a Francia, y los franceses a Rusia, así ahora los rusos transplantaban sus semillas a América. Muchos de los artistas del conjunto quedaron en los Estados Unidos, o volvieron más tarde para hacerse ciudadanos americanos. Entre *(Pasa a la pág. 63.)*

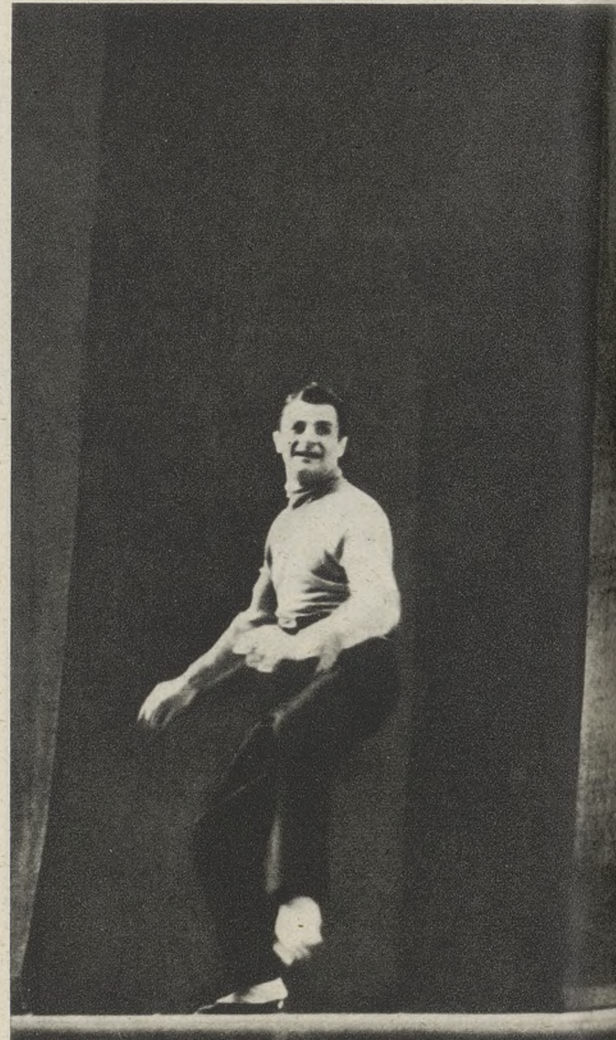


Se ofrecen en esta página tres actitudes de la bailarina Lupe Serrano, una de las dos grandes figuras hispanoamericanas del The American Ballet Theatre. Las fotos se obtuvieron en el Museo del Prado.

A la izquierda: Lupe Serrano y John Kriza en «Don Quijote», uno de los éxitos más relevantes de estos excepcionales bailarines en Madrid.



John Kriza forma ahora pareja con la deliciosa Rosella Hightower—otro perfecto binomio artístico—en el «ballet» de «Los cuentos de Hoffmann».



«Fantasía libre». He aquí el auténtico «ballet» americano. La escena abandonó los tradicionales temas rusos y se pobló de vaqueros, marineros...



En la fotografía inferior: «Nuestra» primerísima bailarina Lupe Serrano, con John Kriza, en un momento de «Interacción», nuevo «ballet» americano.



Entre las sobrias columnas de la fachada principal del Museo del Prado, Lupe Serrano nos dejó esta bella estampa de su arte, cara al sol de Madrid.

"¡AQUI, RADIO ANDORRA!"

(Foto Yan)

En el momento de la puesta de sol, vista de la emisora de RADIO ANDORRA (potencia de antena: 60.000 vatios), que, en onda de 300,60 metros, es escuchada todas las noches por decenas de miles de radiooyentes del territorio español.

LAS FUERZAS VIVAS DE NORTEAMERICA

Por OTTO DE AUSTRIA-HUNGRIA

(*Viene de la pág. 7.*) acompañados del éxito. Una encuesta reciente, organizada por el Instituto Gallup para sondear la opinión pública, ha señalado que el 90 por 100 de los trabajadores de los Estados Unidos se consideran como pertenecientes a la clase media. Sólo una minoría en regresión se declara proletaria. En este último caso se trata mayormente de negros, cuyo peso político es extraordinariamente reducido. Es igualmente expresivo señalar cómo en los trenes que parten por la mañana del suburbio hacia los centros industriales son precisamente los trabajadores los que con más ahinco consultan el movimiento de bolsa. Están, pues, interesados en su pequeño capital. Desaparece así también el sentimiento de enemiga contra la propiedad.

Por supuesto, este proceso sigue encuadrándose todavía bajo el viejo nombre de «capitalismo». Muy recientemente se intentó acuñar la expresión de «capitalismo popular». El hecho de que no haya prosperado en Norteamérica demuestra el empirismo anglosajón. Se mantiene el antiguo nombre y se altera la sustancia.

La importancia de este proceso no puede ocultarse. Porque ha conducido a una nueva consolidación esencial del cuadro económico en el seno de los Estados Unidos. Además, es responsable de que hoy los dos partidos políticos en liza se encuentren sobre la misma plataforma en los problemas de la economía. La dispersión de la propiedad ha asumido además una importante función social, con la cual ha suprimido las siempre grandes diferencias sociales, creando además una amplia mayoría conservadora de elementos satisfechos.

Mientras que en este sentido la situación en Norteamérica es satisfactoria, el nuevo papel de los Estados Unidos en la política internacional interfiere asimismo aquí en la especulación económica. Sobre todo, los acontecimientos del año 1942, cuando los submarinos alemanes hundían buques-cisternas a lo largo de la costa de la Florida y ocasionaban así una crisis petrolera, en el espíritu del Gobierno norteamericano y de la opinión pública se llegó a dos conclusiones: por vez primera se comprendía que las riquezas naturales de los Estados Unidos no podían bastar de momento a una crisis, y que, sobre todo, el desusado carácter de despilfarro que privaba hasta aquellas fechas significaba un peligro real a largo plazo; la segunda conclusión consistía en que Norteamérica, por vez primera en su historia, se sentía como una isla rodeada por el gran continente del mundo. Se comprendía que algún día la isla pudiera quedar aislada y en estado de sitio. Este peligro quedó aún más patente con el resultado definitivo de la segunda guerra mundial, al apropiarse el comunismo de la pacífica costa de Asia y quedar en Europa tan sólo a algunos cientos de kilómetros—una distancia muy reducida en la perspectiva norteamericana—de la costa atlántica.

POLITICA CONSERVADORA DE PRIMERAS MATERIAS

Esta doble conclusión ha conducido a una política conservadora de las primeras materias. Sistemáticamente se conservan en el suelo las riquezas nuevamente descubiertas, en tanto sus equivalentes pueden importarse de ultramar. Se aplica una política proteccionista en unas pocas materias primas; pero, sobre todo, en las inexistentes en los Estados Unidos, o bien se dan en cantidades reducidas. Esta política se responsabiliza especialmente en las fluctuaciones importantes de precio en mercancías como el caucho y el cinc. Finalmente se fomenta la política del panamericanismo. Esta política significa inversiones económicas de los Estados Unidos en Suramérica, de materias primas en estos territorios, y hoy más que nunca el reconocimiento de que la s e g u r i d a d del continente suramericano es esencial para la supervivencia de los Estados Unidos.

El desarrollo económico del último cuarto de siglo ha tenido, naturalmente, sus repercusiones político-sociales. En este terreno, en Norteamérica se da hoy un nuevo concepto colectivo de lo social, denominado la «Suburbanite». Procede del fuerte cupo de la población norteamericana, que abandona las grandes ciudades para instalarse en la periferia. Este movimiento explica ampliamente el crecimiento en superficie de las ciudades. Y la despoblación del corazón metropolitano.

La aparición de la «Suburbanite» ha creado un grave problema a la circulación urbana. El problema es especialmente agudo en la ciudad de Los Angeles. Con el alza del urbanismo, la metrópoli de la California meridional habrá alcanzado en los próximos veinticinco años unos 240 kilómetros de largo y 90 kilómetros de ancho. Las autovías construídas en el casco urbano y las líneas aéreas de servicio municipal comienzan ya a dar solución al grave problema. No es otra la causa, pues, de que el aspecto de la ciudad haya variado radicalmente.

Junto a estas cuestiones técnicas, la aparición de la «Suburbanite» ha motivado empero una concepción sociológica verdaderamente interesante. Hasta la última generación, el norteamericano mostraba poco interés por la vida privada. Además existía el movimiento de éxodo del campo hacia la ciudad. Hoy día sucede justamente lo contrario. Las grandes masas de «Suburbanites» cuentan con casa propia unifamiliar, y sus habitantes disponen casi todos de campo propio o se hacen construir un jardín. Es significativo señalar que los miembros de la «Suburbanite» se reclutan en proporción apreciable en todas las clases sociales, desde el alto *manager* hasta los estamentos medios laborales. Una vez más, y sin crear una gran teoría, el Gobierno norteamericano fomenta este proceso social, especialmente a través de la agencia de la Federal Housing Administration, cuyo objeto principal consiste en dar facilidades a los jóvenes matrimonios sin posibilidades económicas para iniciar inmediatamente el curso de su vida de «Suburbanites», gracias a una política de créditos ampliamente liberal.

LOS AMPLIOS CREDITOS CREAN UN NUEVO TIPO DE CLASE MEDIA

De esta forma se crea un nuevo tipo norteamericano de clase media, que año tras año va alcanzando mayor importancia en sentido conservador dentro de la vida política. Lentamente va desplazándose el peso e influencia de ámbos partidos políticos. El eclipse en el Parlamento norteamericano de los mandatarios extremistas y radicales—como, por ejemplo, lo fueron hace pocos años hombres como Vito Marcantonio, el asambleísta Davis o el senador Glen Taylor—hay que atribuirlo en toda su amplitud a esta «Suburbanite» y a su creciente influencia. Puesto que en la mayor parte de los Estados norteamericanos el elector determina sus candidatos en las llamadas *primaries*, no puede medirse por lo general en ellas la influencia de los suburbios en la estructuración de uno u otro partido. Los distritos electorales pertenecen francamente fieles a los viejos partidos. Pero toda la orientación política del candidato, su personalidad y su amplitud caminan en dirección conservadora.

Hemos definido a este nuevo tipo sociológico de la «Suburbanite» como perteneciente a la clase media. Pero es fácilmente comprensible que no quepa establecer aquí un paralelo con las circunstancias políticas europeas. Cuando entre nosotros se habla de clase media, se piensa automáticamente en el pequeño comerciante o en el industrial de menor cuantía. Eventualmente ha de comprenderse entre éstos al campesino independiente. Estos tipos sociológicos escasean en Norteamérica. La profesión de industrial existe sólo en muy reducida proporción en un país de producción masiva. Es significativo, por ejemplo, que incluso en un campo tan especializado como el de la industria relojera, el reparador de relojes apenas pueda encontrarse. Valga un ejemplo: recientemente me encontré en Macon (Georgia) con un reparador suizo de relojes, el cual desde esta ciudad atendía a cuatro Estados; a saber, Georgia, Alabama, casi íntegro el Estado de Florida y Carolina del sur, sin hallar competencia en todo este inmenso territorio. La razón de ello estriba en que prácticamente los relojes son tan baratos y se producen en tan gran número, que es preferible prescindir de ellos a la primera avería y adquirir uno nuevo. Los relojes desconcertados no se hacen reparar nunca. El reparador de relojes vive, por consiguiente, de los relojes especiales, que por regla general son importados de Europa. De otra parte, el pequeño comerciante no puede subsistir en el campo con 5-10 *cent-stores*. Y el campesino medio, tal y como lo conocemos, es una rareza, con excepción de ciertos territorios de Nueva Inglaterra. Porque el granjero norteamericano del Oeste medio no tiene vinculación íntima con la gleba. Para él el agro no es sino una máquina que le asegura la subsistencia. Es significativo que sólo el 10 por 100 de la población norteamericana viva de la agricultura y que el gran latifundio sea el tipo característico de la producción agraria. Por supuesto, es raro el latifundista que habita en su propiedad. Las más de las veces se trata de un cliente-consorciado de la ciudad, que compra su participación en una fábrica de pan lo mismo que participaría en los intereses de una sociedad petrolífera o en una industria del acero. El granjero, en cambio, labora el campo con sus máquinas, si bien con frecuencia no permanece siempre en el territorio de sus actividades primaverales, estivales o del otoño. Durante el descanso invernal, gran número de granjeros del Oeste medio suelen encontrarse en el clima benigno de las ciudades del sur, especialmente en la costa del golfo de México. Es elocuente que a menudo ya no se consideren «granjeros», empleando para sí el término de *snall businessmann*, esto es, pequeño hombre de negocios.

Por consiguiente, al hablar de la clase media entendemos más bien con ello un *standard* económico de vida y una actitud mental antes que una profesión. Esta mentalidad abarca desde el dirigente de empresa hasta penetrar profundamente en los sindicatos, en los cuales la clase media va impri- (*Pasa a la pág. 50.*)

REQUIEM A "LAS CHACRAS"

Por MARIA ELENA RAMOS MEJIA

A medida que vivimos nos vamos despojando — o nos van despojando — de nuestro contorno, de nuestras ilusiones, y lentamente la vida nos va dejando en los huesos.

Así ahora recordamos nuestras viejas chacras criollas, no demasiado lejos de la capital, paso intermedio de los argentinos de la estancia a la nada. Primeramente fué preciso renunciar a la estancia; las familias crecían, las fortunas se dividían, y nos fuimos conformando con la chacra.

¿Quién no ha veraneado en su infancia en alguna chacra?

Esas viejas chacras, en que a la sombra protectora de los abuelos, los hijos y los nietos pasaban los meses de verano.

Ya las últimas chacras van desapareciendo. El hacha inconsciente del inmigrante va echando abajo, uno a uno, esos viejos árboles plantados por nuestros abuelos; ya no nos queda nada; el monstruo urbano devora nuestra tierra, donde hemos jugado y soñado nuestras primeras ilusiones. Donde paseaban nuestros abuelos, en el mismo sitio en que muchos de ellos forjaron la grandeza de la patria, construirán hoy modestas y horribles casas suburbanas. Es casi un dolor físico que este último rincón, que este pequeño refugio tampoco ya nos esté permitido; debemos reducirnos, someternos al monstruo que es la ciudad. Sucumbir a la vulgaridad y al maquinismo. Esta tierra que fué nuestra y que la sentimos como nadie dentro de nosotros, pronto será sólo un recuerdo. Un recuerdo doloroso, pero siempre presente y punzante.

Yo amaba a la chacra en las cuatro estaciones, con sol y con lluvia.

Recuerdo que después de la lluvia nos prohibían salir para que no mancháramos la inmaculada blancura de nuestros delantales y ensuciáramos nuestros zapatos. ¡Con qué fruición nos escapábamos y hundíamos nuestros pies en el barro, en ese barro de la tierra nuestra, que es el barro más barro de todas las tierras, resbaladizo, parduzco, charcoso y que deja oír un gorgor especial cuando se camina sobre él, agarrándose desesperadamente al pie, en el esfuerzo supremo de dejar de ser barro o quedarse con el pie! Rara sensación de aprisionamiento y liberación esta de caminar sobre él, inminencia de la caída y equilibrio.

Andábamos por la calle de Paraísos apenas cesaba de llover. Después de la lluvia el campo tiene un aspecto diferente, le queda un misterio: los pájaros se cuentan cosas nuevas, las hojas de los árboles murmuran a las nubes que pasan quién sabe qué cosas y las nubes miran tristes a la tierra, deseando ser tierra, y la tierra suspira, deseando ser nube. Nosotros volvíamos alegres, embarrados, dispuestos a afrontar las iras familiares y el rezongo de las niñeras.

¡Las niñeras! Las mías fueron como tres gracias, como tres ángeles tutelares. Ninguna tuvo nombre extranjero. Eran españolas. Gracia, Estrella y Jacoba. ¡Qué delicia! Estos tres nombres fueron los genios protectores de mi infancia, las hadas madrinas, que me dieron todo y nada me quitaron. Me dejaron la espontaneidad, la risa y el idioma. ¡Benditas sean estas tres mujeres!

Todas las tardes la abuela rezaba el rosario en la terraza de arriba; desde allí se divisaban por sobre los árboles las hazas de labrantío y las puestas de sol, que siempre eran rosa y oro.

Pero los mayores eran un mundo y nosotros otro, frente a frente. El mundo siempre se ha dividido así. El de los mayores y el de los pequeños. Generalmente no se comprenden. Ellos debían encontrar nuestras cosas estúpidas, y nosotros las de ellos absurdas. Pero el mundo mejor era el nuestro, el de los niños; cada uno tenía el suyo. Son mundos soterrados que no afloran. Todo es más que la realidad. Un árbol no es un árbol: es un bosque. Las proporciones no existen. Se vive en otro mundo, en un mundo sin límites. A medida que vamos siendo mayores, las cosas vanse empequeñeciendo hasta tomar las proporciones liliputienses que en realidad tienen.

Han pasado los años y he vuelto. He vuelto a la chacra. Pero ya no existe. Ya no está más. Es la invasión, la invasión de la comunidad, de la masa, que ha descubierto que necesita el sol. La calle de Paraísos. Nuestra calle. Ya no tiene barro; la han cubierto de pedrisco gris, y a lo largo le han colocado bancos, donde se sientan parejas de muchachas gordas que usan *shorts* y flirtean con aspirantes a atletas. Hay otros niños, que no somos nosotros ni nuestros hijos, que corren por el pasto. El aljibe ya no está. Las cocheras tampoco. El techo de pizarra gris ha sido reemplazado por una azotea. La escalinata ya no tiene peldaños de mármol gastados. Y el jazmín del país, que la abuela tanto quería y cuidaba, como ella, tampoco está más.

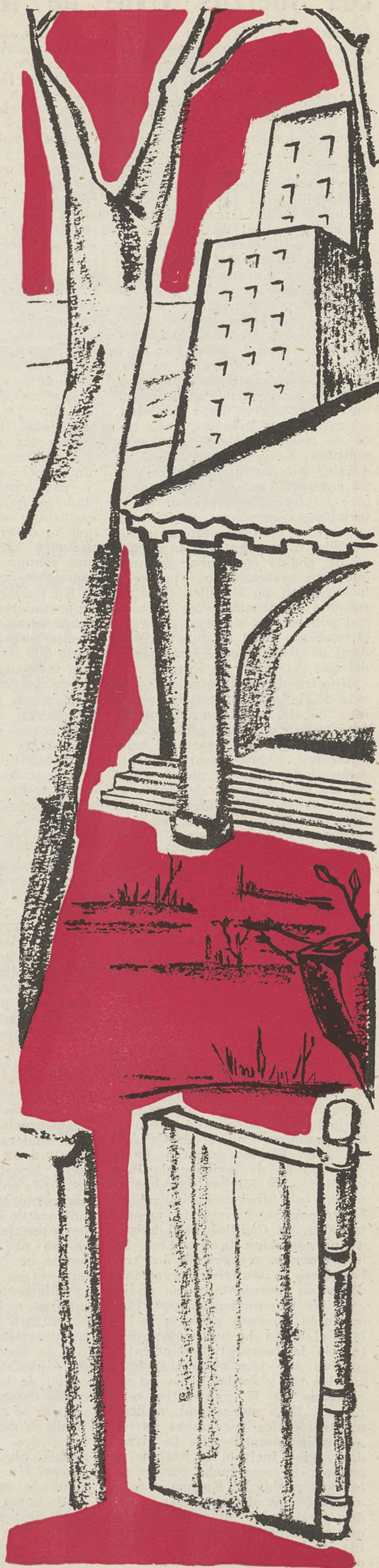
He entrado en la casa. Sí, he entrado. Creí encontrar el recibidor desde donde arrancaba la escalera para el piso superior. El comedor y la sala, a la izquierda, y a la derecha, los dos dormitorios, con el baño, que eran los nuestros. Pero una realidad brutal se me ha echado encima. Todo es sólo un gran local, un bar, en el que honestas familias, socias del club, toman té o cerveza. La escalera nace ahora desde la terraza del fondo, que han cerrado; arriba todo es salón de baile y lavabos.

He intentado arrancar los recuerdos agazapados entre las paredes dormidas, pero las piedras, como los seres humanos, también mueren, y éstas han muerto de pena. Ellas, que han sido las guardianas de la "familia", de esa cosa compleja y dramática, fundamental e imprescindible, que es una familia.

La casa está vacía, ha perdido su alma, han comprado las paredes, los árboles, la tierra; pero ese algo sutil e impalpable, ese algo que pone "la familia" donde vive, eso no lo han comprado, eso se ha ido junto con el aljibe y las cocheras. Se ha ido con los viejos retratos, con los muebles que crujen, con los espejos desvaídos, con las alfombras manchadas. Se ha ido huyendo de la luz eléctrica, que ha robado misterio a los rincones y al desván. Se ha ido, se ha ido con la abuela, se ha disgregado; quizá sea ese fino mantillo que cubre la tierra, que deja oír cuando se le pisa un levísimo rumor; o tal vez se haya rezumado en la savia de los árboles, o esté convertida en perfume de la flor, o sea pájaro ciego que en la sonochada vuela de árbol en árbol buscando su nido.

¿Dónde irá el alma de las cosas y el alma de los recuerdos?

¿A qué nube que pasa, a qué correr de agua, a qué bisbiseo de brisa, a qué ola que sueña en el mar, a qué canto, a qué risa?



Las fuerzas vivas de Norteamérica

(*Viene de la pág. 47.*) miendo progresivamente su carácter, hasta constituir una fuerza conservadora.

LOS SINDICATOS CARECEN DE PROGRAMA POLITICO

De ahí que sea absurdo deducir una y otra vez una correlación europea con los sindicatos norteamericanos en cuanto a un robustecimiento de la izquierda mítica de los Estados Unidos. Toda la ideología sindical de los Estados Unidos es diferente en concepto de lo que de diversos modos suele definirse en Europa. Los sindicatos norteamericanos carecen de programa político. En esto se asemejan a los partidos, que, considerados en su realidad fundamental, no son sino cooperativas, cuyo fin consiste en asegurar a sus propios miembros el más alto *standard* de vida posible y el mejor ingreso estable. Esta finalidad, eminentemente práctica, nada tiene de relación ya con ideologías políticas. Es igualmente digno de señalar que durante las elecciones los sindicatos no militan en uno u otro partido; recomiendan a determinadas personas, conforme a su actitud política, pero no a los partidos como tales. Por lo demás, se ha podido comprobar siempre que esta protección por parte de la dirección no significa frecuentemente influencia sobre la actitud política del sindicado. Porque el concepto total de liderato sindical es distinto en Norteamérica del que es común en Europa.

Nuestro dirigente sindical es la más de las veces un tribuno popular; ha de adaptarse, al menos externamente, a sus correligionarios. Si gusta de poseer un bello automóvil, habrá de abandonarlo como al descuido un par de cientos de metros antes de llegar al lugar donde le aguardaban sus prosélitos. El dirigente sindical norteamericano, empero, es un *manager* típico, que en modo alguno se diferencia de los dirigentes de las grandes empresas. Se le nombra no porque sea «uno de los nuestros» o porque pueda mover a las masas, sino por su capacidad práctica, organizadora y por su acabada técnica del negocio. Para ello este dirigente exigirá, desde luego, sueldos elevados, equiparables a los de la industria. Y observará que, si no se le abonan estos sueldos, no hay duda de que acabará trabajando para una empresa. Su alto nivel de vida es reconocido públicamente, y los periódicos y revistas informan con idéntica naturalidad de la lujosísima villa de este o de otro *manager* sindical en California o en Florida, como lo haría del pabellón de invierno de Rockefeller o de Mellon. Igualmente ni un solo dirigente sindical de Norteamérica dejaría de presentarse en su Cadillac para asistir a una asamblea de miembros. De hecho que la mayoría de los trabajadores se sentirían decepcionados si su representante no pudiera vivir tan opulentamente. Porque a la inmensa mayoría le halaga el hecho de que los accionistas de la cooperativa-«sindicato» puedan ser tan ricos y cobren sueldos tan elevados como los accionistas de la cooperativa-«empresa». Esta mentalidad, radicalmente idéntica por ambas partes, neutraliza ampliamente la rivalidad social. Incluso las huelgas no suponen la feroz lucha por los salarios conocida en Europa. Con la excepción de algunos casos aislados, tampoco se tolera la acritud, que perturba las relaciones entre las empresas y los obreros, como ocurrió en épocas pretéritas.

En síntesis, puede decirse, pues, que la estructura sociológica de los Estados Unidos es fuerte y saludable. La base del actual sistema de la economía conservadora se ha reforzado y fundamentado de nuevo gracias a los presuntos esfuerzos radicales de Roosevelt o de Truman. Así, pues, la sociedad norteamericana se encuentra en una plataforma relativamente favorable para entendérselas con los problemas planteados por la cibernética y por la energía atómica.

* * *

Un suelo conformado sociológicamente de este modo influye lógicamente sobre la superestructura política. Una vez más hemos de prescindir aquí de nuestros prejuicios europeos para comprender que al otro lado del Atlántico existe un orden social diferente del nuestro en muchos puntos esenciales. Las mismas palabras tienen con frecuencia una significación completamente distinta en una y otra ribera del mar océano, y, por consiguiente, esta diversidad de sentido conduce con frecuencia a serios equívocos. De ahí que al observar la política de los Estados Unidos haya que eliminar siempre un cierto número de conceptos erróneos.

En nuestro caso es de suprema importancia el sentido de la palabra «democracia». Para los norteamericanos significa lo más elevado que puede darse en suma sobre esta tierra. Para ellos la democracia es como una bandera.

Nosotros entendemos por democracia un sistema absolutamente particular de la política parlamentaria, basado en el concepto de soberanía del pueblo. No ocurre lo mismo con el norteamericano medio. Para éste la democracia significa todo lo que es satisfactorio, deseable y bueno, tanto si se refiere al campo de la política como al confort personal. Por consiguiente, una persona amiga se considerará halagada si se le califica de democrática. En cualquier caso, un alto *standard* de vida es valorado como producto de la democracia. Y en la política, la democracia significa libertad individual, progreso social y, hasta cierto punto y en última instancia, parlamentarismo.

Puesto que se trata de una palabra mágica, los norteamericanos se preocupan relativamente poco de su contenido. De ahí que en la perspectiva norteamericana fuera un total acierto psicológico que al régimen soviético se le calificase de «democracia popular». Esta palabra hubiera conducido inevitablemente a un cierto popularismo. A este respecto los soviets han especulado en el sentido de que formalmente, y gracias a la decisión unívoca de la prensa y de la radio norteamericanas, la expresión no se ha utilizado nunca prácticamente en Norteamérica. Y si un europeo en América califica inadvertidamente de democracias populares a los países comunistas, encontrará la más absoluta incomprensión.

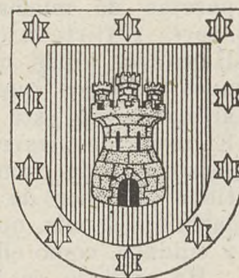
Este hecho muestra el peligro del tópico. Si un político es amigo oficial de los Estados Unidos, recibirá entonces con el tiempo, aun cuando se trate de un dictador, el título de demócrata. De este modo no podrá, de momento, cometer pecado alguno a los ojos de las masas. Un caso típico fué Stalin, señalado como demócrata desde 1941 hasta principios del año 1946, despertando, por consiguiente, oficiales embelesos. Lo mismo sucedió también con el general Chiang-Kai-Chek, el cual, cierta-

CONSULTORIO HERALDICO

Genealogías y heráldica hispanoamericana.
Blasones y nobleza de Hispanoamérica.
Genealogías y heráldica de los reinos de España.
Genealogías y heráldica de Hispanoamérica.
Armorial y nobiliario de Hispanoamérica.
Ciencia heroica hispanoamericana.



Juan Saborido. (Vergara.)—Los Zaldivia de Tolosa (Guipúzcoa), traen, según Juan Carlos de Guerra: «escudo con dos caballos ensillados y enfrenados», y por lo bajo un letrero que dice: «Zaldiz eta oñez». En una vieja ejecutoria que he visto de los Zaldivia de Tolosa figura el campo de sinople (verde) y los caballos de plata, ensillados de sable (negro). Etimológicamente, el apellido Zaldivia viene de la palabra vasca «zaldi» (caballo).



Francisco Serrano. (Casas Ibáñez.)—Entre los diversos escudos que los Nobiliarios» describen del apellido Serrano, coinciden todos los que analizan los diferentes linajes del mismo apellido en señalar para el Serrano de Albacete las mismas armas que a los de Navarra, diferentes por completo de las de Galicia y Andalucía, y que son las siguientes: «en campo de gules (rojo), un castillo de oro; bordura de plata, con diez estrellas de gules». Así aparecen reseñadas en la colección Salazar y Castro, que se custodia en la Real Academia de la Historia, G. 47.

mente, constituye una figura simpática, pero que, sin embargo, no es un demócrata. Más interesante fué el caso del doctor Eduard Benes. A este político le fué otorgado el reconocimiento de demócrata doctrinario *(katexoche)*. El resultado fué que—durante la segunda guerra mundial—pudo preparar oficialmente los más indignantes crímenes. Estos crímenes jamás se dieron por hechos, como diciendo: «Es un demócrata; así es que sólo puede desear lo que es bueno...» Con el auxilio de esta ficción, Benes consiguió el desplazamiento de dos millones de alemanes sudetes, aunque este caso clarísimo de genocidio hubiera repugnado entonces francamente a los norteamericanos. Pero como entonces Benes era un demócrata y prometió solucionar democráticamente la cuestión, el conflicto quedaba resuelto así.

TRASCENDENTE CAMBIO EN MATERIA RELIGIOSA

Otro equívoco frecuente en Europa consiste en que en materia religiosa norteamericana solemos pensar siempre en el país anterior a 1932, pasando por alto las enormes transformaciones operadas desde entonces. En todas partes se recuerda entre nosotros las conocidas elecciones entre Hoover y Al. Smith, en las cuales el candidato demócrata fué relegado a causa de su profesión católica. Este suceso data ya de veintiocho años atrás, y precisamente en este hecho cabe apreciar los cambios totales operados en el lapso de una generación.

Hasta la gran crisis, las manifestaciones externas de los Estados Unidos se caracterizaban por su puritanismo protestante. Ciertamente, estas formas subsisten todavía hoy. Pero ya no puede calificarse ahora a los Estados Unidos como un país protestante. Porque los católicos, e igualmente en amplia proporción los judíos, han conseguido esa igualdad interna de derechos que no puede otorgar una ley promulgada y que probablemente detentarán incluso los negros, a través de muchas generaciones, a pesar de todos los acuerdos de jueces y de legisladores.

Ha sido derogada la ley fundamental según la cual un católico no podía ser elegido Presidente. Este ostracismo, correspondiente a toda una época, se deriva del hecho de que con anterioridad a la era de Roosevelt, y particularmente en el Sur, existían comarcas agrícolas fuertemente retrasadas, en las cuales una población virgen al progreso vivía ampliamente en el fanatismo de la época de la Reforma. Desde entonces estos Estados se han abierto a otras influencias. Los deberes militares de ámbito general, la obligatoriedad escolar, la radio y la televisión han despertado los espíritus. La industrialización, especialmente en los Estados meridionales, ha mezclado a la población, conduciendo a trabajadores católicos irlandeses de Nueva Inglaterra a comarcas tradicionalmente protestantes, como Alabama, Mississippi o las Carolinas. El resultado fué que la población ha reconocido que los católicos no son necesariamente adoradores de Satán, como intentaban hacerles creer sus iletrados predicadores. Hoy día cabe afirmar generalmente que, incluso en los Estados del Sur, el elector ya no se deja influir por la confesión religiosa de los candidatos. Por supuesto, esta observación debe valorarse debidamente. El elector norteamericano se consideraría muy contrariado si su voto dependiera de un ateo. Este no tendría hoy la menor esperanza de alcanzar un alto cargo. Pero en tanto los electores saben que el candidato lleva personalmente una vida religiosa, la clase de religión apenas influye o nada influye en ellos.

En esta serie de circunstancias ha de notarse que no es una profecía carente de lógica decir que en el plazo de los veinte años próximos un católico llegará a ser Presidente o vicepresidente de los Estados Unidos. Ya esta vez el joven senador y católico activo Kennedy ha estado a pique de alcanzar la candidatura a la vicepresidencia. Kennedy es uno de esos hombres cuya carrera debe observarse. Porque hoy por lo menos se aprecia claramente que podría ser el primer católico que pudiera alzarse hasta la Casa Blanca.

CONCEPTO NORTEAMERICANO DE «PARTIDO POLITICO»

Es igualmente interesante el concepto norteamericano de «partido político». Entre nosotros, el partido es una comunidad ideológica o programática, o debería serlo al menos. En América es una cooperativa que tiene por objeto la consecución del poder político y sus ventajas. De ahí que no se justifique ya el excesivo discurso en torno a derechas e izquierdas en la política norteamericana. Dos hechos sobresalen de la estructura política. El primero consiste en que ninguno de los dos partidos políticos cuenta con un programa de vigencia estable. No existe un programa republicano ni un programa democrático. En su lugar surgen cada cuatro años en las elecciones presidenciales las llamadas *platforms:* documentos monumentales, de largo aliento, que de una parte contienen un programa legislativo y de otra promesas de todo y sobre todo. Este documento se redacta de tal forma, que en él interviene una comisión de unas ciento veinte personas pertenecientes al Congreso del partido. Esta comisión se constituye con representantes de todas las minorías y grupos de interesados. Cada uno de ellos expone su deseo. La presidencia recae sobre un veterano político, quien redacta un documento global, basado en las diferentes solicitudes individuales. El documento sólo puede ser leído íntegramente antes de su publicidad por el presidente, por su secretaria y por el impresor. Pero alguno de los capítulos suele ser empleado como propaganda local en este o en aquel grupo político.

El segundo hecho significativo es la *primary*. En muchos Estados los candidatos son elegidos por el pueblo. Para tener derecho a voto es preciso inscribirse en uno de los partidos. Interesa poco que se pertenezca realmente al partido en el que se vota la *primary*. En 1952 sucedió un caso elocuente en Wisconsin. El senador MacCarthy era candidato en las *primaries* republicanas. Para vencerle los demócratas exigieron de sus partidarios que se registraran como republicanos para tomar parte en la correspondiente *primary*. Este registro fué aceptado como perfectamente normal. Por supuesto, se trataba de un cómputo erróneo, ya que los demócratas se inscribían ciertamente como republicanos y votaron empero por MacCarthy para causarle molestias más tarde en la dirección del propio partido. También en el mismo año el senador Knowland alcanzó la jefatura de los republicanos en el Senado con el auxilio de las *primaries* como candidato demócrata en California.

Tal y como se desprende de

LA PALABRA, LA IMAGEN, LA LETRA...

TEATRO

«EL GRILLO».

No es el arte dramático negocio tan boyante como para que empresarios y compañías profesionales se lancen a la aventura de realizar experimentos innovadores o estrenar obras de autores cuyos nombres no cuentan aún con la previa estimación del gran público. Pero como sin experimentos y sin dramaturgos nuevos el teatro se estancaría, se ha hecho necesaria en todos los países la creación de agrupaciones destinadas a estrenar, en sesión única, piezas que por su técnica revolucionaria o por ser obra de firmas no acreditadas tienen negado el acceso directo a los escenarios comerciales.

En este aspecto, diversos grupos vienen realizando en España desde hace quince años una labor tan entusiasta como sacrificada, pero no estéril, pues de ellos han salido dos de los autores más importantes con que hoy contamos —Alfonso Sastre y Miguel Mihura—, tres o cuatro excelentes registas—José Luis Alonso, Modesta Higueras, Gustavo Pérez Puig...—y no pocos intérpretes. Consciente la Dirección General de Cinematografía y Teatro de la importancia de estos núcleos vocacionales, creó hace un par de años el Teatro Nacional de Cámara y Ensayo, encomendando su dirección a Modesto Higueras.

Y ha sido este Teatro el que, en su segunda sesión de la temporada actual, nos ha deparado el gozo de descubrir un nuevo autor español: Carlos Muñiz. Normalmente, puede resultar en exceso aventurado afirmar la existencia de un nuevo dramaturgo basándose en el solo dato de que haya escrito una buena comedia, pero en este caso el riesgo de error es mínimo, porque «El grillo» —título de la obra estrenada a Muñiz por el Teatro Nacional de Cámara y Ensayo—es algo más que un intento esperanzador: es una pieza que revela en su autor un dominio de la técnica dramática, una total adecuación del lenguaje a las características de los personajes y una habilidad constructiva del todo infrecuentes en el autor novel. Por si esto fuera poco, Muñiz ha elegido para su comedia un tema de candente actualidad y concreta intención social, que cumple la finalidad catártica del teatro y conquista desde su primera escena el tenso interés de los espectadores.

Lógicamente, hay en esta obra de Carlos Muñiz influencias. Se han citado —con razón—los nombres próximos de Arthur Miller y Antonio Buero Vallejo. A ellos hay que añadir, y acaso de manera más acusada, el de don Benito Pérez Galdós. Pero estas resonancias aparecen mucho más en la temática y en la ambientación que en el estilo, apuntando éste una incuestionable personalidad, que es de esperar adquiera pronto voz propia y bien diferenciada.

Modesto Higueras ha visto premiada su fe en «El grillo», alcanzando en el montaje de esta obra su mayor triunfo como regista, tanto en la ambientación—extremadamente cuidada en el tono realista que la pieza requería— como en la dirección de los intérpretes. De éstos es de justicia destacar sobre todos a José Luis Heredia, impresionante de sinceridad y exactitud en su incorporación del protagonista, y muy bien secundado por Asunción Montijano, Celia Fóster, Pablo Sanz, Joaquín Roa, Luis Morris y el resto del reparto.

CINE

«LA ESCONDIDA».

Nuevamente el cine mexicano produce una película cuya acción se desarrolla durante la revolución de 1913. Pero ahora no se ha tratado de dar la versión cinematográfica de la vida de alguno de los protagonistas de la lucha, como en casos anteriores se hizo con Zapata y con Villa. En «La escondida», estrenada en el Palacio de la Prensa, de Madrid, lo esencial del argumento se apoya en un episodio amoroso de carácter pasional, con truculencias y frecuentes incursiones a lo folletinesco, que necesariamente determinan un descenso en la valoración total de la película, quedando relegados los sucesos revolucionarios que en ella se narran a un plano secundario y estrictamente ambiental. Y es así como se frustra la posibilidad de extraordinaria película que hubo en «La escondida», aunque no totalmente, porque la endeblez del guión queda en buena parte compensada por el inteligente trabajo llevado a cabo por su director, Roberto Gabaldón, y, sobre todo, por la insuperable contribución de Gabriel Figueroa, cuya fotografía en color dota a «La escondida» de excepcionales calidades plásticas, dentro siempre de una absoluta fidelidad a los factores humanos y geográficos de México. Lírica cuando conviene, épica si así lo exige la acción, la labor realizada en esta película por Figueroa en nada desmerece respecto a sus mejores logros anteriores junto al «indio» Fernández.

De lo antedicho se deduce que «La escondida» ha de ser calificada, en última instancia, como película eminentemente irregular, con predominio de lo vulgar y pedestre—el episodio amoroso—sobre lo más conseguido—las escenas de la revolución—. Y esto queda tanto más patente cuanto que la interpretación de la pareja central deja bastante que desear. María Félix, tan anodina y carente de matices como siempre, aun cuando se advierte que Gabaldón ha luchado por evitar su tendencia al estatismo. Pedro Armendáriz se limita a repetir el personaje que tantas veces le hemos visto interpretar.

JUAN EMILIO ARAGONES

Las fuerzas vivas de Norteamérica

este conjunto de hechos, la vida de los partidos políticos en Norteamérica presenta diferencias esenciales con relación a los de Europa. Según estos criterios, no existen propiamente partidos políticos en los Estados Unidos, puesto que ambos, republicanos y demócratas, deben considerarse como conservadores. La diferencia estriba en las personalidades, no en los objetivos.

La razón profunda de estos hechos se basa en la estabilidad de la estructura política de los Estados Unidos. Si, por ejemplo, tomamos a discreción un centenar de personas que viajan en un momento dado en un ferrocarril subterráneo de Europa, encontraremos entre ellos republicanos y monárquicos, marxistas y partidarios de la propiedad privada, anarquistas y fascistas. En Norteamérica un experimento semejante daría probablemente por resultado que el centenar íntegro, o al menos el 99 por 100 de él, se declararía partidario del sistema actual de economía y de régimen social, considerando además como evidente que la Constitución norteamericana es la mejor del mundo.

FIRME BASE DE LA POLITICA INTERNACIONAL NORTEAMERICANA

La política internacional norteamericana se levanta, pues, sobre una base estable y amplia. Cuenta con la ventaja de tener tras de sí a un pueblo en el que el sistema actual de economía se ha fortalecido gracias a la distribución de la propiedad; en que la paz social se ha consolidado con el desarrollo de una nueva clase media y en el que, por último, no se dan diferencias políticas trascendentales.

Precisamente este último hecho ha conducido al fenómeno actual de una política internacional norteamericana común a ambos partidos. Pese a la polvareda de la última campaña electoral, es un hecho que demócratas y republicanos coinciden en los criterios fundamentales de la política internacional. Y como no obstante se repiten una y otra vez los errores graves, es preciso tener presente la excesiva juventud de América en las cuestiones de política internacional. Cuando los gobernantes actuales iban a la escuela, los Estados Unidos apenas llegaban aún a gran potencia. Inglaterra disponía de trescientos años de experiencia para adiestrar en el liderato internacional; Norteamérica, menos de una generación. En este ascenso extraordinariamente rápido, los Estados Unidos han incurrido relativamente en pocos errores. Y justamente los últimos tiempos han demostrado una vez más que la elasticidad de la joven nación le ha permitido crear nuevas e imprevistas situaciones en un plazo mínimo de tiempo.

La política común norteamericana está construída sobre una serie de postulados que al menos no han de variar en un futuro previsible.

EUROPA, CENTRO DE LA POLITICA NORTEAMERICANA

Europa es el centro de la política internacional norteamericana. Es falsa la afirmación de algún grupo político según la cual los intereses asiáticos tienen primacía sobre los del Viejo Continente. Se dan algunos individuos aislados que, sin embargo, no revisten importancia, sobre todo en California, donde la comunidad de la sangre representa un papel sobresaliente.

La enemiga contra el bloque soviético, pese al sainete de Ginebra, es un hecho que no sólo tiene fundamentaciones ideológico-religiosas, sino que está basada también en la política imperialista. América no puede tolerar a largo plazo que las dos costas que se le enfrentan—Asia y Europa—estén en manos de un poder potencialmente enemigo. Pero éste es el caso actual de Asia; en Europa, y para la perspectiva norteamericana, el bloque soviético se ha acercado excesivamente a la costa atlántica. En tanto subsista esta situación, existirá igualmente enemiga entre Norteamérica y el bloque soviético. La «policy of liberation», a la que se refirió John Foster Dulles, pide un cambio de nombre. Habrá de dejarse de comedias, pero es algo fundamental que surge una y otra vez en el proscenio político. Norteamérica nunca se sentirá segura mientras los rusos se encuentren a occidente de los Cárpatos. Sobre iguales fundamentos descansa el apoyo proporcionado a Syngman Rhee, Chiang-Kai-Chek y Ngo-Dinh-Diem.

Con los avances del pensamiento diplomático se inicia asimismo la lenta supremacía del estudio de una política realista sobre las interpretaciones meramente sentimentales. Este hecho se muestra especialmente claro en la cuestión del Oriente Medio. Aun hace diez años, Norteamérica se inclinaba por el dictado de su corazón: por Israel. Hoy día los intereses esencialmente más concretos del petróleo han determinado ya la política de neutralidad, patentizada nuevamente, sobre todo en la crisis de Suez.

* * *

Nos encontramos, pues, ante los Estados Unidos como un poder de estabilidad poco común, pese a las manifestaciones externas.

Este reconocimiento es esencial para nosotros. Porque necesitamos la amistad de América. Nos vinculan a ella no sólo intereses políticos; además, la orientación religiosa de la fe trascendente es justamente algo que, por encima de la inmediata política, fundamente la solidaridad entre América y la Europa libre.

Hemos utilizado la palabra «solidaridad». En este caso hemos de estar prevenidos contra la posibilidad de que tal vez esta vinculación pueda significar subordinación. Porque, si bien los norteamericanos pueden darnos ilimitadamente mucho, nosotros no vamos a su zaga en el ofrecimiento. Nuestra alianza está basada en intereses recíprocos.

Para configurar felizmente esta alianza es sustancial tener de continuo muy presente las grandes diferencias que existen. Por supuesto, los norteamericanos proceden del linaje europeo. Pero no son europeos. Desde luego, los norteamericanos deberán aprender asimismo que nosotros no somos norteamericanos en potencia. Si esta realidad encuentra comprensión por ambas partes—y ello no ha de ser excesivamente difícil—, nada podrá oponerse a la amistad auténtica y sincera que se merecen los americanos y que descansa en nuestros intereses comunes.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRIA



Antes de visitar España

consulte usted a «Mvndo Hispánico»

Cada año vienen a España numerosísimos hispanoamericanos. La mayor parte de ellos tienen familiares españoles, que pueden prepararles las etapas más interesantes en el país para su visita, preparación que es también relativamente fácil cuando el viajero vive en una ciudad importante, donde las direcciones de turismo o agencias de viaje pueden proporcionar la información necesaria. Pero para aquellos cuya vida transcurre lejos de estos centros y que no han venido nunca a España o lo hicieron hace muchos años, la previsión de una estancia en ella puede crearles preocupaciones y problemas, que desde nuestra revista trataremos de resolver.

MVNDO HISPANICO ha creado un servicio de información turística a la disposición de sus lectores. Desde este servicio se contestará gratuitamente a cualquier pregunta referente a un posible viaje a España.

- COMUNICACIONES TERRESTRES, MARITIMAS, AEREAS E INTERIORES QUE PUEDAN INTERESARLE.
- LUGARES INTERESANTES QUE DESEE O PUEDA VISITAR.
- RESERVA DE HABITACIONES EN HOTELES APROPIADOS.
- RUTAS A SEGUIR EN UN TIEMPO MINIMO DISPONIBLE.
- CIUDADES, MONUMENTOS, COSTUMBRES DE CADA LUGAR Y FECHAS ADECUADAS EN CADA LUGAR, ETC., ETC.

Con MVNDO HISPANICO colaborarán entidades y firmas calificadas para dar el mayor número de facilidades a nuestros consultantes, de manera que su visita a España podrán hacerla sin preocupación alguna y en la seguridad de que MVNDO HISPANICO resolverá todos sus problemas turísticos.

ESCRIBAN A

MVNDO HISPANICO (Servicio de Información Turística).
Alcalá Galiano, 4 — MADRID

DE LUNA A LUNA

Por JOSE MEDINA GOMEZ

CUARTO MENGUANTE

Despedida a dos amigos.

Dos nombres queridos enlutan hoy nuestra sección. Dos amigos nos han dejado para descansar en la paz del Señor. Español uno, en tierras de América; americano otro, en tierras españolas. Diplomáticos ambos, de hondo saber y sincera bondad, dos figuras que pierde Hispanoamérica.

Don José M.ª Cavanillas representaba a España en Costa Rica desde 1947, primero como ministro y luego como embajador. Su fallecimiento ha sido muy sentido en los medios diplomáticos y sociales de la capital americana, donde el señor Cavanillas gozaba de todas las simpatías. Nacido en Madrid en el año 1895, ingresó en la carrera diplomática en 1920, y prestó servicios en Manila, Damasco, Nápoles y otras ciudades extranjeras. Ascendido a ministro plenipotenciario en 1947, fué destinado en mayo de aquel mismo año a Costa Rica. Entre otras condecoraciones, poseía la cruz de caballero de Carlos III, la encomienda de número de Isabel la Católica y la cruz de oficial de Jorge I de Grecia.

Era académico de honor y de mérito de la Real Española de Jurisprudencia y Legislación. El embajador de Costa Rica en Madrid, don Francisco Urbina González, visitó al ministro de Asuntos Exteriores para testimoniarle el pésame del Gobierno de su país.

Hemos perdido otro amigo entrañable para nuestra revista, en cuyas páginas había colaborado repetidamente. Miguel Víctor Martínez, agregado cultural de la Embajada del Uruguay en Madrid, estaba ligado a nosotros por un doble vínculo de periodista y diplomático, noblemente al servicio de la causa hispánica. Galardonado por el Instituto de Cultura Hispánica con el Premio Carlos Septiem de Periodismo, creado para la mejor colección de crónicas sobre España publicadas en periódicos hispanoamericanos, Miguel Víctor Martínez ha participado en todos los actos organizados por el Instituto en los últimos años, y ha sido el promotor de la donación de más de 400 obras de autores uruguayos a la Biblioteca Hispánica.

Su obra literaria guardará su memoria. Siete volúmenes publicados desde 1937 prueban su talento en los diversos campos de la creación artística, pues trató la novela, la historia y el ensayo. «Santa Teresa de Rocha»—premiada por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay—, «Los fantasmas de Santa Teresa»—igualmente galardonada—, «Andresito, caudillo guaraní»; «Artigas», «Blandengues en la frontera», jalonan la producción de este uruguayo ilustre, que nació en Colonia (departamento de la República oriental del Uruguay) en 1889 y ha muerto en Madrid recientemente.

CUARTO CRECIENTE

Un saludo de Bolivia.

Hemos leído con gratitud el comentario que la revista boliviana *Cordillera* consagra al número 100 de MVNDO HISPÁNICO. Aquella excelente revista de La Paz, dirigida por don Fernando Díaz de Medina, ministro de Educación de la República hermana, ha dejado un espacio entre sus profundos y brillantes artículos para decir de nosotros lo que sigue:

«España se mantiene gallardamente en la primera línea de la técnica tipográfica moderna. En libros y revistas no tiene nada que envidiar a Europa y a los Estados Unidos.

»No es, pues, de extrañar, que MVNDO HISPÁNICO haya sentado cátedra en nuestra América por sus esmeradísimas ediciones, la excelencia de sus fotografías y grabados y la fina novedad de su diagramación, que hacen verdaderas obras de arte de cada número.

»MVNDO HISPÁNICO llega al número 100 con todos los prestigios de lo extraordinario. Fondo, calidad, presentación, matices y aristas que acusan rica sensibilidad y dominio de las técnicas de imprenta. ¡Qué diferencia, por ejemplo, con *Life*, de los Estados Unidos, puramente fotográfica y casi huérfana de sedimentos intelectuales! MVNDO HISPÁNICO pretende ser, y lo es, un meridiano de la ciencia, de la vida, de la cultura española e hispanoamericana. Todos nuestros pueblos se vieron reflejados en crónicas ágiles y vibrantes, hermoseadas con fotografías excelentes. Escritores, artistas, poetas, diplomáticos, científicos del mundo de habla hispana, hallaron expresión cordial para verter sus ideas. La gran revista es, desde hace nueve años, un núcleo irradiante de espiritualidad para la Hispanidad.

»Celebramos el primer centenar de números de MVNDO HISPÁNICO, que tan hondamente abrieron surco en la conciencia hispanoamericana. Y le deseamos larga y alta vida, para que siga siendo una proa del general destino de la proeza castellana.»

Agradecemos este subido elogio como una prueba de amistad, a la que correspondemos de todo corazón, y como un estímulo más en nuestro servicio de la comunidad de las naciones hispánicas.

MVNDO HISPÁNICO

estafeta

Mlle. H. HERGUIDUFF. 10, rue de la Marine, Le Croisic (Loire-Inférieure). Francia.—Desea correspondencia con joven español en este idioma.

LEOPOLD BOIX. Général Délivery, Kitimat, B. C. (Canadá).—Jeune français, résidant au Canadá, catholique, qui parle et lis l'espagnol, désire correspondre avec jeunes filles espagnoles.

RAMIRO CALATAYUD y ANTONIO GRACIA. Palafox, 11, Zaragoza.—Desean correspondencia con chicas, preferible Colombia y Venezuela.

JOSE MASIP. San Miguel, número 23. Badalona (Barcelona). — Estudiante universitario. Solicita correspondencia.

TIMOTEO HUALDE. Oficina Técnica de Contabilidad y Auditoría. Valle de la Pascua, Estado Guarico, Venezuela.—Soy aragonés, veintinueve años y residenciado en ésta; deseo intercambio de correspondencia con señorita de Zaragoza, de veinte a veintidós años, bonita, de buena familia y educada. Fines amistosos.

STEFAN COLER. Calle San Martín, 432. F. Primavera, Caracas (Venezuela). — Ingeniero europeo desea correspondencia en español con señorita española o extranjera, edad de veinte a veinticuatro años, muy buena presencia y culta.

JOSE GOMEZ ALMUDI. Calle Cinca, núm. 6, primero. Zaragoza.—Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo, en español, de América y Filipinas, para intercambio de ideas y costumbres.

MARIANO GARCIA FERNANDEZ, ENRIQUE FRAILE GENRIQUE, ANTONIO GARCIA AYERBE y JUAN ZAMORA HERMOSILLA. — Desean correspondencia con señoritas de cualquier parte del mundo con fines culturales. Escribid: Estado Mayor. Africa Occidental Española. Sidi Ifni.

VIRGINIA, CARMEN, PAQUITA, PILI, PAQUITA y AIDA. Calle Renueva, núm. 30. León (España).—Desean correspondencia con chicos de todo el mundo, de edad comprendida entre los veinte a treinta años, dispuestos a ser constantes.

JUANITA A. GUNDLES. 305 Decatur Street. Brooklyn 33, N. Y. (United States America).—Soy americana de color y deseo mantener correspondencia con jóvenes españoles de uno y otro sexo aficionados a la música española, particularmente la música flamenca.

RAMON CABRERA RODRIGUEZ. Bda. de Beautell Portés. Casa, 12. Santa Cruz de Tenerife (Canarias). — De veinte años de edad, desea correspondencia con señoritas hispanoamericanas para intercambio de revistas, postales, etc.

SIGRECI PIETRO. Vía Mongenera, 151. Palermo (Italia). — Desea correspondencia con jóvenes de cualquier parte del mundo para intercambio de postales.

MARIA CEAN. Aranguá, 4601. Montevideo (Uruguay).—Desea correspondencia con jóvenes españoles.

J. E. CLARKE. College of Further Educacion. Melton Mowbray. Leics (Inglaterra). — Desea correspondencia con jóvenes españoles.

CLAUDIE ANCEY. 46, rue Babylone, Paris, 7ème. De dieciséis años. — Desea correspondencia con jóvenes españoles de uno y otro sexo.

ADOLFO GARCIA. Raimundo Lulio, 14, 2.° Madrid.—Desea correspondencia con señoritas de veinticuatro a treinta y un años de edad españolas o extranjeras.

JOSE CONSTANTI. Ala de Caza, 2. Tercera Unidad, Teletipo. Zaragoza. Desea correspondencia con jóvenes de diecisiete a veinte años, de cualquier parte del mundo, en inglés, francés y español.

JOSE GONZALEZ. Sáenz Peña, 651, Las Heras, Mendoza (R. Argentina), y TETSUJI MATAYOSHI, avenida Bandera de los Andres, 1334, San José, Guaymallén, Mendoza (R. Argentina).—Desean correspondencia con señoritas de cualquier parte del mundo en inglés, español, francés o japonés.

MARIA JESUS SALVADOR y ROSA MARY CASTRO. Acevedo, 30. Plasencia (Cáceres).—Desean correspondencia con jóvenes de cualquier parte del mundo de dieciocho a veinticuatro años de edad.

FRANCISCO ARESTE CARRERA. Claret, 30, primero. Sallent (Barcelona).—Desea correspondencia con señoritas de diecisiete a dieciocho años de edad en español y francés.

ANTONIO ABADIA COLL. Secretaría General ENHER. Pont de Suert (Lérida). — Desea correspondencia con señorita española de veinte a veintiséis años.

SALVADOR YUSTE, AGUSTIN ESTEVE. JESUS PEREZ, SERAFIN RUIZ MOLINA, MANUEL VALLES y JUAN JOSE GONZALEZ. Ciudad Sanatorial de Tarrasa (Barcelona).—Desean correspondencia con señoritas de cualquier parte del mundo.

JOSE A. DURAN MONTENEGRO. Primera Bandera. Sidi-Ifni (A. O. E.). Desea correspondencia con señoritas de cualquier parte del mundo, de quince a diecinueve años de edad, en francés o inglés, aficionadas a los deportes.

ELOY BELLO y MANUEL GARCIA. Sanatorio Los Montalvos, Tercera Unidad. Salamanca.—Desean correspondencia con señoritas.

ANDRES RODRIGUEZ CRUZ. José Antonio, 58. Arrecife Lanzarote.—Desea correspondencia con jóvenes de quince a dieciséis años de edad.

SIEGFRIED SAALMANN. Gertrudstr. 4, Hagen, Westf (Alemania).—De veintiséis años de edad, desea correspondencia con jóvenes españolas.

JUAN OLIVER CHIRIVELLA. San José, 19. Paiporta (Valencia).—Desea correspondencia con señorita venezolana de dieciséis a veintiún años de edad.

ANGEL OROZCO. Cuarta compañía. Academia General Militar. Zaragoza. De diecinueve años de edad, desea correspondencia, con fines culturales, con señoritas menores de diecinueve años.

JÜRGEN SETEIN. Edenkobener Srt. 9. Mannheim-Käfertal (Alemania). De veinte años de edad, desea correpondencia en español, francés o inglés.

ARTURO MAS SERRA. Corró, 276. Granollers (Barcelona). — Desea correspondencia con señoritas de cualquier edad y de cualquier parte del mundo en francés, inglés o español.

DANIEL WULLSCHLEGER. 70 avenue Marx Dormoy, Clermont-Ferrand, Puy de Dome (Francia). De diecisiete años de edad, desea correspondencia con señoritas españolas o hispanoamericanas de dieciséis a dieciocho años de edad.

LISE RENAUD TARDY. Saint-Basile, Portneuf. Pro Québec (Canadá). — De quince años de edad, solicita correspondencia con jóvenes de dieciocho años, aficionados a la música.

RAFAEL EPRAIN ARANGO. Calle 66, Vedado del Cotorro, La Habana (Cuba).—Desea correspondencia para intercambio de postales, sellos de Correos, etc.

SEBASTIAN DE GUINDOS ARRABAL. Cabo de la Policía. Sidi-Ifni. (A. O. E.).—Desea correspondencia con señoritas de dieciocho a treinta y cinco años.

MARTIN SENTAR. 22 Gore St. Fitzroy, Melbourne (Australia).—De treinta y dos años de edad, desea correspondencia con joven española de veinticinco a treinta años de edad.

FRANCISCO SAMPERE FRANQUESA. Las Valls, número 11. Sabadell (Barcelona).—Desea correspondencia con señoritas de dieciséis a veinte años de edad, españolas o extranjeras.

DOMINGO RODENAS. S. P. 86-242. A. F. N. par B. C. M. Paris (Francia), y SALVADOR MACFERREA. S. P. 87-169 A. F. N. par B. C. M. Paris (Francia).—Desean correspondencia con señoritas en español, francés o italiano.

NOTA IMPORTANTE.—Advertimos a nuestros lectores interesados en la sección «Estafeta» que, como hasta ahora, seguiremos dando en nuestras columnas, gratuitamente y por riguroso orden de recepción, todas las notas que se nos remitan para intercambio de correspondencia, cuando éstas se limiten a facilitar las relaciones epistolares culturales entre los lectores de MVNDO HISPANICO. Pero cuando las notas aludan a deseos del comunicante para cambiar sellos o cualquier otra actividad que pueda tener un beneficio comercial, la inserción de su anuncio se hará contra el abono de 1,50 pesetas por palabra. **Esta misma tarifa será aplicada a las comunicaciones normales que deseen que su nota salga con urgencia, y se les dará prelación a las demás, siempre que nos lo adviertan así,** acompañando el importe en sellos de correos españoles, o bien remitiéndolo por giro postal a nuestra Administración, Alcalá Galiano, 4. Los lectores del extranjero pueden enviarnos sus órdenes, junto con un cheque sobre Nueva York, a favor de Ediciones MVNDO HISPANICO, reduciendo pesetas a dólares al cambio actual.

NOTA.—En las señas de todos los comunicantes de esta sección donde no se indica nacionalidad se entenderá que ésta es ESPAÑA.

En tierra extraña

Por

LILI ALVAREZ

Todo seglar, cuando se da de cara con los temas trascendentes de la religión, emprende una difícil aventura. Mundo y espíritu están en lucha activa y sin cuartel en su camino, y haberse parado a meditar con cierto sistema, y aun a escribir sobre sus consecuencias, es labor que encierra no pocos peligros. Pero esta mujer que es Lilí Alvarez, en esta su interesantísima faceta—tan importante como la primera de su vida—, en esta su segunda entrega, ahora a meditar y a escribir sobre temas religiosos, logra una medida de inusitado interés. El padre Félix García nos ha dicho, comentando este libro: «Es posible que a los tímidos, a los bienhallados, les disguste el tono, la acentuación del libro; yo creo que es precisamente el acento, el punto sobre la "i", lo que confiere a "En tierra extraña", tan abundante en ideas, su tono original.» Libro, como dice el padre Félix García, para meditar largamente y no para pasar sobre él. Que la pequeña parte que hoy reproducimos sirva de invitación a una lectura más amplia.

ADVERTENCIA

Estos son en realidad los pensamientos de una humilde laica que medita en su intimidad sobre su misterio de ser cristiana y seglar; con sus frágiles conocimientos, eso sí, pero con sinceridad última, sin rehuir el bulto. Antes «buscando el toro». Si algún valor, pues, han de tener estas disquisiciones, ha de ser ése: su impacto directo en lo atisbado, sin escurrimientos ni tapujos. El alma que busca a Dios con autenticidad, en ese enriquecimiento «nuevo» suyo, en ese caminar difícil y opaco en su luminosidad, topa, si tiene los ojos bien abiertos y captadores, con una serie de complejidades, de contradicciones y hasta de roces, que antes no podía notar, o por lo menos que no le afectaban, pero que ahora le son *problema*, y problema que *necesita* solventar en alguna forma.

Esta manera de pensar ultrapersonal está ante todo referida al testimonio del propio espíritu, es al hondón revelador de la propia experiencia al que, en ella, se acude. Allí, en ese centro vital, es donde surgen las cuestiones y allí también de donde, por modo de una combustión insólita, vienen las soluciones, la inspiración de ellas. Esta «reflexión del corazón», tan alabada por el Eclesiastés—sin ella, nos dice, «el mundo se pierde»—, este cavilar hondo y cálido de cosas que nos importan, es el que aquí brindo. No es, por lo tanto, un ensayo erudito, científico. No. No hay en él *bibliografía*, sino *biografía*. Es más que nada una aclaración para mí misma. Una aclaración que proviene de cierto apremio íntimo. He gozado mucho escribiendo este libro, porque me ha hecho comprender múltiples cosas, para mí urgentes, en las cuales mi mente y mi sensibilidad se enredaban. Y lo que «libera» a un ser puede acaso servir de ayuda a otros.

Al comenzar el ensayo me di cuenta de que, a pesar de mi limitado bagaje—y con sólo casi el poso ese subrepticio de lo asimilado que queda flotando en el fondo de uno—, tenía por de pronto suficiente material para ir adelante por mi original y particular camino. Esto es, sin tener que entrar en referencia y en discusión con otros señores. Esta extraña independencia era debida, sin duda, a esa génesis personal del pensamiento que acabamos de mencionar. La verdad es que nunca he sabido leer muchos libros, ni retener muchas citas, ni guardar (prudentemente) un fichero, por la obsesión que tenía de conseguir que mis lecturas—heterogéneas y descabaladas—, así como todo lo que me acontecía, me sirviesen para mejor «leer en la vida», me ayudasen para mejor aprehender ese flúido enigma que mana dentro y fuera de uno, objeto de mi vigilia ilusionada. Por ello, este deletreo final y profundo por parte de la personalidad ha sido, y es, en lo mental, mi pasión dominante, como diría un moralista. ¿Acaso el excesivo saber, el excesivo fijarse en lo que los demás han dicho, impide esta indagación «directa» y original? Lo he pensado al ver algunos sesudos y doctos: saben leer en los libros, es lo que se podía decir de ellos, pero no en lo real. Y la ciencia no es ciencia del todo más que «aplicada». De hecho es una cuestión de vida propia: cuanta mayor dosis de ésta poseamos, cuantos más espacios inéditos y trémulos descubramos en nosotros, cuanto más encendido y recóndito sea lo que vivamos, más estaremos remitidos a esta «lectura viva». Y como el amor de Dios es lo que «incendia», «multiplica» y diversifica la llama de la vida, y ello de una forma que rebasa a todo conocimiento—nunca apreciaremos bastante estos datos—, he ahí por qué al tema de la Religión le pertenece por derecho propio esta manera vital de pensar.

En efecto, los grandes avances en su sagrado saber se hicieron en épocas en que había esta referencia última a la realidad vivida; se pararon en el momento en que sólo quedó la preocupación por los textos, la glosa de ellos. Es lo que ha pasado en los cuatro siglos transcurridos: la ciencia religiosa—no soy yo quien lo dice, sino conspicuos hombres de Iglesia—no ha avanzado suficientemente, no se ha desarrollado al compás de las demás ciencias. Por eso creo que el católico que reflexiona—sea en un lugar modesto, sea en uno encaramado—, y apoyado como está en la seguridad y en la iluminación que recibe de la Doctrina, debe poner su máximo empeño en tratar de descifrar—o interpretar—ese «libro» movedizo y elusivo que le ofrece la existencia («libro» que en él tendría que ser de una profundidad y de una riqueza incomparables). Esa es, estoy convencida, la gran finalidad de todo pensar religioso fructífero. Mayormente en una época tan turbulenta y en ebullición como la nuestra.



Por lo que a mí toca, ya sé que muchos de los hallazgos míos, debido a mis insuficientes conocimientos, no lo serán más que para mí, que serán meras repeticiones, las cuales podrán resultar incluso pueriles, pero también sé que por este sistema es como se puede alumbrar alguna veta inesperada de metal precioso, alguna mina aun sin explotar. Cabe siempre pensar que si en mi ignorancia he podido repetir lo ya dicho con algún acierto, acaso pueda, por la misma vía e ignorándolo también, decir lo no dicho sin demasiado desacierto. ¿Quién sabe?... En todo caso estoy segura de que el alma que se toma la molestia de reflexionar por sí misma se enriquece y ahonda certeramente, y de que ese tesoro que se ha ganado a pulso le sirve después para captar el mensaje de los demás con una penetración mucho más aguda. Es un tema que ha hecho *suyo*. ¡Que me hablen ahora de laicado! O mejor dicho, no. Tengo empacho.

Con el «contraste y color», y también la luz, que me proporcionaba mi «lectura viva», lo cierto es que el problema de la seglaridad me salía al encuentro por todos los costados, me brotaba por dondequiera que echase la mirada. Parecía tener una varita mágica. Por eso he hecho algo verdaderamente tan osado, todas las proporciones guardadas, como monsieur Hipólito Taine cuando éste escribió los cuatro primeros tomos de su famosa *Historia de la literatura inglesa* sin conocer Inglaterra, ¡y únicamente fué a comprobar si había acertado al llegar al quinto y último tomo! Entonces fué cuando cruzó el Canal y vió «the high cliffs of Dover». Una experiencia algo semejante me ha sucedido a mí también, pues deliberadamente no quise pasar revista a los diversos trabajos que estudian la cuestión, y tan sólo abrí el libro que es la última palabra en materia de seglaridad: *Jalons pour une*

Théologie du laicat, del padre Congar, O. P., cuando había terminado y redondeado el mío. En ese momento fué cuando rompí la funda de celofán del ejemplar que tenía en mi biblioteca, o sea, hice lo que era el equivalente, para el caso, del viaje al país de Shakespeare de nuestro buen positivista. Gracias a Dios y a su dominico, vi que no había andado demasiado descaminada. Hasta cosas que me parecían un tanto aventureras y muy mías, las encontré allí descritas; como, por ejemplo, la distinción entre lo que Congar llama los «chrétiens adamiques» y los «chrétiens christiques». Aun es la hora en que no he acabado la lectura de ese volumen gigante con tipografía liliputiense, capaz de asustar al más bravo, cuanto más a una lectora tan pusilánime como esta esquiadora. No hay duda, sin embargo, que uno no puede considerarse un seglar consciente en tanto no haya leído ese libro extraordinario. Por eso espero terminarlo un buen día.

Con todo, de aquí y de allá, añadí *a posteriori*, citándole, claro está, algún que otro pensamiento o frase suyos, que completaban con especial fortuna mi texto.

Dado el enfoque tan «personalizante», no puede sorprender que haya tomado como punto de partida de mis reflexiones el «ejemplo» de una figura real. Un ejemplo, si bien es verdad, restringido, reducido al estadio inicial de una carrera cristiana. Guy de Larigaudie murió demasiado joven: no alcanzó a ser ni esposo ni padre, ni fué tampoco un inmolado a una causa superior. Sólo conoció el *juego* que arriesga y su euforia juvenil—«scout», me dirán los que no lo han sido—. No puede mirársele, por lo tanto, como muestra de seglaridad «sur toute la ligne». Pero lo que sí tuvo en grado excelso fué esa disposición primera de plenitud generosa humana y espiritual que se abre a la vida, y, en una u otra forma, arremete gozosa, magnánima, aventuradamente, en ella. (Feliz disposición, que no impide que, andando el tiempo, recaiga y se injerte en su generosidad, y con tanta mayor potencia, toda la dramática de la renuncia y del sacrificio.) Lo que Guy de Larigaudie nos muestra a las claras es el contraste con ese otro triste y pobre «arrancar» vital, a que estamos acostumbrados, de la mentalidad ya «renunciante», causa de esos modales piadosos encogidos, cautelosos, con tufillo a encerrado, que nos desvirtúan de antemano para todo lo humano. Es, pues, por este sentido hondo y *básico*, fontanal mejor dicho, por lo que he tomado a este joven francés como «ejemplo». ¡Que los padres de familia no se me enfaden! Además, «ejemplo» no quiere decir «modelo»...

La verdad sea confesada, la cosa ha salido así sin premeditación alguna por parte mía, pues fué el propio origen del libro el que lo dispuso: al estudiar para un artículo largo la personalidad, para mí tan acorde, tan cuajada de afinidades, de Guy de Larigaudie y su modo de ser espiritual, ello me puso sobre la pista de descubrimientos, que luego, con la rumia consiguiente, me hicieron pensar en hacer algo de mayor calibre. No tuve, pues, dificultad en desarrollar mi estudio del personaje y en seguir adelante con mis propias deducciones y mis propios problemas y salidas, tomándolo, eso sí, como palanca de arranque y como imán de retorno. Me gusta, por lo demás, que las «teorías» hinquen sus raíces en la carne de un ser; que no sean un mero «juego de ideas» abstracto, desprendido, barato en fin de cuentas. Para mi sentido pragmático de mujer es lo que más *verdad* les confiere.

Asimismo, la inflexión del epígrafe, sacado del «Super flumina», ostenta, así desgajado de su contexto, una aparente positividad, que es justamente la que requiero, cuando en realidad se trata de una interrogación negativa. Que se me perdone esta torsión o subterfugio en aras a la dificultad de encontrar para el tema de «la espiritualidad de los seglares» un título que fuese a la par significativo y no totalmente desangelado.

¡Sentiré toda mi vida no haber podido escoger el «¡A lo laico!, ¡a lo laico!», que me propusieron unos amigos con salero!

Y, por fin, postrera advertencia y la más importante, es que si por esa manera de hablar «directa» y «viva» pueda decir alguna cosa inusitada o que pueda parecer «fuerte» —Dios sabe que no quiero ofender a nadie ni a nada—, y ello fuese contrario a la doctrina de nuestra Santa Madre la Iglesia, lo retiro inmediatamente, y no sólo con presteza, sino con «temor y temblor», ya que, lo mismo que la gran Teresa nuestra, siento que es la misericordia de las misericordias y el tesoro de los tesoros el ser «hija de la Iglesia». En ello tengo todo mi orgullo y mi felicidad.

L. A.

LA MISTICA

He remarcado la augusta palabra que encabeza este capítulo porque quiero sólo designar, como ya indiqué, el primer momento —o movimiento—elevador, el alzamiento del vuelo, por ser éste nuestra única particularidad mística, por así decir. Se trata de lo más sencillo y humilde: del modo y forma de comunicarse el ímpetu ingrávido que nos abre de cara a las estrellas.

Cuando Guy de Larigaudie pensó hacerse santo para sus «Lobeznos»—siempre hay que buscar la santidad de alguna manera concreta y, especialmente, cuando se es laico, *para* algún sector de la humanidad: ese mediante el cual uno se santifica—, no se «retiró», no se encapuchó en una existencia de *scout* beato con tantas horas de oración o de «sacristía» campestre junto a la sotana del *aumônier*, sino que discurrió que lo mejor era... ¡dar la vuelta al mundo! Únicamente siendo la figura legendaria de los *scouts* podría aspirar a ser *su* santo. Si hubiese sido un *scout* vulgar, del montón, de esos que salen el domingo porque es cosa sana, por muy piadoso que fuese resultaría un chico excelente, hasta de bondad excepcional, pero no lograría ser el santo *scout* por antonomasia. Este no puede ser otro sino el *scout* esforzado, fuera de serie, de campeón *scout*. Así como también, en ese doble juego entreverado con que está tejido nuestro vivir humano, Guy de Larigaudie pudo alcanzar su afán de santidad gracias a esta excelencia suya en el escutismo.

El destacar espiritual va aquí extrañamente unido al destacar «profesional». La victoria *scout* de Larigaudie le ayudó a escalar la victoria de su alma; un éxito llevó a otro éxito.

Reconozco que esto suena un tanto raro a nuestros oídos porque va en contra de todas nuestras costumbres mentales, de nuestras ideas o *clichés* recibidos acerca de la técnica de la espiritualización, pero ello significa simplemente que en espiritualidad seglar hay que doblar la elevación y la tensión hacia Dios —en la medida de lo posible—por una elevación y una tensión de aquí abajo, y que hay que añadir la superación humana a la superación espiritual. En ese esfuerzo engrandecedor terrestre se encuentra la *condición* propicia para el agrandar celeste.

En este «acondicionamiento» psicológico *expansivo* y dilatante creado por un anhelo de empresa, o por la misma conquista de la vida mediante él, se halla el secreto de nuestra «mística», de nuestro brincar hacia Dios. Es el reverso o la antítesis del esquema «renunciante».

(Sé de una persona que tuvo muchas horas de batalla en su vida, a veces de éxito, y cómo después de ellas sus días eran más bonitos y generosos, y espiritualmente más ricos, que los otros, menos vivos de color.)

La explicación es sencilla.

El gozo vital que nace por el esfuerzo dado, por el peligro arrostrado—existen muchos géneros de peligro—, por la dificultad vencida, es decir, la *expansión* originada por la *tensión* —al superarse ésta—, es el que levanta el alma a flor de Dios, tanto para el fiel que le busca en todo lo que acomete como para el ignorante de «buena voluntad» que lo hace sin saberlo. Sin una vida intensamente humana, como preludio, difícilmente llegará el seglar a la vida regia del espíritu... seglar. Esta dilatación y ensanchamiento de la personalidad que ataca y pelea—a veces vencedora, a veces vencida—alumbra el chorro de las energías ideales y bonitísimas (estando bien dispuesto en lo natural, porque también se corre el peligro vecino del endiosamiento ególatra). Después de un día de rudo deporte al aire libre, o después de alcanzar una meta difícil duramente trabajada, el ser se dilata y percibe esa misma dilatación, siente su gozo y se abre aún más su alma. Su misma generosidad en el trabajo y el atrevimiento redunda en más generosidad. Todo el que «ha dado de sí» todo lo que podía dar, ése está dispuesto a dar más, a volverse manirroto por un Ideal.

Es la eterna ley, tan espléndidamente injusta, que «al que mucho tiene se le dará aún más, mientras que al que poco tiene, aun ese poco le será quitado».

El seglar debe ser generoso y valiente en lo humano para llegar a ser generoso y valiente en lo Divino. Su doble «tensión» le ha de dar, tarde o temprano, en ese ritmo recurrente del vivir, la expansividad desbordante que lleva hacia lo Alto.

Del sístole tensante y «ascético» que cierra los puños y acomete pasa al diástole fruitivo y «místico» que entreabre y expande el corazón, y cargando así la dínamo interior, otra vez crispa emprendedoramente el ser. Este es el juego de nuestras energías: contraer y dilatarse, contraer y dilatarse, como una víscera.

* * *

¡Cuidado! No se trata de ninguna «mística del éxito» más, como las que andan por ahí. Al revés.

Se trata de generosidad de esfuerzo, no de ansia de victoria. Quiero salir al paso de una objeción capital a que las líneas anteriores podrían fácilmente inducir: el «estar en tensión», el querer superarse en lo terreno, no significa forzosamente afán de triunfo, codicia de dominio y de que nos salgan bien las cosas, como en el hombre instintivo. El seglar es el ser que encuentra el «resorte» de su vida espiritual a través de una actividad y de una preocupación de orden natural, es cierto, pero el logro de sus objetivos, el resultado final a que conducen, que es lo que cuenta para los demás, esos los deja en manos de Dios, los tiene supeditados a El. (Además, y en el simple plano natural, el individuo que ha vivido a fondo y con generosidad su existencia, sus mismos fracasos le dejan en paz: posee la serenidad del que ha dado de sí cuanto podía. Es un rico, porque no ha sido avaro de su persona. A este respecto recuerdo una conversación que tuve con Winston Churchill allá por los años 1927 ó 28, cuando él hacía poco que había dejado de ser ministro de Relaciones Exteriores. En su confidencia me decía que tenía un destino lleno, que por ser un hombre de servicio, o «man of service», y ser un entregado, ya las alzas y bajas de su carrera política no llegaban a afectar el fondo íntimo de su ser. Aquello se me quedó grabado para siempre.)

Lo mismo que en lo espiritual, al cristiano sólo le incumbe el poner en toda acción los rectos medios; después... ¡Dios dirá!, como es la expresión certera. Lo emprendido irá adelante o se desmoronará, el esfuerzo saldrá recompensado por el éxito o será desbaratado por el fracaso; eso no nos debe importar. Hemos hecho nuestras acciones por Dios y para glorificarle: El es quien decide el *resultado*. Por esta remisión, la Cruz, con sus dos trazos de fuego invisible, calcina y anula el instinto más pertinaz y poderoso de nuestra naturaleza: la tristemente célebre «voluntad de poder».

En este lugar es donde, de paso, se aclara también el famoso debate, o la *aporía*, sobre si se debe buscar la instauración del Reino de Cristo en la tierra, puesto que El mismo ha dicho «mi Reino no es de este mundo». Lo que le importa al cristiano es hacer bien aquello que lleva entre manos, hacerlo lo mejor que él sepa. Y este bien-hacer virtuoso por sólo el amor de El, que reemplaza el afán del éxito, es la participación cristiana en la vida y desarrollo de la Ciudad terrena. Porque el imperio de Cristo «no es de este mundo», no por ello se trata de abandonar éste, de retraerse de él, de darse de antemano por vencido, sino simplemente de luchar y crecer y hacer, pero con esa remisión de simple instrumento en el Beneplácito Divino, con esa entrega final a sus «inescrutables designios». El Dios de los Ejércitos es el dador de las victorias y de las derrotas, el repartidor de la fortuna feliz o adversa de nuestras acciones. A nosotros no nos compete más que la «buena voluntad» de nuestro actuar e intentar.

En realidad, la gran libertad del cristiano es su independencia del éxito. Se hacen las cosas para que salgan adelante—para un fracaso no se despliegan energías—; pero por muy legítimas y hasta beneficiosas que creamos nuestras empresas, sabemos que sólo Dios posee la clave verdadera de los seres y de los acontecimientos, sólo El conoce el significado real de lo que somos y hacemos. Por eso somos siempre ante El «siervos inútiles» y es vana nuestra tarea. En esa inclinación suya última está condensada la grandeza espiritual del cristiano. ¡San Ignacio de Loyola decía que si se hundía su amada Compañía le haría un cuarto de hora de oración ante el Sagrario para reponerse del golpe!

Ahora podemos entender cómo es menester plantear la cuestión de nuestra actuación mundana; lo que se pregunta en realidad es si es lícito buscar «el éxito por el éxito», aunque sea para implantar el dominio del Espíritu, y esto, claro, es falso: no podemos poner nuestro empeño únicamente en vencer. Lo que nos está encomendado es esforzarnos y actuar mundanamente, si tal es nuestra vocación—es la de la inmensa mayoría—, con la

máxima inventiva y tenacidad, pero no afanarnos tras la victoria como los que «no tienen esperanzas», *no quererla a toda costa* (1).

Por este desprendimiento final corroboramos la no-mundanidad evangélica.

Hacer algo por Dios, en fin de cuentas, es estar libre, libre de necesitar la victoria como los demás hombres, pero es un hacer..., y de este hacer Dios hace lo que quiere.

* * *

Cierto es que hay ocasiones y temporadas, y hasta existencias enteras, en que toda iniciativa nuestra está aniquilada; estamos copados por todas partes y tan dolorosamente maniatados por las circunstancias, que no hay lugar al menor intento de actividad creadora propia ni de «esculpirse» nada embellecedor y enriquecedor en el entorno de la realidad. Sino que es uno mismo el *clavado*, el amartillado y labrado por el punzante buril del padecer. Es la mano de Dios que se abate sobre nosotros y nos aplasta. No hay sino *besarla*. Es la hora de la *crucifixión*: cuando El quiere de nosotros el abandono y la sumisión totales, únicas..., al estilo «religioso». Entonces sólo la aceptación «pasiva» es nuestra nobleza y nuestra vivificación; sólo el amar en esa condición sacrificial es el supremo crecimiento de nuestra alma en agonía.

Pero las más veces existen siempre resquicios, cuando no horizontes enteros, de libertad —no está uno continuamente o del todo clavado en la Cruz—; esos resquicios y esos horizontes tenemos el deber de aprovecharlos y hasta de suscitarlos. ¿Cuál es la vida que no es capaz de hacerse más valiosa con un poco de voluntad? ¿Quién no puede leer más, conocer más, andar más? ¿Quién no puede de una forma o de otra buscar poesía y esfuerzo? ¿Y traer un poco de imprevisto a su día o de aventura a su semana? ¿Quién no puede tratar de superar su existencia, aunque esté asediado por las horas de oficina o de «Metro», por la falta de dinero y la sobra de prole? Esto no sólo espiritualmente, como es la creencia común, sino *humanamente*... también. (Iba a escribir «sobre todo», pero lo cambié por «prudencia», con el igualitario, aunque ya excesivo, «también»; no vayamos a dar lugar a demasiadas falsas interpretaciones, ¡que ya las habrá sin yo querer!)

Acaso el gusto por la pesca o la numismática, por la historia del siglo IX o por tocar la flauta, o qué sé yo, el hecho es que cualquier interés bonito y sencillo puede darnos la palpitación de un vivir personal a pesar de todo el peso muerto de la terrible cotidianidad. Entonces, por ese pequeño acto de levitación humana, aligeramos y vivificamos nuestro espíritu, le damos como un impulso hacia arriba, que el afán santo de Dios puede aprovechar: nos hemos puesto en *disposición*, sin saberlo, para rebotar hacia El.

Sé de un buen hombre, curtidor de oficio, que toda la semana estaba dedicado a su ruda labor, pero los días de fiesta cogía la mochila y se iba por los montes: en verano escalaba los picos más inasequibles, en invierno recorría en esquí las sierras nevadas, y era uno de nuestros alpinistas más renombrados. Desconozco cuál fué su vida espiritual, pero estoy segura de que si la tuvo sería incomparablemente más lozana y pujante que la de los otros curtidores, que se quedaban apoltronados en sus casas los domingos, aunque a fin de tarde fuesen con sus respectivas esposas a la bendición de la parroquia.

TRIPTICO SALVADOR

En realidad, nuestra mente o consciencia espiritual sólo ha captado el sesgo pasivo y victimal de la Cruz; por ello todas las personas en busca de perfección ansían el *dolor* y el padecimiento como su única corona. Tanto a veces que sus clamores por el sufrir nos resultan empalagosos y lastimeros y, ¿por qué no decirlo?, feminoides en extremo. Y es que hemos pasado por alto el mandato *activo* del esforzarse creador, de la *creación*, que requiere de nosotros, en todo momento, el desarrollar y hacer brotar la vida dentro y fuera de nosotros. Sin embargo, este crear, o sea, la pujanza de *ser* y de ser cada vez más, que es la vida misma de nuestra vida, está también bajo el signo y el imperio de la Cruz, porque es un lanzarse, un arriesgarse, un ofrecerse en resumidas cuentas: entraña en sí mucho esfuerzo y mucho riesgo. Es en su esencia un *buscar positivamente la Cruz*. No un esperarla. No un aguardar que ella venga a nosotros, aunque demos para ello voces gemebundas. Es agrandar nuestro destino de hombre hasta ir a dar contra ella. Y así, ella encuentre unas espaldas y un corazón más hermosos que sacrificar al Padre.

Si Nuestro Señor no hubiese «creado» toda su Doctrina (¡la gran creación!), si no la hubiese repartido entre los hombres, a costa de tanto cansancio y de tanto percance, si no hubiese hecho milagros (¡la gran inventiva!), esos mismos hombres, ciertamente, no le hubieran crucificado y El no habría padecido la Pasión. Ello es evidente.

En la vida de nuestro Salvador tenemos compendiadas e ilustradas todas las formas de ser espiritual o de espiritualidad. Es una secuencia escalonada que nos muestra cómo una forma desemboca en otra.

Tenemos primero a Nazaret: es el quieto *deber* amorosamente cumplido. Pero de esa quietud recoleta nace el dinamismo rebosante de la Vida Pública, con su anuncio de la Buena Nueva, con sus portentos y sus grandes caminatas. ¡Esta es la época creacional! La que rompe el marco recibido, lo desborda y se lanza hacia fuera, a la intemperie, a la inseguridad y las penalidades: es el tiempo en que «el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza». Para culminar en la tragedia capital y divina de la Pasión y de la Cruz. Este tríptico es una especie de *crescendo* dialéctico que en cualquiera de sus fases basta para santificar a un alma.

Con esta instantánea «panorámica» y evolutiva, quiero sólo significar que la exigencia activa de creación, de aumento de ser en todas las capas y ámbitos de nuestra existencia, que gravita sobre cada uno de nosotros, *tiene su prototipo y su ejemplaridad en la vida apostólica de Nuestro Señor*.

Si bien es lo más frecuente que nuestros devotos sean sólo sensibles a la modalidad espiritual, representada por Nazaret, la sumisa del acatamiento a la situación en la que la Providencia nos ha colocado, y en la que nos encontramos existiendo: la del círculo familiar, que nos lleva y nos oprime a un tiempo, y la de la cadena de quehaceres inmediatos a que nos dedicamos como instintivamente conducidos y que también soportan y circunscriben nuestra existencia. Y de esta actitud aceptante menor, podría decirse, pasan a la otra gran aceptación del Dolor; de las pequeñas «cruces» diarias pasan a la gran Cruz final de la Pasión. Van directamente de Nazaret al Gólgota. De unas sumisiones a otra Sumisión. No vislumbran para nada la apremiante demanda de *creación* que está insita en nuestro ser y que nos exige constante actividad «activa» de afirmación personal, y no sólo «pasiva» de transmutación sobrenatural de aquello que nos duele o nos fastidia.

Al verles y oírles parece enteramente como si la vida espiritual sólo consistiese en *recibir* bien lo que el día y su acontecer nos envía, y no buscar y suscitar pluses y riquezas nuevos; seríamos, según ellos, como un boxeador cuyo arte consistiera únicamente en saber «encajar» los puñetazos del otro y en no darlos él también. Y la vida es esto: lucha y lucha sin cuartel—es un cuerpo a cuerpo feroz y dulcísimo, si es bien llevado—: o asestamos golpes o nos los asestan, y cuando no estamos «recibiendo» debemos estar «dando», es decir, creando. Por eso al cristiano no le basta con «ser bueno» y después dormitar dulcemente, disfrutando de su buena conciencia—¡cuántas veces parece enteramente como si el ser «bueno» otorgase el derecho de ser nulo!—, sino que debe estar vigilante y despierto, en afán de «ser más» en todas las direcciones.

La quietud y el acatamiento nazarenos no están ahí más que para enfocar con máxima fecundidad y rectitud el despliegue esforzado de nuestra creatividad. Esta no viene a quitar «ni un yod ni un ápice», sino a «completar». Así, el que no acata y cumple primero lo debido no podrá volar a todas las lejanías y capacidades de su alma. Puede decirse, en una visión total de la vida del alma, que Nazaret es preparación y concentración para el lanzamiento a la Vida Pública, a la arriesgada Vida del Anuncio. Y ésta, a su vez, es en sus



(1) Primero, al dar una importancia indebida al triunfo—en sí—de nuestros planes, demostramos la debilidad de nuestra vida de fe, de nuestro sentido sobrenatural, así como, humanamente hablando, de carencia de «alegre» y caballeresco «sentido deportivo». Y segundo, al estar poseídos por semejante ansia, somos muy propensos a faltar a la rectitud de los *medios*. La bondad y eficacia de la acción, estando colocadas en el éxito, fácilmente desplazamos, en nuestra conciencia, la preocupación por la pulcritud de éstos a un segundo término, cuando deberían ser el objeto de nuestro máximo esmero, pues son nuestra «gloria». Y así se hacen trampas y trampillas, ¡con tal de que triunfe «la buena causa»! O sea, llegamos a la perversión del actuar cristiano. En un creyente que se precie de su catolicismo, esto es muy grave.

fases postreras la que atrae a sí incoerciblemente la apoteosis final de la Tragedia. Los riesgos *buscados* y arrostrados se condensaron, como altas nubes negras, hasta que la muerte, rayo fulminador, *consuma* el *sacrificio* de la persona.

EL PENSAR RELIGIOSO DEL SEGLAR

Es evidente que el arte de «teologar», de hacer labor intelectual religiosa para un modesto laico no puede consistir en repetir, con más o menos fortuna y unción, lo que un sacerdote podría decir con mucho más fundamento y dignidad, sino en expresar lo que únicamente él, en este campo de la expresión sobrenatural, puede decir y que por lo mismo está fuera del alcance del sacerdote.

Por desgracia, se toman con harta facilidad por manifestaciones de espiritualidad seglar las de un laico que trata de hacer las mismas doctas disquisiciones moral-piadoso-teológicas que un señor revestido del hábito talar, o que se dedica a escribir versitos lánguidos estilo monjil. Ello es un craso error. Seglar no es la manifestación de un seglar, sino lo que éste manifiesta con *carácter seglar*. La labor intelectual religiosa de un alma, de cualquier alma, consiste en realidad *en dar expresión a lo que es su propia manera de ser religioso*, en dar voz a su propia faena divinizadora. (Sea de un modo más cercano y caluroso, sea de un modo más remoto e indirecto, todo lo que emita un cristiano «de cuerpo entero» será, en el fondo, búsqueda de Dios, amor de El.) De ahí que lo que expresemos los seglares no pueda parecerse ni a lo que diga un ministro del Señor ni a lo que suspire una monjita de clausura: tendrá, por fuerza, su sello y forma «seglares».

En el laico su urgencia santa le exige el religar, el hacer constantes actos de religación; su misma manipulación de la «tierra» en que está metido le empuja (al estar habitado por el Espíritu) a unirla y a enlazarla con el Cielo, le fuerza de continuo—su incansable «trabajo»—a atar los dos cabos de lo profano y de lo religioso, que tienen inveterada tendencia a soltarse. Pero esto sólo lo puede hacer apresando y expresando tanto de lo que lleva entre manos aquí abajo como de lo que ha penetrado en él del Arriba celeste. El suyo es un mensaje con dos caras, en el que se equilibra el padecimiento de la verdad humana con el de la Verdad Divina. En el que se accede a ésta a través de la primera.

Ni el fiel puede hablar como el cura, ni el cura como el fiel. Cada uno tiene su módulo y cometido singular, porque cada uno ha sido destinado a una «zona» o mundo de realidad religiosa dispar; mundo, realidad de los cuales les debe dar cuenta. Unicamente en esta diversificación será veraz y fructífero el mensaje del laico.

Pero he aquí que aparecen sobre el escenario de la página blanca dos personajes o personajillos estrambóticos, que nos explicarán todo mucho mejor a través de sí mismos: son el Can Perdiguero y el Sacerdotiso.

El Can Perdiguero.—Si me preguntasen por una imagen que definiese la función del seglar en tanto que hombre que piensa sobre temas religiosos, en tanto que «teólogo», yo diría que es... ¡un can perdiguero! Como él, corretea de aquí para allá, delante de su amo (el teólogo), hocico al viento o en tierra, olfateando olores y pistas invisibles, y luego, de vez en cuando, con la lengua fuera, jadeante, sudoroso, se para y mira hacia atrás, hacia el amo, para saber si está contento, si puede seguir... El can-seglar es el que está a ras del suelo de las realidades inmediatas y cotidianas. Es el que descubre y levanta la caza, para que el cazador-teólogo—ese grandullón que sobresale tan alto por encima del rastrojo dorado, de las zarzas y matorrales enredosos y punzantes—, después con su escopeta mortífera, deje las piezas tendidas, patitiesas, sin vida; es decir, las mate y remate con una buena perdigonada de silogismos sucintos y sin respuesta.

El seglar, para mí, es el descubridor de los temas candentes, es el que alza el presente ante los ojos, como un ave o una liebre despavorida que, igual que éstos, se quiere escapar con su secreto.

El seglar es el que revela los problemas que necesitan ser especialmente ahondados, esclarecidos y puestos en su punto por los teólogos, porque son los que estremecen la conciencia del día.

El seglar tiene la primera palabra, mientras que el teólogo la última, la definitiva y sin respuesta. La del primero es palabra trémula, descubridora, palpitando con la sorpresa de lo recién encontrado y que no se sabe bien cómo es todavía. Palabra tanteadora, olfateadora. Palabra sugerente, no matemática, no irrevocable. Mientras que la del teólogo es precisa, es exacta; confiere la fijeza de lo muerto, de lo que ya no se puede menear racionalmente. De lo que ya está liquidado por eternizado. El seglar descubre y «empieza» un tema; el teólogo lo acaba y despacha. Y así se avanza...

En realidad, el uno es el complemento del otro. Ninguno puede desoír al otro; sin riesgo de descarriarse el seglar y sin riesgo de estancarse y anquilosarse el teólogo. Los dos juntos y compenetrados forman el *pensamiento vivo* cristiano. Es la extraña división del trabajo, hallada en el Evangelio, de «uno es el que siembra y otro el que siega»; sin ambos no hay cosecha. Se nos predica sobre todos los tonos el acatamiento a las enseñanzas del Magisterio: ¡claro, sin él no seríamos católicos! Pero sin la escucha, sin el oído atento del teólogo a la voz del seglar intelectual, la seguridad doctrinal de aquél queda sin fecundidad. Eso también es capital y, sin embargo, es una realidad de la cual se habla mucho menos.

La compenetración, el sentido de equipo entre los dos, es de seguro una imprescindible necesidad para una pujante y óptima labor mental religiosa (1).



Ahora, ¿qué pasará, me pregunto, el día en que el intelectual descubra a Dios de nuevo como tema técnico? Ya mis clasificaciones se bambolean y no veo claro.

Recuerdo una conversación graciosísima que tuve el verano pasado en una playa muy concurrida. Habíase celebrado un congreso internacional—como en toda playa que se respeta—y se hallaban reunidas gentes eminentes de diversos puntos de Europa. El último día, como siempre cuando se ha hablado mucho del espíritu, hubo un gran banquete, al cual fuí invitada no sé bien por qué. A mi derecha tenía un noble extranjero y a mi izquierda al presidente del Náutico del lugar. El primero estuvo contando sus relaciones amistosas con un obispo de su país, así como las cosas que se dijeron mutuamente. Algo de este relato debió de extrañar al presidente—sin duda nunca se hubiera atrevido a decir las mismas cosas a su obispo—, porque me susurró en voz baja, acentuando la palabra «no»:

«—Ese señor *no* es católico, ¿verdad?

—¡Cómo!—le contesté en el mismo tono—. ¡Si es un intelectual católico muy notable allende las fronteras!

—¡Ah!»

Al poco rato el escritor galo—¡de Francia tenía que ser!—me refería que había estudiado Teología y que, además de sus otras profesiones y títulos, era doctor en dicha ciencia. Me volví como una flecha al presidente y le dije:

«—¿Ve usted? ¡Si es doctor en Teología!

—¡¡¡...!!!»

La cara del buen señor era todo un poema: todos sus principios y ecuaciones yacían por los suelos.

Pero a todo esto continuó el buen francés diciendo:

«—Sí, antiguamente era una carrera que se estudiaba como otra cualquiera. Hoy día en París somos unos catorce seglares los que ostentamos el título de doctor en Teología.»

Ya no fué sólo el presidente del Náutico quien quedó hecho polvo, sino yo misma: también mis principios y ecuaciones se habían desmoronado, pues me era difícil captar cómo un laico puede ser un teólogo «profesional», esto es, quedarse puro de todo diletantismo al adentrarse en la silogística ciencia. Por más que ahí estuvo siempre la falange antigua de los Tertuliano, Orígenes, su discípulo Dídimo el Ciego, y hasta un canonizado: San Justino, para confundir más mis prejuicios y darme el *mentís*. Sin embargo, el remate de la contradicción me lo proporciona la señora esa germana a quien el año pasado le fué impuesto el birrete de «teóloga» en la Universidad de Munich por el famoso Michael Schmaus. ¡Toda una «Frau Doktor» angélica! No quiero ni pensar en la integridad y seriedad de su dedicación.

¡Que otros entiendan este problema! Lo único que me pregunto es: ¿Qué pasará en el futuro cuando nos encontremos con cuestiones espinosas y de enojosa solución? Ya no podremos escurrir el bulto con la frase tan socorrida de «Doctores tiene la Iglesia»..., ¡si nosotros somos también «doctores»!

* * *

Los Sacerdotisos.—Segundo punto: los «sacerdotisos» o «vice-curas», como les he oído nombrar por ahí.

Porque existen diversas maneras de no ser un seglar auténtico. La beatería no es la única deformación posible. Esta puede ocurrir tanto por falta como por exceso, tanto por insuficiencia como por superabundancia. Y lo mismo que los beatos, por su piedad almibarada, besucona, infantil y sin sentido crítico, no alcanzan la línea mínima de la seglaridad, así existe también la especie de los que sobresalen por encima de la línea máxima, de los que, como se dice vulgarmente, se pasan de rosca. Estos lo conocen todo, lo dirigen todo, lo enseñan todo en cuanto a materia eclesiástica se refiere. Saben tanto o más que cualquier sacerdote. ¡Sólo les falta la tonsura canónica!

He conocido a varios de ellos. Y de ellas también.

Tenía una amiga de gran talento y piedad; recuerdo que le solía decir, entre cariñosa y admirativa, que ella era «une grand prêtresse». No le disgustaba el apelativo. En efecto, le iba como un guante. Si no hubiese sido cristiana y del siglo XX, hubiese hecho un papel formidable en el templo de Minerva o de Artemis la Grande.

Por ello, me creo que el apelativo que he impuesto a este tipo de laicos no es tan desacertado: forma «pendant», en su oposición, con el de «beato». Con él aumentamos la fauna catalogada y clasificada de los seres «peligrosamente» dedicados al cultivo del alma. Hoy día, en que el laicado está tomando vuelos y que los simples fieles empiezan a darse aires de importancia, esto de los «sacerdotisos» surge más de una vez. Lo malo es que se los toma por el ejemplo mismo de lo seglar en sí, cuando, de hecho, representan una deformación suya.

La particularidad que señala a estos levíticos, a estos vice-curas, es su conocimiento a fondo de todos los temas relacionados con el culto y la religión, pero con un acento unilateral. Están sorprendentemente enterados

(1) Por ello, cuando quedan separados, como dos mundos extraños y sin relación entre sí, se acusa una situación de esterilidad grande. No hace mucho, un monje de altura—además de místico es Provincial—me relataba la visita que hicieron, unos años ha, él y el mejor cerebro de la Orden—un genio teológico, según decían—a un personaje principal de las letras, un pensador de «formas» católicas y paganas. El «maestro» los recibió con su cortesía y afabilidad renombradas, pero reconocía con sencillez el buen faile que, «ya fuese por la formación totalmente distinta, ya por la técnica mental tan específica recibida, o por lo que fuere», el hecho es que no se entendieron en absoluto y no hubo posibilidad de diálogo entre ellos. Eso que el «maestro» era un «clásico», que si llega a ser un «moderno»..., supongo que ni se hubiesen visitado.

Y estamos así: los canes sabemos que tenemos amos, pero no los conocemos, y éstos no nos conocen tampoco a nosotros, pero además se figuran que pueden cazar sin canes. Lo malo es que así acaban tirando al blanco.

de los detalles más «profesionales», más nimiamente técnicos, y, en cambio, se hallan desprovistos del contrapeso de alguna «pasión» terrena y natural. No están afincados, especialmente y con vocación, en nada de este humano y abigarrado suelo—aunque a veces entiendan de él—, sino que lo religioso les ha absorbido y preso total y vehementemente para sí. O sea, que su faena instructiva—enseñante o ilustrante—no conocerá el esfuerzo, el «drama» y el deleite de la conjugación, de la armonización de algo de acá—sea ello un saber, una afición, una profesión, un talento o un amor—hondamente vivido con el Allá divino. No «religarán» nada el oficio laico esencial.

Si va uno a ver todo lo que hacen de lo nuestro, connatural, elemental, este tipo de personas, no lo hacen espontáneamente, sino por reflexión: si bailan, si fuman, si flirtean, si se dejan crecer el bigote, si se casan, nó es nunca algo instintivo que les sale de dentro porque sí—porque se lo pide su cuerpo sandunguero—, sino que es fruto de una cavilación, de una *teoría*. Por creer que a su estado *conviene* el tener éxito con las chicas o el fundar familia. A decir verdad, son unos falsos humanos. Debido a esto no pueden ser nunca unos auténticos y plenos seglares.

Su «seglaridad», diríamos, cobra por ello el sesgo perteneciente al cura de almas—dejando aparte los poderes y la eminencia de éste, qu son de otra esfera—, su modo de mirar y entender las cosas y criaturas haciéndose parecido al de éste. La suya es mirada de «dirigente», no de «participante». Esta mirada supervisadora—de director de escena, no de pobre actor sudando y padeciendo su papel—está justificada en el sacerdote por el «gran precio» que pagó, por la lucha y la inmolación más altas a que se entregó, pero de las cuales están justamente carentes estos imitadores suyos. De ahí la debilidad suya, su falsedad inherente.

Este es el *quid*. Por regla general, estos *pseudo* o *cuasi*-sacerdotes son consecuencia de un fallo, son hijos de una frustración: ¡no alcanzaron la entrega superior y se quedaron entre dos aguas! Ni flotaron a la superficie de la naturalidad ni se hundieron en los abisbos desconocidos de la renuncia. Se instalaron en lo Divino, pero sin sumergirse en El. No llegaron al sacrificio de sí, pero tampoco fueron sencilla y primigeniamente humanos. Espiritualmente son de raza indefinida. «Ni carne ni pescado.»

Así es como estos super-seglares, estos seglares «de luxe», estos «modelo especial», si se escarba un poco, son casi siempre unos clérigos o unas monjas fallidos. (Claro, esto no va para mi amiga; ahí el único de culpar es San Pablo con sus prohibiciones misógino-intempestivas—el ser «gloria del varón», está visto, no lleva lejos—. Ella era, y es en la actualidad, una personalidad altamente lograda. A pesar del leve contratiempo de ser mujer (1). Este tipo de «sacerdotisos», al quedarse en simples fieles, «fermentaron», como el mosto retenido, y desorbitaron su papel; fueron presos de una «seglaritis» aguda. Se volvieron unos férvidos, unos exacerbados seglares (2).

Esta ósmosis singular, esta estrecha interrelación entre ambos estados, es una justificación más de mi teoría sobre la unidad radical de la espiritualidad que enlaza al fiel con su pastor. El que el laico que exagera y desvaríe tome sus rasgos e «imite» en cierta manera a su ministro, y por esta misma imitación parezca alcanzar el summum de la seglaridad, es buena prueba de que ésta es, como tal, inherente a los dos. O sea, de que espiritualmente estamos «en familia».



---

(1) Ni tampoco va para los que, «equivocados», «ensayaron» y tuvieron que «salirse» al darse cuenta de su verdadera vocación. Conozco seglares espléndidos que fueron en su tiempo seminaristas o novicios, madres de familia ejemplares y felices que abandonaron el claustro. El ser seglar de veras es también una vocación. Todo es vocación. Bernanos decía: «Tout est grâce.» Por eso me fastidia sobremanera la opinión corriente de que estos seres que cambiaron en su hora de rumbo místico sean a la fuerza unos fallidos y desencajados.

(2) Lo que ocurre con los seres ocurre con los actos. Una cosa es religar y otra estar falto de valentía. Una cosa es unir y enlazar por vocación y otra no atreverse a comprometerse, no atreverse a escoger «la mejor parte» (a la que uno ha sido llamado), y por ello buscar componendas y equilibrios, que pueden a primera vista parecer «muy seglares», pero que en el fondo son el resultado de una tremenda abdicación. Las acciones—y los pensamientos—que nacen de una u otra postura no son de confundir. Lo que en el uno es una auténtica religación, en el otro puede ser un arreglo miserable, una transigencia cobarde. Un engañarse propio casi mefistofélico. Lo que en uno es un acto espiritual puro, limpio, positivo, en el otro tiene doble fondo: es una «salida», una «excusa».

PLENITUD

Por LILI ALVAREZ

«No puede ser deshonroso un juego en el que la cara se ilumina de alegría cuando el tiempo se aclara, cuando el sol sale, cuando el viento se calma», dice Jean Giraudoux en «El deporte», máximas a las que sirve de estudio preliminar este libro de Lilí Alvarez, «Plenitud». Y realmente parece que con el título abarca ya la genial deportista ese concepto de totalidad ante la vida sana y deportiva, esa comunicación con los dones de la naturaleza, auxiliares perfectos del deportista. Sólo el labrador y él piensan constantemente en el tiempo, en sus gracias y en sus rigores. Para quien salta, para quien corre, para quien juega, como para el que ara, para el que trilla, para el que siembra, la lluvia y el viento, o el frío y la nieve, o el calor y el sol, tienen una importancia primitiva y maravillosa. Nadie mejor que un deportista de la talla de Lilí Alvarez, además, para poner su comentario sobre unas máximas llenas de sentido y de estímulo. Como una estupenda aria a dos voces, este libro nos devuelve a la gracia natural y prístina del hombre en lucha superadora con hermosas resistencias buscadas por caminos de casi heroica voluntad.

EL HOMBRE

La finura interna de que carece el oxígeno del mundo deportivo proviene precisamente de no ser consciente el deportista de las verdades humanas del deporte, y esto porque no ha sido destacado ni realzado ante sus ojos lo que ocurre en el que juega y se esfuerza.

Se puede decir que el deportista es el hombre que más se desconoce a sí mismo. Es más: se ignora. Está vertido, vaciado hacia afuera. Pero no hacia la luz, el aire, el horizonte; no hacia la amplitud que le rodea, sino hacia un punto particularísimo, determinadísimo; hacia una cosa, un gesto, un truco, un modo de hacer algo. Es un hombre ocupado, preocupado con tecnicismos, fastidiado y hasta a veces malhumorado. Y no gozador de bellezas y dichas.

¿Has escuchado, amigo lector, alguna vez la conversación de dos jugadores de *golf*? Se pasan horas discutiendo la manera de subir el palo sobre el hombro derecho, o la posición de los dedos meñiques al cogerlo. Esto mismo ocurre con los practicantes de cualquier otro juego o ejercicio. Son técnicos absortos en sus tecnicismos. Y el deportista es un especialista más en la máquina social.

No un ser vivo en el mundo, que ha conquistado y señorea.

El ámbito de su interés es estrechísimo, nimio; ignora que pisa un universo nuevo, que tiene un vivir distinto y más dichoso que el de los demás seres. Este hijo del espacio, este rey de la velocidad y del movimiento, este conquistador de una nueva libertad, tiene contradictoriamente su atención y su interés absorbidos, presos, dominados por algo reducidísimo, limitadísimo.

En vez de ser rey, es esclavo.

Al no fijar su atención en lo que ocurre en sí mismo, no es tampoco consciente de la otra exterioridad, la de la belleza circundante. En cambio, si entrase en sí—dejando de tener la mente y las narices pegadas a su inmediatísima actividad—, tomaría distancia y su visión ganaría en perspectiva; entonces podría percatarse de ese entorno encantador y hermoso que es su dominio propio, que lo envuelve, sostiene y acaricia como un renovado paraíso. Bien mirado, el deportista es un nuevo Adán a quien Dios, por segunda vez, regaló la Creación.

La tierra está extendida como una gran bestia domada, para ser pisada por sus pies; con sus bosques, sus llanuras y sus montes majestuosos. Las noches de verano, el deportista duerme sobre su suelo con confianza de hijo, cara a las estrellas que le llaman y sonríen misteriosamente; o en el invierno, sobre la paja de las cabañas perdidas en el silencio blanco de la alta montaña. Los torrentes, los laguitos alpestres, los mismos mares, son sus amigos, a los que pide rápidas y frías caricias.

O sencillamente, cuando salta más ligeramente que nadie o se zambulle con gracia de bailarina. ¡Es el hombre de la libertad! ¡Así le hizo su cuerpo! Este hombre no se parece, no puede ser igual al Sedentario, preso entre las paredes de su cuarto y de sus costumbres. Forzosamente, su ser es otro.

LA EXISTENCIA

La existencia de este personaje, que parece regresar al mito, a lo mítico, es la que tenemos que tener presente cuando hablamos del *Deportista*.

Recuerdo que en uno de esos veranos míos de peregrinación solitaria, con la mochila en la espalda y el gran sombrero de paja, una mañana azul vibrante de agosto, en la región más alta y apartada de Mallorca, la Isla de la Felicidad y de la Calma, me encontré en las cercanías de Lluch con un colega inesperado; apareció en la carretera un ciclista típico, de esos que parecen estar siempre dando la vuelta a España, con sus grandes gafas sobre la frente, las cámaras cruzadas sobre el pecho, los pantalones bombachos que solemos usar en invierno para esquiar y la expresión fiera, concentrada y cándida a la vez del auténtico devorador de kilómetros. Me preguntó si estábamos en Lluch. Le contesté que sí. Por el acento me di cuenta de que no era de por allí y le interrogué:

—¿De dónde viene usted?

—De Bilbao—me contestó.

—¿Y ha venido en bicicleta desde allí?—le dije con admiración.

—¡No; me embarqué en Barcelona para venir a Palma!

—¡¡¡...!!!

El hombre tenía razón. Llega un momento en que todo parece factible, asequible por nuestras propias fuerzas; pero como le hice observar, pasado mi primer asombro, hasta el mismo San Pedro hubiese tenido dificultad para andar en bicicleta sobre las olas.

Esto pareció consolarle un poco.

* * *

Y si el *Espacio* del deportista es distinto, también lo es su *Tiempo*.

No hay más que reflexionar en lo que es *un día* de un excursionista o *unos instantes* de un atleta.

¡Qué día ese tan grande, diríamos, tan gigantesco y dilatado para el que se levanta, horas antes del amanecer a veces, cuando la tierra duerme y es aún un secreto, y anda sobre ella desde su despertar al beso tibio y lento de la luz, que es ternura, que se difunde en sus valles, en las copas de sus árboles. Y anda, y anda aspirando esa gloria fúlgica que el gran sol vierte sobre el universo mundo, y anda hasta que se hunde la bola de fuego en un mar con transparencias de llama, que invaden lentamente los verdes pálidos y las violetas... Ese día inmenso, el hombre puede decir que lo ha vivido *con la tierra*. Es un día como son los días de verdad, un día como lo vivían los hombres al principio de la creación. Y no como los hemos descuartizado ahora, reduciéndolos a un montoncito de horas y medias horas absurdas.

Antes, el sol era nuestro reloj; ahora, el reloj es nuestro sol. El sol que adoramos, que servimos portista).

Esta amplitud se transforma en el atleta, en el unidad los instantes fugitivos, que hace que el día sea *un día* y no unas cuantas horas; esta forma del tiempo es la que goza el deportista, sea éste excursionista, alpinista, esquiador, vagabundo o peregrino (no sé hasta qué punto estos dos últimos son deportistas, pero sí sé que el que no es en cierto grado estas dos cosas, no es plenamente deportista.

Esta amplitud se transforma en el atleta, en el especialista de cualquier ejercicio en que no se trate del andar por campos y montes y de respirar la belleza extendida en un momento, en *un instante* fulgurante y dramático.

Dentro del marco de unas horas, una o dos en general, el momento específico del atleta es cuando le toca el hacer, cuando se enfrenta con su acción: ese milésimo de segundo—¿no están hechos los cronómetros al centésimo?—que se llena y rebosa de vida y de palpitación, que es como un rayo intensísimo que entra y pasa por todos los poros, los músculos, los nervios del ser entero y deja a veces una estela como un recuerdo suave, cuando se ha conseguido un buen *drive*, cuando el encuentro entre la pelota y la raqueta se hizo con perfección inspirada.

Este hacer que se supera, este «gusto» que se siente entonces, lo conocen todos: el futbolista al meter un gol cuándo y cómo él quería, el que corre los cien metros al volar en su último *sprint*, el que aplasta la nariz del adversario, etc. Todos saben y sienten que han logrado su gesto antes incluso de conocer el resultado, porque percibieron la misma gracia, la misma perfección del acto.

Ese instante, ese milésimo de segundo, también es inmenso. Se amplifica y crece como una onda sonora.

EL DEPORTE Y EL ARTISTA

El artista también siente lo mismo cuando la inspiración le da alas; pero en el caso del deportista, la voluptuosidad, la satisfacción, tiene otro carácter: es sensación de una perfección más extensa y espacial, es de nuestro cuerpo entero; es un orgullo físico el que así despierta y levanta nuestra alegría.

Y nos llena de soberana confianza, porque los lindes de nuestro ser, esa carne y esos músculos, se han transmutado y lucen y refulgen de vida. Nuestro cuerpo ya no es un lastre, una masa inerte que arrastramos, una contradicción permanente al espíritu ingrávido y llameante. Esta es la despejada felicidad del atleta; no siente contención ni contradicción a su triunfo, porque ha vencido a la misma materia, a ese ciego bloque de pesadumbre y gravitante limitación que nos aprisiona. Es un ser triunfante y victorioso. Su triunfo es apolíneo, sin trabas. Signo de liberación que se extiende a todo lo vivido.

Como el mozo que ha escalado hasta la cima de la cucaña, se siente el amo de la feria del mundo.

* * *

No en vano asocian la figura del atleta a Grecia y a su culto de la belleza física. Se equivocan los que consideran esta admiración antigua, no ya

materialista—como lo es la actual, embriagada ante todo de cifras y récords—, sino simplemente esteticista; lo que el griego presentía, creo yo, lo que sin duda Sócrates amó en Alcibíades, era este vivir soberano, esta plenitud interna que lleva en sí como una corona escondida, el que ha dilatado su poderío físico y que resplandece en la gracia de sus movimientos; el atleta tiene un paso áureo, pisa la tierra como un joven dios. El atleta *completo*, no el que corre Penthatlon, sino el que vive por dentro su gloria externa:

«*Der dar Tiefste gedacht, das Lebendigste liebt*» («El que ha pensado lo más hondo, ama lo más vivo»).

En cambio, el genio creador, la mayor parte de las veces, al salir de sus trances inspirados, tiene que luchar acaso con un cuerpo débil o desgraciado, con una realidad contraria hasta en él mismo. Lo que él siente en su alma está contradicho por su cuerpo o por su ambiente o circunstancia. Casi todo hombre robusto y físicamente hábil es de carácter jovial y confiado; mientras que, con frecuencia, el hombre de talento es un amargado.

En este punto percibimos la diferencia entre la poesía del poeta y la del deportista.

Si éste *supiese*, si su conciencia abriese las puertas de su sensibilidad, hasta podría ser un nuevo poeta, pues lo que éste siente y percibe estáticamente, el deportista lo vive con una sensibilidad de un orden muy distinto, lo vive dinámicamente, participa de ello con todo su ser. Tiene lo que falta a la mayoría de los poetas; su mismo vivir es poético, su misma actividad está inmersa en poesía. ¡No olvidemos que es de la nueva raza de los hijos de la Tierra!

Mientras que la sensibilidad sedentaria—¡cosa extrañísima!—hace que el Poeta sea casi siempre un *platónico*, sienta un mundo ideal, pero alejado de él; el atleta lo tiene y percibe en toda su cercanía e inmediatez; lo palpa y respira..., es suyo.

BAJO EL SIGNO DE LA BELLEZA

En realidad, la advocación profunda del Deportista es la Belleza.

Ya *en sí*, en su propia disposición física:

Ligereza, presteza, agilidad, flexibilidad, robustez, destreza, significan armonía y equilibrio de miembros y cuerpo, su máxima perfección.

Y *en su exterior:*

Al jugar y expansionarse entra en contacto con el «cósmico contorno», con parte o la integridad de la belleza natural del universo.

El deportista que tiene dos dedos de sensibilidad siente esta su relación íntima con lo estético, percibe que su dominio es el de lo bello y hermoso. Y que puede dilatar en él su vida con anhelo superior.

AL PIE DE LAS CUMBRES

Y también puede el deportista ir más allá de la poesía—el más allá incluye siempre el más acá—, puede llegar hasta el amor de Dios. ¡San Francisco y el cántico *A messer lo frate sole* han sido para mi la suprema expresión deportiva!

«*E ello e bellu e radiante con grande esplendore; de te, Altissimo, porta significatione.*»

La misma ascesis natural del deportista, su liberación de las vulgaridades cotidianas, le llevan al pie de las cumbres del don divino; no falta más que el impulso de la gracia, ¡y el mundo entero canta las alabanzas del Señor!

Por eso es injusta la acusación de Giraudoux de que los deportistas carecemos de santos patronos, cuando casi todos los santos han tenido en los labios el himno enamorado al Creador y a la Creación. Independientemente del Poverello de Asís y de la gran tradición franciscana, el cristianismo ha poseído siempre el sentimiento más exquisito y solar de la naturaleza; su sentido poético de ella sobrepuja el de toda otra poesía.

En España pensemos en nuestro San Juan de la Cruz, que se escondía en los huertos de Segovia y de la Peñuela para hacer oración al alborear el día. A nuestro San Isidro Labrador, ¿qué le llevó al dulce amar divino sino sus campos y mieses, su mismo labrar en la tierra del Señor? Y San Fructuoso, que se descalzaba por el puro gozo de sentirse más en contacto con ella. Fuera, recordemos a Ruysbroeck el Admirable, que cavaba con una mano y con la otra tenía su rosario; a San Bernardo, el gran Abad de Occidente, que pudo hasta decir que «había aprendido más entre las encinas que entre los hombres». Al beato Giovanni Colombini, que prendía en su sayal margaritas y hierbas estoques. A San Lonomar, que había salvado con el poder de su palabra una corza de una manada de lobos, y antes de soltarla y devolverla a sus bosques, «la acarició durante dos horas», dicen las Actas.

Y así, nunca se acabaría de citar los rasgos luminosos y enternecedores de las transparentes, de las predestinadas bodas de la naturaleza y del amor de Dios. Esto, sin hacer mención de las maravillas del Antiguo Testamento.

Porque el hombre fué primero cazador, después labrador... y ahora deportista. Son los tres cuya actividad está ligada a la naturaleza. ¡Y el que de ellos sea santo, será el que mejor y más luminosamente la haya sentido!

Por eso sé que de todos los quehaceres del hombre actual, el deporte es el que más—por no decir el único—le hace andar en las fragantes cercanías de lo divino. Por eso también me sonrío siempre cuando buenas gentes «comprensivas» me dicen, con una inclinación de cabeza, indulgente: «Sí, el deporte no es malo.» ¿Cómo explicarles todo esto? ¿Cómo decirles que lleva a Dios?

FILOSOFIA DEPORTIVA

Esta exaltación, este embellecimiento (un poco ditirámbico) de la existencia del deportista (ideal), proviene, a mi humilde sentir, de dos papeles importantísimos, de dos funciones poco vistas, pero primordiales de *lo físico* en esa mágica alquimia de nuestro existir.

Retrocedamos:

Porque los deportistas han olvidado que existía un adentro, no saben que el mundo interior es lo único verdaderamente interesante, importante, en nosotros, y que es el centro donde todo viene a parar, donde todo repercute. Es la escondida *fonte do mana* el sortilegio de la vida... *Y donde está el hombre.* No lo saben porque se han olvidado de mirar dentro de sí.



Pero si los deportistas cometen esta falta vital (y con ellos casi todos los hombres modernos), no hay que caer tampoco, al afirmar la primacía del mundo interior sobre el externo y la del espíritu sobre lo físico; no hay que caer, no, en otra ceguera e ignorancia: *no ver la importancia del exterior para el interior,* no ver la esplendorosa ayuda, la dilatación inmensa que lo físico y material puede dar a lo espiritual y divino en nosotros.

Una de las para mí más acertadas máximas de Giraudoux: «El hombre que no sabe correr, saltar, nadar, es un automóvil del que no se hubiese nunca empleado más que la primera velocidad», fué como un rayo que iluminó todo un país ya entrevisto, ya adivinado, y para cuya revelación repentinamente se encuentra maravillosa expresión consciente.

El hombre cabal, completo, es el que posee todas las velocidades del vivir físico, el que anda en directa. Mientras que el ciudadano «normal», el que sólo conoce la «primera», no alcanza la plenitud de su «máquina», cuyo verdadero funcionamiento, liso y fácil, es la «directa». Y para la cual fué construído. La plenitud es nuestro fin; estamos hechos para ella. Y todo lo que es andar por debajo de ella es andar mal, en velocidades sin armonía, parciales.

Y este hombre, físicamente entero, ha de poder dar al espíritu una amplitud y una resonancia nuevas.

«Una Juana de Arco clorótica, y no hubiese habido Juana de Arco.»

Pero no siento esto como mera posibilidad material y física. En la misma medula del sentir, en la misma íntima sustancia del espíritu, es donde este nuevo dominio y libertad físicos harán sentir sus repercusiones. Veo, percibo lo externo como creador, o mejor dicho, como lo que descorre los velos, como lo revelador de lo íntimo.

Pues si el espíritu, mientras estamos en este *lacrimarum valle*, está unido a la materia; si el alma va revestida por el cuerpo, y lo que ocurre al uno afecta indisolublemente al otro, entonces, no cabe duda, el que posea un universo físico más rico y extenso, ese puede manifestar más o mejor su alma. Puede dar más porque puede rehusar, renunciar más u ofrecerse, regalarse más vida.

Si por de fuera el hombre se completa, por dentro se enriquece.

La acción de su alma tiene entonces un carácter, un acento de totalidad que antes no alcanzaba; es como si tuviera un instrumento nuevo con que expresarse.

Lo interior es como la musicalidad del alma, y diría que la poesía y el amor son su canto; esta musicalidad íntima, «callada», que casi nadie escucha, puede tener un medio de expresión de diversa perfección, más o menos variado, más o menos afinado, y así puede desarrollarse, amplificarse, hacerse más variada y compleja *según el instrumento* le permita expresarse. Nuestro ser necesita ventanas, ventanales y puertas, necesita muchas aberturas, porque lo que no tiene salida tampoco tiene entrada. Así, cuando se hizo por primera vez el violín de cinco cuerdas o cuando Juan Sebastián Bach descubrió la orquestación moderna, se pudieron emitir unos tonos y armonías impensados, antes inexpresables, y, por lo tanto, no vividos, no percibidos. Yacían en el fondo del ser como dormidos: el instrumento, lo físico, viene a despertarlos, a llamarlos a la vida; es como aquel príncipe de leyenda que despierta a la Bella Encantada.

Y en verdad, el ser que goza de un cuerpo perfecto, es decir, fuerte—el que dan los deportes—, puede disfrutar y conocer la creación como ninguno. Puede amarla y cantarla como ninguno. Puede reverenciar y adorar a su Creador con nuevas alegrías y dichas del alma, con nuevas cualidades de elevación, deshacerse en maravillosos hacimientos de gracias (1).

Tratemos ahora de explicar la segunda y misteriosa influencia de lo físico en nuestro ser, emparentada con la primera.

Leí una vez una frase que me gustó: «Primero sé hombre y después sé ángel.» Por debajo de esas palabras, como si pudiéramos hacer construcciones arquitectónicas con los pensamientos, añadiría: «Primero sé animal soberano y después serás *otro* hombre.»

Es una cuestión de «bases»: lo mismo que la religiosidad debe primero elevarse sobre una *base* o cimentación humana, rica y generosa—los golpes de pecho, cuando el corazón es angosto y duro, no pueden agradar al Señor de Toda Misericordia; es esa errónea, esa agria y seca religiosidad tétrica la que aleja a tanto hombre bueno—, igualmente conviene a lo humano alzarse sobre una animalidad desarrollada y perfecta, para que consiga su pleno y armonioso rendimiento.

Entendí siempre el deporte, y en general todo lo físico, como base, como fundamento para una vida más rica y más llena en todos los sentidos. Pero hay que colocarlo en su verdadero puesto y jerarquía, no elevarlo a un plano que no es el suyo, a un lugar que no le pertenece, ni tampoco ignorar las cualidades de su «situación»; sus inmensas repercusiones. Es humilde, es «lo último», pero es poderoso en consecuencias.

Es nuestra planta baja, si se quiere; pero sobre la cual se levanta todo el edificio psicológico del individuo. Y así, sobre este cimiento físico más vasto y variado, más vigoroso y libre, el hombre puede desarrollarse, puede crecer de un modo muy distinto en todas sus demás alturas. Puede alcanzar su floración total.

En la base, en el fundamento, está escondido el secreto de toda plenitud.

¡Plenitud! Esa cumbre del desarrollo, propiedad diáfana y solar, rarísima, que poquísimos seres derraman; riqueza y multiplicación del ser que vive en su glorioso y encantado día, porque goza del equilibrio y armonía de todos sus poderes y fuerzas. ¡Plenitud!; esa perfección brota como la cristalina fuente: del suelo.

¿No es de la tierra de donde surgen los jardines y vergeles, las frondosidades y espesuras que adornan y hermosean el universo? ¿Y el hombre

(1) En efecto, si a fe de ortodoxísima doctrina, «las perfecciones invisibles de Dios..., se han hecho visibles... por el conocimiento que de ellas nos dan las criaturas» (Rom., I, 20), es de suponer que la forma y modo de nuestro contacto con éstas sea de máximo influjo en esa misma divina noticia que ellas naturalmente proclaman. Y por ser la relación del deportista con el mundo creado tanto más vasta, compenetrante y armoniosa que la ordinaria (presente), ella entraña en sí la posibilidad de correspondiente riqueza natural visiva o comprensiva de lo sobrenatural.

Y esta natural posibilidad no la consigue, a su vez, más que la mente con rectitud de enfoque. Con plenitud de enfoque. ¡Como es de ver, todo esto nos lleva demasiado lejos!

no fué hecho con un poco de arcilla? Todo desarrollo es ascendente; aunque venga de arriba, tiene que germinar a través de lo bajo.

Así, de esta polvorienta, cenicienta tierra de nuestro cuerpo, crecen los frutos y las flores de nuestro corazón y de nuestro espíritu.

Cuanto más rica la tierra, más hermosa la flor.

PODER DE ARMONIA

Y esta nuestra envoltura física, que, en el concepto de un falso ascetismo—recordemos las viejas disputas del Cuerpo y del Alma—, nos divide y nos rebaja hasta la bestialidad, por este enaltecimiento deportivo que nos levanta a un nuevo reino de posibilidades, a un nuevo universo, posee ahora el poder misterioso y contrario de equilibrar, de armonizar nuestra individualidad.

Por regalarnos el acceso a una existencia más hermosa y plena, este «vestido de camino» posee ahora la virtud opuesta de aunar y conjugar los tres modos de ser nuestros, que solían casi siempre guerrear y desgarrarse entre sí, y que parecían como antagónicos: el corporal, el humano y el espiritual o divino, es decir, propiamente el religioso.

¡Así, a través de este nuevo cuerpo del deportista, alcanzamos la plenitud y el equilibrio y la armonía!

Se explica fácilmente: porque, en cierto modo, para alzarse, este «templo de Dios» ha tenido que purificarse. Antes el cuerpo era tan sólo *concupiscencia* para nosotros, era carne. El trasegaba todos los males al alma. Pero ahora es en el mismo cuerpo donde la carne ha encontrado su enemigo, su potentísimo rival; he nombrado al señor Músculo, ¡y la contienda es ya entre ambos! El deporte es una cierta forma de ascetismo (1).

¡El que antes nos acarreaba el mal, ahora nos puede traer el bien!

Es el Hermano Cuerpo.

EL AUXILIAR

Sin embargo, estas cualidades «espirituales» del deporte existen en tanto en cuanto viva el espíritu mismo. El deporte no lo puede dar, pero sí abrirle camino... y también llevarle por anchurosas y soleadas rutas.

Es tan sólo un espléndido *auxiliar*.

No es más. Pero tampoco es menos.

Cuántas veces, al hablar yo de la limpieza del ser que trae el ejercicio físico noble (o noblemente hecho), me reprochaban y oponían la amoralidad notoria de pueblos dedicados al deporte. La razón era sencilla: habían olvidado, carecían de espíritu; pero si lo hubiesen poseído como en la Edad Media, entonces su deporte les hubiese servido maravillosamente para mejor servir y amar a su Creador.

¿Qué culpa tiene el deporte si en nuestra contienda interna hemos descendido de plano? Si de la alta lucha entre el cuerpo enfangado y el alma divina, o sea, de la materia contra el espíritu, al fallar éste, hemos caído en la mera trivialidad de la guerra al sistema adiposo, y en el mejor de los casos, a nuestra propia pesadez e inhabilidad naturales. ¿Qué culpa tiene el deporte hermoso de que el hombre se haya empequeñecido y desvirtuado? ¿Qué culpa tiene que su alma se halle en «sombras de muerte», en la crasa ignorancia de los bienes del alma? Se acusa al deporte de la paganización de la vida, cuando lo que ha ocurrido es que el rebajamiento de nuestro modo de ser ha echado mano del deporte y se ha apoderado de él. No confundamos el medio con las causas.

DOBLE CAMPEONATO

Aquí descubrimos una vastísima perspectiva, un panorama de sublime verdad, la mayor de las verdades para mí: el deporte, para su auténtico desarrollo, para llegar hasta el fin de sus posibilidades, hasta su florecimiento más espléndido, necesita del espíritu; tan sólo la sensibilidad, la íntima finura, la delicadeza espiritual, pueden engrandecerlo hasta llevarlo a su máximo esplendor; el espíritu sólo puede desentrañar sus sublimidades y sus exquisiteces. Sólo desde el espíritu puede ser el deporte grande, puede cobrar toda su grandeza.

Entonces tendrá alas y será lo que es de veras.

Y transformará el cuerpo en un generoso y riquísimo servidor del alma, y ésta infundirá en el cuerpo dúctil todos sus resplandores.

El Señor lo dijo: «Que tu ojo sea limpio, y todo tu cuerpo será luminoso.» Este cuerpo previamente limpiado, ventilado, oxigenado por el ascetismo deportivo.

Cuanto más exquisita y elevada la sensibilidad, tanto más exquisito y elevado el deporte. Cuanto más burdo el hombre, más burdo será su ejercicio.

Y así, nuestro ejercicio «físico» depende de nuestra alma, porque por ser éste limpio, por ser actividad misma purificadora, no pone trabas al ideal: es como una brecha abierta sobre el infinito.

Nos encontramos así con un segundo elemento en la actividad deportiva, uno que no habíamos visto hasta ahora: el elemento interior y espiritual. Descubrimos que se puede hacer el deporte *bien* y *mal* en dos sentidos: por fuera y por dentro. Ser por fuera un campeón y por dentro, en nuestra sensibilidad, un perfectísimo «chambón». Dije una vez, hablando de esto: «Prefiero al principiante que se da veinte porrazos bajando la nívea pendiente, y cada vez que se levanta o baja dos metros sin caerse, siente la espléndida felicidad del vivir, la pureza del cielo, el color fuego del tronco de los pinos en donde empiezan las ramas; siente la dicha que es el ser sano, tener un cuerpo joven y poder jugar con él bajo la luz del gran sol, al campeón que está fastidiado porque bajó con seis décimas de segundo más que la vez anterior. *Lo que importa es cómo se siente, y no cómo se hace el deporte.*»

Efectivamente, el campeón interior es el que nos hace falta. El campeón desconocido. El que bate un récord que los demás hombres no pueden ver. El campeón que tiene tan sólo dos espectadores: Dios y su propia alma.

El que todos pueden ser, hasta los más torpes.

PLENA MARCHA HUMANA

Esta es la Plenitud, esto es andar en la verdadera y profunda «directa».

Es decir, el «motor» que hace funcionar todas sus «velocidades», todas sus facultades, no ya sólo las físicas, sino las humanas y divinas, todas las del ser, las tres, o mejor dicho, las cuatro, porque la Plenitud—todo armonioso, redondeado, suave—es como la cuarta o «directa»...

Aquí tengo que lanzar mi *credo*, ese credo humano que tenemos todos, cada cual el suyo, anclado, enraizado en las entrañas, y que es como el secreto con que estamos sellados; este credo que en mí grita, grita constantemente, porque casi nunca se ve satisfecho: *Los hombres, cuando andan en una velocidad, no saben andar en las otras.*

Peor: las ignoran. No las quieren ver.

Y creo, con toda la fuerza y vehemencia que dan al alma el dolor y el amor que se albergaron en ella; creo, digo, que no llegamos a ser plenamente, regiamente humanos, más que así viviendo, afirmando en nosotros esas tres dimensiones internas en las que vive y se transforma nuestra conciencia: física, humana y espiritual, pero vistas desde arriba, desde el Espíritu.

¡Cuán pobre, cuán pequeño, por truncado, es el llamado Humanismo, que sólo conoce las dos primeras dimensiones! Le falta la Luz que da toda riqueza y toda honda complejidad al ser, y es toda su bienandanza.

Así, también siento que la más generosa y auténtica espiritualidad afirma, purifica y engrandece los valores espirituales, no se pone de espaldas a ellos. Esta es la espiritualidad que sólo puede reconquistar el mundo. Bajo su americanismo, el Father Charlie de *Siguiendo mi camino* dijo muchas cosas...

El grande, el bello Humanismo del Espíritu es el que necesitamos.

PUNTO DE REFERENCIA IDEAL

Todas estas sublimidades e idealidades, todo este papel grandioso que voy dando al deporte y al deportista, ¡qué exageración te parecerá, amigo lector! Pues mira, todo lo que he dicho es fruto de años de experiencia, de interpretación de experiencia, y, como dije una vez, «sé que es así porque lo he vivido y captado los días claros de mi vida». Si descubro de este modo mis secretos, no es por hacer alarde de pomposas imaginaciones; es porque tan sólo llevando las cosas a sus últimas consecuencias—hasta el absurdo o hasta el infinito—, descubrimos su auténtica trayectoria, su verdadero fin y esencia, la semilla de nácar que tiene encerrada en su azulado fondo. He sido muy atrevida, lo reconozco; me he lanzado por las pendientes más resbaladizas y he querido escalar picos demasiado altivos, sin poseer condiciones para ello; pero ¿no hay que ser deportistas en todos los sentidos? Si no fuésemos un poco *casse-cou*, como dicen los franceses, faltaría la sal de la aventura, el mundo sería muy insulso... y América no se hubiese descubierto.

Si tenemos siempre presente este horizonte encendido, si miramos este telón de fondo inaccesible, este fin edénico del Deportista Ideal, podremos entonces mejor juzgar al deportista vulgar, el que todos somos; podremos mejor ver aquello de que está compuesta su inconsciencia, lo que lleva en sí sin saberlo, como una gravidez maravillosa, pero ignorada. Porque aquí está la cuestión fundamental que quería aclarar: de todo lo que yo he dicho, ¿cuánto efectivamente siente el deportista? ¿Y en qué forma lo siente? Por inconsciente y ajeno que sea, el hombre no puede sustraerse totalmente a la disposición general de su «situación». Ignora, pero *vive*. Deforma también, pero *vive*. Y ese vivir del cual no se ha percatado, que no ha subido hasta la claridad de su mente o que ha subido mal y falsamente, ese vivir, digo, es otro, es distinto. De ahí la *alegría* del deportista. No sabe por qué ni cómo, lo único de que se da cuenta es de que se siente contento, a veces radiante. ¡Aunque haya rabiado mucho! Cuando deja su ejercicio o se acaba su excursión y vuelve a su existencia normal, ésta le parece gris, incolora, pequeña. No gusta en ella ese sabor a frescura. Siente que ha abandonado el reino del bien, de la luz y de la expansión, ¡de la belleza!, en una palabra. Siente también que él ha disminuído, que ese ser que poseía era más grande, despejado, puro, atrevido, tenaz o entusiasta:

«My horse a thing of wings, myself a god.»

Nota que ese ser ya no es, ¡que el *god* se esfumó!

Sin embargo, nosotros, desde fuera, vemos que es un hombre distinto de los demás; se diferencia de ellos, tiene un algo, un *plus* misteriosamente disfundido en su persona: el atleta es, en potencia, un pequeño dios olímpico. Es el germen, repito, de una humanidad más espléndida, por ser más rica físicamente.

(1) *Askesis* significa «ejercicio», y, propiamente hablando, el hombre ascético es el hombre animal, o sea, que el significado espiritual que posee ahora la palabra «ascetismo» es el resultado de una desviación de su sentido etimológico original, pero que muestra la intimidad del parentesco, la comunidad de la relación.



Narciso Yepes vuelve a América

(Viene de la pág. 34.) cho placer. ¿Qué español no lo encuentra allí?... Y en lo musical, éxitos que me han llenado de alegría.

Surgen las citas de sus actuaciones: Nueva York, concierto organizado por nuestra Embajada. En Puerto Rico, en la Universidad, ese lugar tan soñado por los músicos, y en la Casa de España. La República Dominicana, en el Palacio de Bellas Artes y en el Instituto de Cultura Hispánica. En Guatemala, en el Conservatorio y en la Casa de España.

La pregunta hace tiempo que está a flor de labio surge por fin:

—¿Y en México?

—En México actué en el Club España. Pocos días después me visitó el director general de Bellas Artes para ofrecerme la Orquesta Nacional Mexicana.

—¿Viste a Adolfo Salazar?

—No tuve ocasión; además está bastante enfermo. Sentí no poder verlo.

Surge la pregunta tonta:

—¿Autógrafos en los programas?

—Más bien en el disco; eso es muy corriente allí. Los discos son baratos.

—¿Buenos discos españoles?

Yepes sonríe, mira por encima de las gafas a su guitarra, luego me mira a mí, acentuando su sonrisa, que ahora es claramente irónica:

—Los discos «folklóricos» que llegan de aquí hacen mucho daño; es tremendo... Desgraciadamente es así. Antes nos desconocían en muchos lugares del mundo; ahora, «gracias» a tanto guitarrazo y a tanto falso jipío, sólo conocen nuestra caricatura. A veces hacemos bueno a Mérimée...

Yepes ha iniciado un monólogo, un largo monólogo sobre el panorama musical de Hispanoamérica, que puede resumirse así:

—Por ser países con ganas de cultura, se puede decir que interesa realmente la música. Y ya te dije antes: los discos y los libros son baratos; esto ofrece muchas oportunidades.

Narciso Yepes volverá en marzo a Hispanoamérica y a los Estados Unidos. A los países ya visitados y también a Uruguay, el Brasil, la Argentina y Chile. Tiene comprometidos muchísimos conciertos. Uno piensa con cierta tristeza en que Yepes se quedará mucho tiempo por las tierras hermanas y no oiremos su guitarra. Pero sabremos de sus actuaciones triunfales. Y en la guitarra de Yepes vibra España.

M. TOBAJAS

Mariano de Vedia y Mitre

(Viene de la pág. 15.) dagaciones y traducciones de *Los sonetos de Shakespeare*. Conducta de crítico que llega a la cima y condecora su propia obra con *Los más grandes poetas ingleses*, que no tiene par en el tema. Todo lo que ha podido opinarse con disgusto con esta obra es que no atribuye a Byron ni al byronismo la validez que tienen. Pero no se han dicho cosas más sabias acerca de los poetas ingleses ni en inglés. Ni con Byron ni sin Byron.

Cuando fué intendente municipal de Buenos Aires, como eximio catedrático de Derecho político, comprendió y practicó que la mejor política es construir, hacer, por encima o por debajo de la garrulería del comité—casi siempre a cargo de los caudillitos de barrio y no del pueblo—y aun en contra de los cacareos de los pasquines destemplados. Y tanto hizo, que se le ha llamado, con justicia, el «tercer fundador de Buenos Aires», esa urbe inmensa que tanto encresta los orgullos criollos y patrioteros.

En esa urbe, en el exacto corazón de la plaza de la República, Mariano de Vedia y Mitre mandó construir el más simbólico monumento que tiene la argentinidad: el obelisco. Atributo y gesto de la ciudad mayor hacia sus hermanas provinciales. Y en el corazón exacto de la cultura de la patria, el nombre y la obra del doctor Vedia y Mitre repiten el símbolo atributivo y se yergue, como un obelisco invulnerable, en testimonio del alma de la Argentina, por su enjundia y por su alcurnia.

Por todo esto y por todo aquello, ha sido elegido presidente de la Academia Argentina de Letras, el más alto rango y la más alta distinción a que puede aspirar un escritor en nuestro país, según sus propias palabras, el día de su aceptación del cargo. Y ese día, allí, lo acogieron, puestos en pie, Borges, Capdevila, Sánchez Sorondo, Alfonso, Giusti, Banchs, Arrieta, Melián Lafinur, Sáenz Hayes, Oría, Marasso, Martínez Zuviría, Estrella Gutiérrez..., ¡cabezas de la patria!

HORACIO J. DE LA CAMARA

The American Ballet Theatre en Madrid

(Viene de la pág. 43.) ellos figuraban Michel Fokine, George Balanchine, Leonida Massine y Bronislava Nijinska, que se dedicaron a la composición. Los jóvenes americanos aprendieron de estos maestros las leyes y técnica del *ballet*, y recibieron así sus enseñanzas de los herederos directos de una tradición germinada a lo largo de cuatrocientos años.

Durante los dos últimos decenios, el *ballet* ha florecido en los Estados Unidos. Cientos de miles de estudiantes se preparan ahora en miles de escuelas. El Teatro de Ballet actúa por todo el país, Nueva York presenta el Ballet de la Ciudad de Nueva York y el Ballet Russe de Montecarlo se ha convertido en residente perenne del país. Las óperas de Nueva York, Chicago y San Francisco mantienen sus propios cuerpos de *ballet*. La tarea de determinar si el *ballet*, tal y como es coreografiado y bailado por los americanos, ha adquirido un estilo nacional, quizá pueda ser llevada a cabo por los testigos de las actuaciones de compañías americanas fuera de los Estados Unidos, como esta que ahora ha visitado Madrid.

Ha sido The American Ballet Theatre. Coincidiendo con su jira por Europa—Inglaterra, Holanda, Yugoslavia, Grecia, Italia, Portugal—, ha actuado en Madrid con resonante éxito; como era de esperar de un repertorio tan notable donde alternaban las composiciones clásicas—*El lago de los cisnes*—con las típicamente americanas, algunas desconocidas en España, como la versión de *Un tranvía llamado Deseo*. Pero si en general nos congratulamos de la actuación de esta espléndida compañía, especialmente nos es grato resaltar la presencia en ella de dos artistas hispanoamericanos: el colombiano Jaime León, director de orquesta adjunto, y la bailarina Lupe Serrano, nacida en Chile de padre español y de nacionalidad mexicana.

Lupe Serrano está encantada de encontrarse en España, nación que tenía grandes deseos de conocer. Madrid, sus calles y monumentos, sus riquezas artísticas, son para Lupe fuente de conversación desbordada y un recuerdo inolvidable: ¡cómo no va a serlo para quien se ha retratado en atuendo profesional junto a las obras inmortales del Museo del Prado! Su vida, nos cuenta, ha sido y es una continua entrega al baile, al que se ha dedicado desde los cuatro años, edad a la que participó en un concurso de danzas regionales mexicanas. «Todo para el baile», parece ser el lema de esta muchacha, y todo cuanto nos refiere está relacionado con el tema. «Mi primera actuación profesional—dice—fué interpretando un papelito en el cuerpo de baile infantil de la película de Shirley Temple *Ricitos de oro*. Con el Ballet Americano he trabajado en Nueva York, Río de Janeiro, México y ahora en Europa. Si no hubiera sido bailarina, hubiera sido concertista de piano o de violín.» Música y baile es el compendio de la existencia de Lupe Serrano. Trabajos, desvelos, sacrificios, para sentirse, al fin, famosa, cobijada por los aplausos. Por todo ello, y desde las páginas de MVNDO HISPÁNICO, enviamos a Lupe nuestra cordial felicitación y le deseamos grandes triunfos, los que en parte compartiremos en nuestra calidad de miembros del cuerpo hispanoamericano.

J. M. G.

Julio F. Guillen, vuelve...

(Viene de la pág. 16.) historia posee, como todas las historias, un curioso pasado.

—*La cosa, creo yo, comenzó hace diez años. Tuve ocasión entonces de formar parte del séquito de Eduardo Marquina, que había sido nombrado embajador extraordinario de España en la toma de posesión de Ospina Pérez en Colombia. Con motivo de ello tuvimos ocasión de escaparnos tres o cuatro días desde Bogotá a Cartagena...*

Vuelve a coger la pluma y señala, en el breve mapa de marinero y erudito, la costa colombiana.

—*Fué una emoción extraordinaria.*

—*¿Sabe usted lo que es encontrarse con calles que siguen llamándose Estanco de la Sal, o plazas de la Inquisición o de la Merced Descalza?*

—*Siempre tendré la impresión de que Eduardo Marquina murió de tantas impresiones como recibió allí. Estaba inmensamente conmovido, y en los recitales que dió se asombraba de oír las peticiones que le hacían. No sólo sus poesías famosas, sino aquellas otras casi olvidadas y perdidas en su memoria. Yo creo—dice gravemente—que casi hubiera sido mejor que hubiera muerto allí.*

Ahora hablamos de las armas. Del noble oficio de las armas y las letras. También de la hermandad de las armas.

—*Por una serie de razones bastantes largas, llevaba el propósito y el mensaje entonces de ofrecer un sable a la promoción de los cadetes marinos de Cartagena de Indias. Las cosas resultaron de tal manera, que terminé regalando mi propio sable a la primera promoción. Y desde ese día se envía un sable español, fabricado en Toledo, a cada promoción.*

—¿Existe algo curioso en ello?

—*Para mi gusto, una cosa notable. En la hoja de acero va grabada una hermosa frase de Azorín. Esta frase sirve para el juramento de los oficiales de la Marina colombiana.*

EL HOMENAJE
A BLAS DE LEZO

Estaba entonces de jefe de la base naval de Cartagena Rubén Piedrahita, actual ministro de Obras Públicas y soldado eminente de Colombia. Julio Guillén y él empezaron a hablar sobre un monumento a Blas de Lezo, el defensor por excelencia de la ciudad.

—*La admiración que existe en Cartagena por el español Blas de Lezo es impresionante.*

Resumen, pues, de este doble arco de admiración ha sido que el Estado español regalara a Cartagena una estatua del defensor de la ciudad y que Julio Guillén fuera invitado por el Gobierno colombiano a presenciar los actos de inauguración.

—*La estatua la hizo en España el escultor Laiz. Es de nobles proporciones y mide cuatro metros y medio. Tiene, además, la dignidad que añade siempre el bronce. Una a ello que los actos resultaron muy emocionantes.*

Explica su visión de la ciudad.

—*No hay cáscaras. Cartagena es una ciudad española dormida en el siglo XVIII, pero mucho más española que las nuestras, que son característicamente particularistas; más gallegas, andaluzas, castellanas o vascas. Con Cartagena recibe uno el no sé qué de las cosas fundamentalmente españolas, plenas de unidad.*

SIGNIFICACION POLITICA
DE LA DEFENSA
DE CARTAGENA
POR BLAS DE LEZO

Es buena ocasión ésta para preguntar al investigador, al marino y al viajero por una idea síntesis que defina, de una forma concreta, la significación de la defensa de Cartagena por Blas de Lezo.

—*No quiero hacer grandes frases; pero, para mi gusto, en Cartagena cumplió Blas de Lezo lo que no nos fué permitido hacer en España: impedir la existencia de un Gibraltar en un punto estratégico vital de las costas americanas. Esa es la mayor consecuencia política que se puede extraer de los combates del año 1741.*

Todavía dará más fuerza a la frase:

—*Esa es la importancia del fuerte de San Felipe de Barajas. El almirante inglés que llevaba a su cargo el ataque, ¡hasta había mandado hacer las medallas que conmemorarían su victoria! Contaba para ello, desde luego, con la abrumadora superioridad de sus fuerzas.*

—¿Es verdad que Blas de Lezo estaba cojo?

—*Blas de Lezo era cojo, manco y tuerto, y había sido herido un mínimo de veintidós veces. Otras dos más sufrió después. Una de ellas en la pierna que le quedaba sana.*

LE ENTERRARON
EN EL CONVENTO
DE SAN FRANCISCO,
PERO SUS RESTOS
SE HAN PERDIDO

Es curiosa la historia, siempre repetida, del oscuro final de los despojos mortales de los grandes personajes. O desaparecen totalmente o están «oficialmente» en numerosos sitios a la vez. El caso de Blas de Lezo no es ajeno a ese dilema.

—*Blas de Lezo pasó por una época muy difícil. Fué desprestigiado, todo lo que pudieron hacerlo, por el virrey Eslava, aunque después se intentara corregir la cuestión dando un título a sus descendientes. Al final murió en Cartagena. Le enterraron en San Francisco, pero este con-*

vento desapareció y, con ello, la posibilidad de saber o hallar sus restos. No existen, simplemente.

No obstante, han quedado en su lugar sucesos conmovedores. El más importante quizá sea la presencia viva del soldado.

—Es bien sencillo darse cuenta de ello por un detalle emocionante. En el fuerte de San Felipe se iza siempre, durante las fiestas patrias colombianas, la bandera española al lado de la nacional. Y ha ocurrido constantemente así. Un hombre, Rubén Piedrahita, mantuvo en la base naval esa tradición...

Una leve pausa mientras enciende el cigarro.

—Ahora el Museo Naval manda, cada dos años, una bandera nueva al fuerte.

En fin, las cosas sencillas, contadas sin prisa, emocionantes de puro ser dichas casi secamente, sin palabrería.

—Así está siempre en condiciones de presentación.

UNA POSIBLE Y EXTRAORDINARIA INVITACION

Los viajes a América son, normalmente, fuente de cosas nuevas. Difícilmente no se plantea durante ellos una novedad interesante. ¿Cuál es la de Julio Guillén?

—No se puede hablar de ella absolutamente en serio, pero el hecho cierto es que traigo un mensaje muy especial para el Cabildo municipal de Pasajes, lugar de nacimiento de Blas de Lezo.

—¿Se puede saber?

—La noticia, si se llevara a término, cosa que todavía está en «veremos», sería sensacional. Se trata, simplemente, de esto: traigo la misión de invitar, en nombre de Cartagena de Indias, al Ayuntamiento de Pasajes, incluídos sus maceros, para celebrar un Cabildo conjunto nada menos que allí, en la ciudad que defendiera Blas de Lezo. Como todavía existe la casa solariega del capitán español, podrían llevar a Cartagena el escudo de la mansión. En fin, todavía no sé si esto se llevará a cabo. Lo que sí puedo decir es que me marcho un día de estos a Pasajes...

LA MEDALLA DE ORO DE CARTAGENA EN EL PECHO

Durante el tiempo que ha durado la excursión, Julio Guillén ha dado conferencias en las Academias de Historia y de la Lengua y en numerosos sitios más. En un caso le anunciaron con carteles y todo.

—Cuando los vi en la calle me quedé verdaderamente sorprendido. Parecía uno un torero...

Además, hecho casi excepcional, el departamento de Bolívar, cuya capital es Cartagena, como todo el mundo sabe, le ha concedido la medalla de oro de la ciudad. Esta se ha venido a unir a las que se agrupan, una tras otra, en la vitrina de la biblioteca. Las más de las Repúblicas americanas están representadas en ella. Estuche y cristal.

Ya de pie veo su cara firme, angulosa; el gesto, a la vez, duro y franco, cordial. Nos despedimos. Miro otra vez los libros. Cientos de títulos: viajes, exploraciones, descubrimientos: América.

ENRIQUE RUIZ GARCIA

Cien años de la Trasatlántica

(Viene de la pág. 13.) líneas la figura del capitán y cuántas rememoranzas volverán a la imaginación! Capitán a bordo, lo que es también notario, sacerdote, etcétera, cumplió su polifacético ministerio con rectitud y nobleza, logrando que su imagen perdure en la mente de quienes lo conocieron y obligadamente lo admiraron. Por todo ello, aunque el carácter de este artículo sea puramente divulgador y se refiera a la historia de la Compañía Trasatlántica en general, queremos rendir un recuerdo a este gran marino español, y a ello nos mueve, tanto como el aprecio hacia su simpática figura marinera, el homenaje de una revista como la nuestra, en contacto permanente con los españoles emigrados de América, aquellos que tal vez un día llegaron allí bajo el mando paternal del capitán Fano.

Después del desastre del 98, la Compañía Trasatlántica adquiere un auge extraordinario. En corto período aumenta su flota en 13 buques, atendiendo a la competencia que había de sostener con los demás países de Europa. Se había perdido Cuba y Filipinas, pero quedaban los barcos como últimas ataduras, y en esta función de enlace puso la Trasatlántica su esfuerzo constante para salvar escollos verdaderamente abrumadores. Es este período el de su máximo florecimiento y a él corresponde la construcción de sus dos barcos *Reina Victoria Eugenia* e *Infanta Isabel de Borbón*, a los que luego habían de seguir, construídos ya totalmente en España, el *Cristóbal Colón*, el *Alfonso XIII*, el *Manuel Arnús*, el *Juan Sebastián Elcano*, el *Marqués de Comillas*, el *San Carlos* y el *Santa Isabel*.

El devenir de los años lleva implícito un camino de altibajos para la Compañía. Terminada la guerra del 14, y pasado el período de prosperidad, los efectos de la contienda repercutieron en todos los sectores de la industria y el comercio, de modo especial en la navegación, por el exceso de tonelaje construído durante la guerra y la baja considerable de los tráficos de exportación e importación. Sólo una nota humana parece contrarrestar esta crisis: el paso de emigrantes de la transida Europa a la floreciente América hispana. Pero la situación se estabiliza y la Compañía sigue su ritmo, afectada sólo en el orden interno por los sucesos políticos de España, la proclamación de la República en 1931 y la guerra civil de 1936.

El 18 de julio de esta segunda fecha los buques de la Compañía se hallan dispersos y fueron todos a parar a manos del poder marxista, excepto el pequeño y viejo *Mogador*. Perdidos y destruídos unos en actos de guerra, desposeída de otros—tales como el *Juan Sebastián Elcano*, que quedó en la U. R. S. S., y el *Manuel Arnús*, retenido por México—, la Compañía no pudo reagrupar bajo su pabellón, después de la guerra de Liberación, más que al *Marqués de Comillas*, al *Magallanes*, al *Habana* y al *Manuel Calvo*, y con ellos reanudó las comunicaciones entre España y América.

PRESENTE OPTIMISTA

La situación presente de la más antigua Compañía naviera de España es altamente satisfactoria, y gracias a ella—y a las restantes sociedades de esta especialidad—la bandera de España ondea por todos los mares del mundo y, concretamente en el caso americano, es como un mensaje regular de España a los países hermanos. En la actualidad cuenta con cinco trasatlánticos en servicio, pues el Magallanes ha sido recientemente desguazado. Son barcos modernos, dotados de todos los adelantos y confort, el *Guadalupe* (14.540 toneladas) y su gemelo el *Covadonga*, el *Habana* (17.130 toneladas), los también gemelos el *Virginia de Churruca* y el *Satrústegui* (9.230 toneladas) y el *Marqués de Comillas* (13.073 toneladas), idéntico al retirado *Magallanes*. Desplaza, por tanto, la Compañía un tonelaje aproximado—con los barcos auxiliares—de 80.000 toneladas.

Tres líneas regulares enlazan hoy España con América en el servicio de la Trasatlántica. Dos parten del norte de España y Cádiz hacia Nueva York, Cuba y México, una, y a costa firme, Antillas y México, la otra, mientras la tercera sale del Mediterráneo con destino a costa firme y Antillas. Sirven la primera línea el *Guadalupe* y el *Covadonga*, con salida de Bilbao a Santander, Gijón, Vigo, Lisboa, Cádiz, Nueva York, La Habana y Veracruz. La segunda, que también parte de Bilbao, está servida por el *Marqués de Comillas* y toca en Santander, Gijón, Vigo, Cádiz, Tenerife, San Juan de Puerto Rico, Ciudad Trujillo, La Guaira, Curaçao, La Habana y Veracruz. La tercera, con las motonaves *Virginia de Churruca* y *Satrústegui*, parte de Barcelona para Génova, Barcelona, Valencia, Cádiz, Tenerife, San Juan de Puerto Rico, Ciudad Trujillo, La Guaira, Curaçao y La Habana.

Desde don Antonio López y López al conde de Ruiseñada, actual presidente de la Compañía, han pasado muchos años y muchos sucesos han acaecido. Como desde el primitivo *General Armero*—orgullo de su época—al *Covadonga*. Entonces y ahora la Compañía Trasatlántica ha estado al servicio de España; en tiempos borrascosos o de bonanza, al servicio de una causa tan noble como es aquella que tiende a unir, en todas las expresiones, a la vieja Península con los pueblos hermanos de América. Por ello hemos dedicado estas páginas emotivas a la Compañía naviera más antigua de España.

José G. Navarro, regresa...

(Viene de la pág. 16.) *cerlo en seguida. Pero no sé ahora. Me cuesta arrancar.*

VINO A ESPAÑA HACE TREINTA AÑOS PARA RECIBIR UN PREMIO Y UNA CONDECORACION

Nuestra conversación comienza por el capítulo de los recuerdos. Es él mismo quien en este instante, al pensar en su próximo regreso a Quito, rememora la primera vez que vino a España.

—Justo hace treinta años. Llegaba como cónsul de mi país y mi entrada aquí fué bien venturosa...

Se levanta, va hacia la biblioteca y vuelve nuevamente con dos o tres libros.

—Por éste me dieron el Premio de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando...

En la conversación hay pequeñas pausas. Se agolpan muchas cosas a su memoria, y en su bella y tenaz impaciencia le gustaría contarlas al tiempo. Luego, no obstante, pone una imperiosa precisión en el detalle.

—Ya ve. Llegué un sábado a Madrid y un lunes me fuí a la Academia. Me encontré con el secretario y le dije quién era. «Pero hombre, señor Navarro, le estamos esperando hace tiempo. ¡Vuelva a la tarde!», me contestó.

—¿Y volvió?

—Sí que volví. Me puse a pasear por allí bastante nervioso. Recuerdo muy bien que era invierno...

Estas concreciones: «era sábado», «lunes», «invierno», enriquecen y sorprenden un poco al hablar con el doctor Navarro. Hace treinta años que vino por primera vez a Madrid: era sábado.

—Me pasaron a una habitación y me presentaron al conde de Romanones, a Ortueta y a Sánchez Cantón...

Este último, en mayo de 1929, escribiría: «La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando había convocado en 1927 un concurso, cuyo tema era el siguiente: "La escultura colonial de los siglos XVII y XVIII en cualquiera de las naciones hispanoamericanas". Pasaron los meses y se recibieron tres trabajos. La experiencia de los años anteriores no dejaba forjar demasiadas esperanzas. Me figuro la escasa ilusión con que el ponente Ortueta comenzaría el examen; pero presencié su sorpresa y participé de su alegría al encontrar entre ellos un libro escrito con amor y conocimiento, revelándonos un arte y un crítico. Ortueta redactó el informe, acordándose no sólo el premio, sino también la inmediata publicación de la obra y pedir al Gobierno que su autor fuese condecorado...»

El hombre, el autor, era José Gabriel Navarro, de cuarenta años entonces.

EL MANUSCRITO LLEGO CON UNA SEMANA DE RETRASO

Me cuenta las peripecias de aquellos bellos días.

—Fueron mis amigos ecuatorianos los que me empujaron a presentarme al concurso. Yo había dedicado una enorme atención investigadora a los archivos del Ecuador y mi fichero iba llenándose de datos. Tanto insistieron, que me puse a trabajar seriamente, y en tres meses terminé el libro. De todas formas llegó a la Academia con una semana de retraso, pero lo admitieron...

—¿Es verdad lo que dice Sánchez Cantón?

—Completamente cierto. Ortueta se llevó el manuscrito, de no muy buena gana, para leerlo, y al final hizo un informe extraordinario...

El historiador y crítico ecuatoriano tuvo suerte y alcanzó también la condecoración.

—Como no había vacante en las grandes cruces, tuve que esperar tres años para su concesión, pero me la dieron. Comprenderá que me acuerde tan bien de mi primera visita a España. Después, siempre que he vuelto, no he hecho otra cosa que regresar a mi casa. España, para nosotros, no es más que el hogar.

DEFINICION DEL ARTE HISPANOAMERICANO

Volvemos a los libros. Centenares de fotografías recogen, maravillosamente, el arte colonial, la arquitectura americana.

—España fué igualmente generosa a la hora de dejar su semilla en todos los países de América. En todas partes fué lo mismo. El barroco americano es un barroco completamente

original y español, levantado, además, mucho antes que el de los italianos. Cuando éstos crearon el suyo, ya lo habían hecho los españoles en las iglesias americanas.

La obra artística de España encuentra una rápida colaboración en los indígenas. Los misioneros eran escuela y artesanía, oficio, arquitectura y pincel. Es hermoso oírselo decir al doctor Navarro y, sobre todo, escucharle una interesante teoría sobre los centros medulares del arte hispanoamericano.

—De todas formas, a pesar de la enorme capacidad de invención de formas y del empeño puesto en la obra, sólo se produjeron de verdad tres grandes focos de irradiación artística: el mexicano, el peruano y el ecuatoriano. Fuera de estos tres, todo se debilita.

—¿Qué razones encuentra para ello?

—Una muy sencilla: en estos tres puntos existía una cultura indígena importante y fué más fácil proceder a la enseñanza del indio. Podemos ver, al norte, no la azteca, que no existe, sino la cultura tolteca mexicana; en el centro, la maya. Después viene, geográficamente, la ecuatoriana, con caracteres muy propios y personales, poderosa en la artesanía, en la magnificencia incaica. En estos casos la semilla produjo una eclosión formidable en todos los aspectos. En el Perú quizá se amanerara un poco, pero el Ecuador se convertiría en el centro escultórico de América.

«NOSOTROS NACIMOS EN BARROCO»

Para quienes hemos tenido el indiscutible gozo de pasar por América, la imagen, cúpula y fiesta del barroco le situó a uno, lo quisiera o no, ante el asombro. En Europa, otras llamadas arquitectónicas dan una gravitación equilibrada. En América no.

—Nosotros nacimos «en» barroco. No vale darle vueltas: no tenemos una sola hilacha de gótico. No sabemos lo que es. Piense que la única muestra seria del Ecuador del gótico aparece en la iglesia de San Agustín: en su bóveda.

El doctor Navarro no pierde el tiempo. Sus manos buscan, harto nerviosas y ávidas, el libro y la página en que aparece. Una sonrisa suave y alegre aparece en su rostro.

—Vea. Mire, mire. Los jesuítas llevaron al Ecuador, desde luego, a sus artistas y arquitectos, pero dieron e impartieron mucha enseñanza, y muchos de sus oficiales terminaron por ser los propios indios, que ya eran por entonces la mano de obra.

LA ESCULTURA ECUATORIANA

Ciertas prohibiciones en México, con relación a la escultura, influyeron decisivamente—según dice nuestro interlocutor—para que el Ecuador se convirtiera en un centro escultórico de primer orden. Asombra, desde luego, la profusión, pero también la economía en el gesto, la perfección realista y mística de los retratos.

—Los maestros españoles que hicieron escultura en mi país eran descendientes directos de los grandes escultores castellanos. No es preciso ver nada más que sus procedimientos y características para comprenderlo inmediatamente.

Una levísima pausa. Un nuevo entusiasmo:

—No hay nada igual a la escultura ecuatoriana en América.

«SIEMPRE INQUISIDOR, SIEMPRE CURIOSO...»

Este hombre inagotable tiene sobre la mesa, a mi alcance, dos nuevos libros, mejor dicho, dos gruesos manuscritos terminados ahora en España. Y eso que él dice que vino a descansar.

—Son irresistibles para mí estas cosas. Seré siempre inquisidor, siempre curioso, siempre violento en el deseo de encontrar algo nuevo. Unas veces persigo una cosa y otras otra. Preguntar y preguntar por los descendientes de los personajes españoles de la colonia, por los documentos. Mucho me ha ayudado en mis investigaciones don Julio Guillén, el director del Museo Naval, a quien, a su vez, tuve ocasión de enseñarle Quito.

LOS DOS LIBROS ESCRITOS EN ESPAÑA: UNA BIOGRAFIA Y UNA HISTORIA DE LA PINTURA

Los dos libros terminados en este tiempo de «ocio» español por José Gabriel Navarro son de historia del Ecuador el primero y de historia de la pintura ecuatoriana el segundo.

—El del Ecuador es más bien la biografía de don Joaquín de Molina. Todos los documentos de este notable personaje, que fué nombrado presidente de la Audiencia de Quito entre 1810 y 1811, estaban en España. En el Ecuador, con la emancipación y las guerras de la independencia, se perdió o se destruyó lo que había, o en muchas ocasiones se trasladaron los archivos a España.

Pregunto al doctor Navarro por la razón y el impulso que le han llevado a escribir la biografía de Molina. ¿Cuál es?

Una leve sonrisa del escritor. Una contestación:

—Me encanto cuando encuentro un árbol de la historia del que no se ha ocupado nadie o se han ocupado levemente o mal. El personaje, además, es completo y diverso. Ocupa, por si ello fuera poco, un período interesantísimo en la vida de mi país: 1810 y 1811, es decir, en plenas guerras de emancipación. Hasta tal punto, que, aunque nombrado presidente de la Audiencia, no tomó posesión de ella... Me parece un hombre honrado.

La conversación le apasiona y olvida otra cosa. Su esposa viene a despedirse. Se les ve apuntalados, unidos. Señala ella con el dedo los montones de papeles.

—Algunas veces, cuando está el cuarto imposible, le suplico que haga limpieza...

El escritor sonríe:

—Alguna vez lo hago.

LOS ARTISTAS SALIERON DE LAS ESCUELAS MISIONERAS

El otro libro, de varios cientos de folios escritos a mano, es síntesis, historia e investigación de la pintura ecuatoriana.

—Todos los apuntes que tenía sobre este asunto vinieron conmigo, y aquí, en España, he dado fin a mi tarea. Considero que podré publicarlos en seguida y supongo que el título será, definitivamente, el que le dije antes: «La pintura en el Ecuador».

—No ha habido, por tanto, ningún descanso.

—De verdad que sí. Yo vine a España por gusto, por «verla» de nuevo y, fundamentalmente, porque nadie me obligaba a hacerlo, que siempre tiene menos gracia. ¿Comprende?

—Claro que sí: es la «real gana» española.

TREINTA AÑOS DE TRABAJO: «LAS FORMAS ARQUITECTONICAS EUROPEAS EN LA ARQUITECTURA HISPANOAMERICANA»

Todavía, antes de despedirnos, pone en mi mano, suavemente, un grueso montón de cuartillas.

—Este es el trabajo de mi vida. Llevo treinta años ocupado en esa dirección.

Veo el título: *Las formas arquitectónicas europeas en la arquitectura hispanoamericana.*

—Ahora le doy fin.

Me acompaña hasta el ascensor. Me despido allí de esta noble figura humana dedicada a una tarea dulce e ingrata, quieta, sosegada y constante. Veo sus hombros levemente hundidos, el paso lento y reposado.

ENRIQUE RUIZ GARCIA

LILI ALVAREZ

(Viene de la pág. 42.) alimentan constantemente una vanidad enfermiza. La vida para estas mujeres se ha detenido en los días brillantes. Pero no es el caso de Lilí Alvarez, y en esto reside su verdadero encanto y valor humano. Lilí ha dado aquella fase de su vida por terminada. Aun hoy, cuando las jóvenes deportistas que se preparan para los campeonatos la buscan para entrenarse, Lilí acude con la espontaneidad y la frescura de una joven. El deporte sigue siendo para ella esencial; pero, naturalmente, ya no ocupa toda su vida, ni siquiera en el recuerdo, sino que nuevas preocupaciones de tipo intelectual y apostólico la llaman y la urgen. Y a esta nueva tarea se entrega con el mismo entusiasmo y el mismo ímpetu que en otro tiempo puso en el tenis, en el esquí o en el patín sobre hielo. Esto quiere decir que el espíritu de Lilí Alvarez permanece joven y se mantiene en forma. Que conste—y no quiero que esto se me tome por piropo—que físicamente también Lilí conserva una línea y una agilidad verdaderamente juveniles y cautivadoras.

Una distinción especial, un atractivo que emana de su gesto natural y altivo a la vez, precede y sigue a Lilí allí donde se encuentre.

«THE SEÑORITA» CAMPEONA MUNDIAL

Los ingleses empezaron a llamar a Lilí Alvarez «The Señorita», y con este simpático y españolísimo apodo fué conocida en todo el mundo.

Para valorar la dimensión y capacidad deportiva de Lilí Alvarez habrá que decir que a los trece años era campeona de canchas cubiertas de Suiza; a los once ganó el campeonato de Saint-Moritz de patín sobre hielo, batiendo a la campeona de Francia; luego fué tres años consecutivos finalista de «singles» en Wimbledon y segunda en la clasificación mundial de tenis.

La afición de Lilí Alvarez al deporte responde a una disposición y entrega de toda su naturaleza para el ejercicio tenso y dominante, hasta el punto de que con una breve práctica y entrenamiento se preparaba para competir en cualquier clase de deporte, y lo mismo triunfaba en un circuito de coches que en una carrera a caballo sobre un lago helado. El primer campeonato de España de tenis lo ganó en 1929, y no hace muchos años, cuando regresó a Madrid y se asomó de nuevo a las competiciones nacionales, tanto de tenis como de esquí, volvió a triunfar con gran distancia de sus contrincantes. Más de veinte años seguidos ha mantenido Lilí Alvarez sobre la arena o la nieve el prestigio y la dignidad deportivas. «The Señorita» era el caso excepcional de una española que luchaba sola contra las estrellas extranjeras con la sonrisa en los labios.

Prácticamente, Lilí Alvarez ha creado el deporte femenino en España.

ESCRITORA

Pero Lilí Alvarez no fué nunca y a secas solamente una deportista. Esto explica muchas cosas. Su talento, su gracia, su ingenio, contribuyeron no poco a su éxito. Siempre tuvo una curiosidad intelectual y una agudeza privilegiada para lo literario y para lo periodístico. En dos ocasiones bien distintas fué enviada nada menos que por el *Daily Mail* a España como corresponsal: la primera, para presenciar de cerca el giro de las Cortes Constituyentes en 1931, y la segunda, con motivo de nuestra guerra civil (momento crítico de su matrimonio con el conde J. de la Valdène), cuando la fuerza de la sangre y el imperativo de la raza le hicieron hermanarse con los que sufrían, llegando hasta los frentes de batalla y prestando a España un servicio tan estimable como el de sus trofeos deportivos. A partir de esta visita a España, Lilí Alvarez sufre una transformación hondísima y encuentra el camino de una vocación mística, que pocos años más tarde la arrastró a incorporarse definitivamente a la patria.

Si algún día Lilí Alvarez publica el diario de su vida, que tiene recogido en unos cuadernos que han recorrido todas las latitudes, creo que tendremos un documento humano y literario de importancia. En estos cuadernos Lilí Alvarez, casi diariamente, anotaba sus impresiones y los acontecimientos de su vida. Después de un día de apoteosis y aplausos, Lilí encontraba su mayor gozo en retirarse a solas y escribir algunas páginas. Cuando sufrió la llamada religiosa que transformó toda su vida interior, Lilí Alvarez sintió durante algún tiempo una necesidad absoluta de soledad y silencio. Soledad y silencio que pasaron, no dudamos que plenos de sinceridad y armonía, a las hojas de estos cuadernos.

Lilí Alvarez escribe con gran desparpajo y al mismo tiempo con una meticulosidad mental casi de rigor escolástico. Son muchos los que se sorprenden, no sólo de la profundidad de su pensamiento, sino de la abundancia y asimilación perfecta de lecturas que suponen sus libros. Sin embargo, el mayor mérito de sus obras reside, a mi parecer, en la espontaneidad de sus comentarios, que demuestran una inquietud y una riqueza espiritual nada corrientes.

Su primera obra, *Plenitud*, y ahora *En tierra extraña*, vienen a poner en circulación una religiosidad y un catolicismo al que no estamos muy acostumbrados en España y que podíamos llamar «catolicismo deportivo». Y en verdad que nuestro catolicismo tenía necesidad de un poco de deporte, para que desaparezcan ideas ñoñas y viejas rutinas y se impongan hábitos nuevos de pensar y de servir a la Iglesia. Aunque sólo fuera por esto, teníamos que agradecer a Lilí Alvarez sus libros.

¡Hurra a la campeona Lilí Alvarez!

JOSÉ LUIS CASTILLO PUCHE



"SEGOVIA"

UN NUEVO LIBRO
DE LA SERIE
«TIERRAS HISPANICAS»

UN ALARDE ARTISTICO
DE LAS EDICIONES
«MVNDO HISPANICO»

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO:
E. I. S. A.
PIZARRO, 17
MADRID (España)

¡Utilísimo! ¡Excepcional!

CLUB DEL LIBRO HISPANICO

Al servicio de su tiempo para la lectura

CLUB DEL LIBRO HISPANICO

se ha organizado PARA SERVIR a sus miembros los LIBROS Y REVISTAS que deseen ABREVIAR SU TIEMPO y ORIENTAR su criterio para la ADQUISICION de cuanto les interese entre lo SELECTO.

¿Cómo?

CLUB DEL LIBRO HISPANICO

ENVIA GRATUITA y MENSUALMENTE una SELECCION de los mejores títulos DE LAS OBRAS PUBLICADAS

LA ADHESION AL CLUB ES COMPLETAMENTE GRATUITA

CLUB DEL LIBRO HISPANICO
Calle de Alcalá, 20
MADRID

(Envíenme información gratuita sobre el CLUB)

Nombre .... *Profesión* ....
Dirección ....
Ciudad .... *Provincia* ....
Estado ....

Entre los originales que nuestro comité seleccionó para recomendar a sus asociados, cuando se editase, está LA HORA DE ASTURIAS, recientemente galardonada con el premio «18 de julio».

¡ARQUITECTO, MEDICO, INGENIERO, TECNICO, LICENCIADO, DOCTOR..., ¡NO BUSQUE A CIEGAS LOS LIBROS QUE NECESITE!

CLUB DEL LIBRO HISPANICO

Por medio de su sección técnica, está especialmente organizado para BRINDARLE LOS LIBROS MAS ADECUADOS A SU PROFESION

ASTURIAS HOY

Potencia humana y económica de una región en su hora estelar

Un número extraordinario de MVNDO HISPANICO que se pondrá a la venta próximamente

Asturias, pieza clave de la economía española; la mina, el acero y el hierro; la energía hidráulica y térmica, la ganadería, el paisaje, el hombre, las costumbres, las ciudades.

Pedidos a ALCALA GALIANO, 4, y PIZARRO, 17

MVNDO HISPANICO

NUMERO ESPECIAL DEDICADO A

MEXICO

Acaba de aparecer un número especial de MVNDO HISPANICO dedicado íntegramente a México. En él podrá encontrar el lector un panorama completo de la vida del país, amplia información gráfica y documentados reportajes, que abarcan las características más destacadas de la vida y actividad mexicanas.

UN NUMERO DE MAS DE CIEN PAGINAS



DURANCAMPS

TOROS EN LA PRADERA